minotauro

fantasía y ciencia-ficción



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

minotauro fantasía y ciencia-ficción

Poul Anderson	NO HABRÁ TREGUA PARA LOS REYES	9
Mack Reynolds	INTERÉS COMPUESTO	58
Theodore Sturgeon	COSAS DE NIÑOS	70
Fritz Leiber EL HOMBE	RE QUE ERA AMIGO DE LOS ELECTRONES	78
Bill Brown	LOS PATOS DE LAS ESTRELLAS	87
Arthur C. Clarke	EN EL COMETA	94
Isaac Asimov	ESCALONES A LAS ESTRELLAS (Ciencia)	104
Robert J. Tilley		114
	Editorial	2
	En el próximo número	128

7

Missianov. Fundacia y Clencia Picción. Nº 7. Stiembro-Cetabre de 1905. Publicación binatival.

Bilder responsable Bildeinea Mindaurov S. R. L. Admissiarción. Il Rusherlo 1, 565. Bienna

Atres. Redacción: Albina 500, Bienna Átres. Director: Ricardo Gossyn. Bilción en castálizos

Atres Redacción: Albina 500, Bienna Átres. Director: Ricardo Gossyn. Bilción en castálizos

Atres. New York, U. S. A. Queda hecho di depósito que previene la ley. © 1005 Ediciones

Inc. New York, U. S. A. Queda hecho di depósito que previene la ley. © 1055 Ediciones

Minotauro. Repétero de la Prophedad Intalestual Nº 814,009. Se termind de imprimir

et día once de octubre del año mil morecientos escenta y cinco en los tallerce pri
fices de la Compañía Impresera Argentina, S. A., calle Albina 2010, Buesoa Átres.

Editorial

Es hora de reconocer, sin duda, que la ciencia-ficción, considerada erróneamente por un vasto público como un género menor, es no sólo una literatura de una extremada sofisticación sino también una literatura que exige más genio que talento, y cualidades de escritura realmente excepcionales. Rara ambición la de los escritores de ciencia-ficción: dejar el presente y sus alucinantes acontecimientos cotidianos para ir a buscar en un futuro hipotético acontecimientos todavia más terribles. Es una ambición peligrosa que reserva las peores sorpresas y que amenaza con los peores fracasos. Cuando la imaginación del autor no está a la altura de esta búsqueda sobrevienen muchas veces la catda, el golpe en el vacio. Y ya se sabe que para superar en horror, en humor negro, en gratuidad, en demencia, en fuerza de ataque, en sorpresa, la realidad de todos los días se necesita realmente genio...

Sin embargo, y al margen de la cuestión del talento, los autores de ciencia-ficción intentan una aventura que merece nuestra atención: partir en busca de lo insondable, buscar "otra cosa" en un mundo donde el escritor se contenta muy a menudo con relatar su vida o la de su vecino, lo que es lo mismo al fin de cuentas. . Lo que importa, más allá de las etiquetas, es la influencia subterránea que ciertos géneros —el surrealismo, la ciencia-ficción— pueden tener sobre la literatura en general, que sin la acción de esas corrientes insidiosas estaria aún cómodamente instalada en su psicología tradicional, su realismo y su simbolismo.

JACQUES STERNBERG

C Club des Amis du Livre, 1964

En algunos cuentos de Clifford D. Simak basta una visita extraterrestre para que todos los hombres sean rápidamente felices. No habrá tregua para los reyes (premio Hugo 1963 a la mejor novela corta del año) es la contrapartida de ese optimista humanismo cósmico. En un tiempo futuro que recuerda al Japón feudal —en los primeros años de la restauración Meji— los seres humanos deciden la historia.

NO HABRÁ TREGUA PARA LOS REYES

Poul Anderson

Antiguas e inmutables, prosigan, ¡prosigan las Trompetas!
Una vez más las Trompetas, pues el suelo estremecido trae
por encima del mar el clamor ronco de las Trompetas,
Trompetas de la Vanguardia que ha jurado: ¡no habrá tregua
toma los Revest

RUDYARD KIPLING

-¡UNA CANCIÓN, CHARLIE! ¡UNA canción!

Todos estaban ebrios, y los oficiales jóvenes del extremo lejano de la mesa hacían apenas más ruido que los mayores sentados ecra del coronel. Las alfombras y colgaduras no bastaban para apagar el tumulto, los gritos, las botas que golpeaban el suelo, los puñetazos en las mesas de roble, los brindis de las copas, que resonaban de un muro de piedra a otro. Arriba, entre las sombras que ocultaban los mástiles, las banderas del regimiento

flotaban con la brisa, como uniéndose al caos. Abajo, las luces de las linternas suspendidas y de las chimeneas rugientes centelleaban sobre los trofeos y las armas.

El otoño llegaba temprano en el monte Eco, y afuera soplaba la tormenta. El viento ululaba en las torres de los vigías, y la lluvia azotaba los patios; un ruido sordo que entraba en los edificios y se arrastraba por los corredores, como si fuese cierta la leyenda de que los muertos del batallón salian del cementerio en la noche del diccinueve de setiembre y

© 1963, by Mercury Press, Inc.

trataban de unirse a la celebración, aunque habían olvidado el camino. Nadie parecía impresionado sin embargo, ni aquí ni en las barracas, excepto quizá el mayor. La tercera división, los Gatos Monteses, y sobre todo el regimiento Piedras Rodantes del fuerte Nakamura, tenía fama de ser la más turbulenta del ejército de los Estados Pacíficos de América.

-: Adelante, muchacho! En toda esta maldita sierra, sólo tú tienes algo que parece una voz -llamó el coronel Mackenzie.

Se soltó el cuello de la túnica negra y se echó hacia atrás, con las piernas apartadas, la pipa en una mano v el frasco de whisky en la otra. Era un hombre rechoncho, de ojos azules y párpados arrugados, cabellos cortos y rojizos.

-Oh, querido Charlie, querido, -cantó el capitán Hulse.

El ruido se apaciguó un poco y el capitán calló. El joven teniente Amadeo se puso de pie, sonrió y entonó una estrofa que todos conocían bien:

-Yo soy un gato montés, y aguardo el paso del mulo, y cada vez que me asomo, el viento me hiela...

-Coronel, señor, perdón. Mackenzie se volvió y se encontró con la cara del sargento Irwin. La expresión del hombre lo sor-

prendió. -2Si?

Las linternas estaban más espaciadas en el corredor. Los retratos

y me he ganado la orden de la flecha y la manzana...

-Acaba de llegar un mensaje, señor. El mayor Speyer quiere verlo ahora mismo.

Speyer no era aficionado a emborracharse v se había ofrecido como voluntario para el servicio nocturno. Mackenzie se estremeció al recordar las últimas noticias de San Francisco.

El batallón aulló el coro y nadie vio que el coronel golpeaba la pipa y se ponía de pie.

-El cañón hace bum, bumbum, bumbum, el cohete brum y la flecha zum-zum...

Todos los Gatos Monteses dignos de ese nombre pretendían que nunca se encontraban en mejor estado que luego de empinar bien el codo. Mackenzie no prestó atención al calor que sentía en las venas. Caminó en línea recta, y al pasar junto a la panoplia estiró la mano automáticamente v tomó su arma. La canción lo persiguió hasta el vestí-

-En las raciones del día no nos faltan los gusanos. El café es un buen extracto del barro de Sacramento. y la salsa de tomate...

de los comandantes anteriores balaba en hilos a la luz de las linmiraban al coronel Mackenzie y al sargento desde unas sombras

-El coronel, señor -dijo Irwin grotescas. Las pisadas resonaban demasiado.

con una voz insegura. Tragó saliva y cerró la puerta Mackenzie se metió entre un detrás de Mackenzie.

par de piezas de campaña que flanqueaban una escalera -habían sido capturadas en Rock Springs durante la guerra de Wyoming, una generación atrás- y subió. Las distancias eran muy largas allí, y las piernas le flaqueaban a veces. La vieja plaza fuerte había sido ampliada década tras década, con granito y mortero de la Sierra, pues era un puesto clave en la nación. Más de un ejército había venido a morir al pie de estos muros, antes de la pacificación de las marchas de Nevada, y demasiados jóvenes habían salido de la base para encontrar la muerte entre

feroces extranjeros. Pero nunca la habían atacado desde el Oeste. Dios, o lo que

seas, evitale eso. El puesto de comando era un lugar solitario a esta hora. En el cuarto donde el sargento Irwin tenía su escritorio había tanto silencio: ningún escribiente, ningún mensajero atareado, ninguna mujer como una nota de color en el vestíbulo mientras esperaba a ver al coronel a propósito de algún problema de la aldea. Sin embargo, cuando abrió la puerta del cuarto interior, Mackenzie oyó que el viento chillaba en la esquina de la muralla. La lluvia azotaba los vidrios negros y res-

Speyer esperaba junto al escritorio del comandante. Era un mueble viejo con pocas cosas encima: un tintero, una caja para las cartas, un teléfono interno, una fotografía de Nora, borrosa, pues estaba allí desde que ella había muerto, hacía doce años. El mayor era un hombre alto y flaco, de nariz ganchuda, que estaba quedándose calvo en la coronilla. Vestía, como siempre, un uniforme que parecía mal planchado. Pero era el hombre más inteligente de los Gatos, pensó Mackenzie, y Cristo, ¿cómo podía un hombre leer tantos libros? Oficialmente, era mayor ayudante, en la práctica el consejero del jefe.

-¿Y bien? -dijo Mackenzie. El alcohol no lo había embotado aparentemente. Al contrario, le había exacerbado todos los sentidos. Las linternas despedían un olor caliente (¿cuándo tendrían un generador bastante poderoso. capaz de alimentar lámparas eléctricas?), el piso era duro bajo sus pies, y en el yeso de la pared del frente había una rajadura, y la estufa no calentaba mucho. Adoptó una actitud desenvuelta, se metió los pulgares en el cinturón, y se balanceó sobre los talones. -Bueno, Phil, ¿qué ocurre ahora?

Speyer había estado doblando y desdoblando un trozo de papel y ahora se lo alcanzó a Mac-

-Un telegrama de Frisco -dijo. -¿Eh? ¿Y por qué no un lla-

mado por radio?

—Hay menos riesgo de que intercepten un telegrama. Este vino en código. Irwin me lo descifró.

-¿Qué disparate es esto? -Lee, Jimbo. Es para ti, viene directamente del cuartel general. Mackenzie se concentró en la escritura de Irwin. Las fórmulas que preceden siempre a una or-

den v luego:

Se le comunica que el Senado de los Estados Pacíficos ha acusado a Owen Brodsky, ex juez de los Estados Pacíficos de América, y lo ha relevado de sus funciones. A partir de hoy, a las 20 horas, el ex juez asistente Humphrey Fallon es juez de los EE.PP. según la ley de sucesión. La presencia de elementos disidentes que son un peligro público ha obligado al juez Fallon a proclamar la ley marcial en toda la nación, a partir de las 21 horas de hoy. Se comunican a usted, por lo tanto, las siguientes instruccio-

1. Las noticias arriba reseñadas deben considerarse estrictamente confidenciales hasta que se haga un anuncio oficial. Aquellos que hayan conocido el contenido de este mensaje en el curso de su transmisión no deberán divulgarlo. Los contraventores y quienes hayan recibido la información serán confinados inmediatamente hasta que comparezcan ante una corte marcial

MINOTAURO

2. Todas las armas y municiones, excepto un diez por ciento del stock disponible, serán secuestradas en seguida y celosamente

3. Ningún hombre dejará los límites del fuerte Nakamura hasta la llegada del nuevo comandante. El oficial designado en reemplazo de usted es el coronel Simon Hollis, que saldrá de San Francisco mañana a la mañana al mando de un batallón. Se espera que llegue al fuerte al cabo de cinco días, momento en que usted será relevado. El coronel Hollis designará a los oficiales y hombres a cargo de tropa que serán reemplazados por miembros de su propio batallón, que se incorporará al regimiento. Usted traerá a los hombres reemplazados de vuelta a San Francisco y se presentará al brigadier general Mendoza en el fuerte Baker. Para evitar provocaciones, estos hombres irán desarmados. Sólo los oficiales podrán conservar sus re-

 Para su información, le comunicamos que el capitán Thomas Danielis ha sido nombrado ayudante de campo del coronel Hollis.

 Se le recuerda nuevamente que los Estados Pacíficos de América están en peligro y se encuentran sometidos a la ley marcial. Exigimos lealtad total al gobierno. Toda manifestación verbal subversiva será castigada severamente. Todos aquellos que presten ayuda a la fracción de Brodsky serán considerados culpables de alta traición.

GENERAL GERALD O'DONNELL

El trueno estalló en las montañas como una descarga de artillería. Mackenzie se quedó un rato inmóvil y al fin dejó la hoja de papel sobre el escritorio, len-

—Se atrevieron —dijo Speyer, con una voz sin tono—. Esta vez se atrevieron.

-JEh?

Mackenzie volvió los ojos hacia la cara del mayor. Speyer se miraba atentamente las manos, que preparaban un cigarrillo. Pero las palabras se le escaparon de la boca, duras y rápidas.

-Imagino lo que ha ocurrido. Los partidarios de la guerra exigían la destitución de Brodsky desde que el incidente fronterizo con Canadá Oeste se resolvió con un compromiso. Sí, Fallon es ambicioso, pero sus partidarios son una minoría, y él lo sabe. El nombramiento de Fallon como juez habrá apaciguado sin duda a los partidarios de la guerra, pero nunca será juez por las vías legales, pues Brodsky no morirá de viejo antes que él. De cualquier modo, el cincuenta por ciento del Senado es gente sobria. satisfecha, señores que no están de acuerdo con la idea de que los EE. PP. tengan mandato divino para reunificar el continente. No entiendo cómo esta destitución podría ser aprobada por un senado convocado legalmente. Sería más probable que destituveran a Fallon.

—Pero se convocó al Senado —dijo Mackenzie, y le pareció que estas palabras habían salido de la boca de otro—. Lo dijo la radio aver.

-Sí, llamando a debate para ratificar el tratado con el Canadá del Oeste. Pero los señores se encuentran en lugares muy distintos del país, cada uno en su propio distrito. Tardarían un tiempo en llegar a San Francisco. Bastarados, como por ejemplo la voladura de un puente en la línea del ferrocarril de Boise, para que una docena de los hombres más fieles de Brodsky no llegara a tiempo. Habría quórum en el Senado, sin duda, pero con asistencia de todos los que apoyan a Fallon, de modo que los partidarios de la guerra tendrían mayoría. Se reunirían además en algún día de fiesta, cuando los ciudadanos prestan poca atención a los negocios públicos. En menos que canta un gallo tendríamos un nuevo juez.

Speyer terminó de armar su cigarrillo y lo sostuvo entre los labios mientras buscaba un fósforo

-¿Estás seguro? -murmuró el

Se sentía de algún modo como aquel día en que había visitado Puget City y lo habían invitado a dar un paseo en el yate del guardián: la bruma los había envuelto. Alrededor no había más que oscuridad y frío, y nada que pudiera tomarse con las manos.

-¡Claro que no estoy seguro!
-gruñó Speyer-. Nadie estará
seguro sino cuando sea demasiado

La mano del mayor apretó la caja de fósforos.

-Han nombrado también un nuevo comandante en jefe.

—Ajá. Todos aquellos en quienes no pueden confiar serán reemplazados en seguida, tan pronto sea posible, y De Barros era
un hombre de Brodsky. —La cerilla se encendió con un chillido, y
Speyer aspiró ahuecando las
mejillas.—Tú y yo incluidos, por
supuesto. El regimiento desarmado al máximo, y así nadie pensará en resistirse cuando llegue el
nuevo coronel. Habrás notado
que un batallón vendrá pisándole los talones. Si no, podria tomar un avión y llegar mañana.

Mackenzie aspiró el aroma del tabaco y buscó la pipa, caliente aún en el bolsillo de la túnica.

-¿Por qué no en tren?

—Habrán mandado al norte el material rodante, se me ocurre. Necesitan tropas en los distritos de los señores para impedir una revuelta. Los valles son bastante seguros: granjeros pacíficos y colonias de éspers. —Speyer habló con una voz grave, cargada de desprecio.—No serán ellos quienes tiendan emboscadas a los soldados de Fallon, en camino hacia las guarniciones de Eco y Donner.

-¿Oué vamos a hacer?

—Presumo que Fallon ha tomado el poder legalmente, que
hubo un quórum —dijo Speyer—.
Nadie sabrá nunca si este acto
ha sido realmente constitucional... He leído ese mensaje una
y otra vez desde que Irwin lo descifró. Hay muchas cosas entre lineas. Pienso, por ejemplo, que
Brodsky ha huido. Si lo tuvieran
arrestado lo dirían, y no les preocuparía tanto una posible rebelión. Quizá su guardia personal
lo ayudó a escapar a tempo. Lo
cazarán como un conejo, claro

Mackenzie sacó la pipa y se olvidó de ella.

-Tom viene con los relevos

—si. Tu yerno. Una maniobra sutil, ano te parece? Una especie de rehén que garantizará tu buena conducta, pero también la promesa implicita de que tú y los tuyos no sufriréis si se ejecutan las órdenes. Tom es un buen muchacho. Anovará a los suvos.

—Es también de nuestro regimiento —dijo Mackenzie. Enderezó los hombros—. Quería combatir contra Canadá Oeste, por supuesto. Young y... y muchos otros pacifistas murieron en Idaho durante las escaramuzas. Muieres y niños entre ellos.

-Bueno -dijo Speyer-, tú eres el coronel, Jimbo. ¿Qué hacemos?

-Oh, Cristo, no sé. No soy más que un soldado -dijo Mackenzie, y el cabo de la pipa se le quebró entre los dedos-. Pero no somos la milicia privada de ningún señor. Hemos jurado que apoyaríamos la Constitución.

-Brodsky abandonó, sin duda, algunas de nuestras pretensiones en Idaho. ¿Merecía ser destituido? Se me ocurre que tenía rarón.

Vhion

-Un golpe de Estado perpetrado por otro hombre no hubiese cambiado las cosas. No te interesarán mucho los acontecimientos cotidianos, Jimbo, pero sabes tan bien como yo qué significa el nombre de Fallon, La guerra contra Canadá Oeste no es quizá la consecuencia más importante. Fallon sostiene la necesidad de un gobierno central fuerte. Encontrará medios para aplastar a las viejas familias de señores. Muchos de los jefes y descendientes morirán en las líneas del frente. Esta política se serán acusados, y no en falso, de apovar a la gente de Brodsky, y arruinados a fuerza de multas. Se concederá a las comunidades ésper nuevos dominios y la competencia económica llevará la bancarrota a otros distritos. Las guerras subsiguientes alejarán a los señores durante años y no podrán cuidar de sus propios negocios. Así iremos hacia la gloriosa meta de la reunificación.

—Si la central ésper apoya a Fallon, ¿qué podemos hacer? He oído bastante acerca del rayo psi. No puedo pedirles a mis hombres que enfrenten eso. —Puedes pedirles que enfrenten la mismísima Bomba Infernal, Jimbo, y lo harían. Los Mackenzie han comandado los Piedras Rodantes desde hace cin-

-Sí, yo había pensado que Tom un día...

—Todo esto se prepara desde hace tiempo. ¿Recuerdas nuestra conversación de la semana pasada?

-Si. si.

—Podría recordarte también que la Constitución se redactó explicitamente para asegurar las viejas libertades de las regiones separadas.

-¡Déjame tranquilo! -gritó Mackenzie-. No sé qué está bien o qué está mal, ya te lo he dicho. Déjame tranquilo.

Speyer calló, observando a Mackenzie a través de una pantalla de humo. El coronel caminó un rato de un lado a otro, y sus pasos resonaron en el piso como golpes de tambor. Al fin arrojó la pipa rota al otro extremo del

—Muy bien —dijo, como si se arrancara las palabras de la garganta—. Irwin es un buen hombre y no hablará. Mándalo a que corte las líneas telegráficas a unos kilómetros de aquí, entre las lomas. Que parezca un accidente provocado por una tormenta. Estos hilos se rompen muy a menudo, todos lo sabemos demasiado bien. Oficialmente, no hemos recibido el mensaje. Esto nos dará unos pocos días bara ponernos

en contacto con el comando de la Sierra. No me opondré al general Cruikshank... pero sé muy bien de qué lado se pondrá si se le da la posibilidad de elegir. Mañana nos prepararemos para la acción. Nos costará muy poco rechazar al batallón de Hollis y tardarán un tiempo en enviar verdaderos refuerzos. Antes caerán las primeras nieves y quedaremos bloqueados. Sólo nosotros podemos usar esquies y zapatos para la nieve y mantenernos así en contacto con otras unidades y organizar algo. Cuando llegue la primavera... veremos qué ocurre.

-Gracias, Jimbo.

-Ahora... será mejor que prevenga a Laura.

-Sí.

Speyer apretó el hombro de Mackenzie. Había lágrimas en los oios del mayor.

Mackenzie salió marcando el paso, sin ocuparse de Irwin. Cruzó el vestíbulo, bajó una escalera, pasó ante unas puertas respondiendo maquinalmente a los saludos de los centinelas y llegó a sus habitaciones del ala sur.

Laura se había retirado ya a dormir. Descolgó una linterna en el vestíbulo y entró en el cuarto de la muchacha. Laura había venido a reunirse con su padre mientras su marido estaba en San

Durante un momento Mackenzie no pudo recordar por qué había enviado allá a Tom. Se pasó la mano por el pelo cortado

al rape como si quisiese extraer algo... Oh, sí, aparentemente para que se ocupara de un asunto de uniformes, en realidad para alejar al muchacho hasta que pasara la crisis política. Tom era demasiado honesto y tenía en cuenta su propia seguridad. Admirador de Fallon y el movimiento ésper, había discutido a menudo con los otros oficiales, casi todos de familia de señores o de protegidos prósperos. El orden social existente los había favorecido. Pero Tom Danielis había sido en su adolescencia marinero pescador en una aldea empobrecida de la costa de Mendocino. En los momentos de ocio había aprendido los primeros rudimentos en un local ésper. Cuando alcanzó una cierta instrucción se enganchó en el ejército y ganó sus galones con inteligencia y coraje. Nunca olvidó que los éspers ayudaban a los pobres y que Fallon prometía ayudar a los éspers... Luego, también, batallas, gloria. Una democracia federal reunificada, un eueño generoso en el corazón de los jóvenes.

Había habido pocos cambios en el cuarto de Laura desde que ella lo había dejado para casarse el año último cuando ella tenía diecisiete. Sobrevivían algunos objetos que habían pertenecido a una personita de trenzas y ropas almidonadas: un oso de fieltro deformado por exceso de amor, una casa de muñecas que le había armado el mismo Mac-

kenzie, un retrato de la madre dibujado por un cabo que había recibido una bala en Salt Lake. Oh Dios, cómo había llegado a parecerse a su madre.

La luz doraba el pelo oscuro, derramado sobre la almohada. muy dulcemente. Laura se despertó en seguida con una expresión de terror.

-Papá, ¿le pasa algo a Tom? -Tom está bien.

Mackenzie puso la lámpara en el suelo y se sentó en el borde de la cama. Tomó la mano de Laura con unos dedos fríos.

-No es cierto -dijo la joven-. Te conozco demasiado bien.

-No recibió aún ninguna herida. Espero que no la reciba

Laura era hija de soldado y Mackenzie le dijo la verdad en unas pocas frases, pero no se sintió con bastantes fuerzas como para mirarla. Calló al fin, y se quedó escuchando la lluvia.

-Vas a rebelarte -murmuró

-Consultaré al cuartel generat de la Sierra y obedeceré las órdenes de mi comandante.

serán esas... cuando sepa que estás de su lado.

Mackenzie se encogió de hombros. Le empezaba a doler la cabeza. ¿Efectos de la bebida? Demasiado pronto. Necesitaría unos tragos más para dormir esa noche. No, no era tiempo de dormir... aunque sí, al contrario. Tendría que levantarse temprano la brecha de Black Hepzibah, Rodantes hablaba siempre a sus hombres, y... De pronto se sorprendió recordando el día en que él v Nora v la niña habían ido a remar al lago Tahoe. El agua tenía entonces el color de los ojos de Nora: verde v azul con centelleos de sol, pero tan clara que se podía ver las piedras del fondo. Y la niña doblada sobre la borda, que metía la manita en el

Laura se había quedado pensativa. Al fin dijo inexpresiva-

-Imagino que será inútil tratar de disuadirte. -Sacudió la cabeza.- Bueno, ¿puedo partir mañana temprano?

-Sí, te conseguiré un coche.

-Diablos, puedo montar mejor que tú.

-Muy bien. Te escoltarán dos hombres. - Mackenzie tomó aliento.- Quizá puedas persuadir a Tom...

-No. No puedo. Por favor, no me pidas eso, papá.

Mackenzie le ofreció lo único

que le quedaba.

-No quisiera que permaneciese aquí. Tu deber está en otra parte. Dile a Tom que es el hombre que vo deseaba para ti. Buenas

Había hablado muy rápidamente, pero no se atrevía a demorarse más. Laura le echó los brazos al cuello, llorando. Mackenzie la apartó y dejó el dormitorio.

-; Pero no había esperado tantas muertes!

-Tampoco yo... en esta etapa por lo menos. Temo que habrá más aún, antes que alcancemos nuestro proyecto inmediato.

-Me dijiste ...

-Te hablé de nuestras esperanzas, Mwyr. Sabes tan bien como yo que la Gran Ciencia es exacta sólo en una vasta escala histórica. Los acontecimientos individuales están sujetos a fluctuaciones estadisticas.

-Un modo elegante de describir a seres conscientes que agonizan en el barro.

-Eres nuevo aqui. Una cosa es la teoría y otra la adaptación a las necesidades prácticas. ¿Crees acaso que no sufro con esos acontecimientos que vo mismo he ayudado a planear?

-Sin duda, sin duda, pero eso no alivia mis remordimientos.

-Tus responsabilidades, querrás decir.

-Como quieras.

-No, no se trata de un artificio semántico. La distinción es real. Has leido informes y has visto películas, pero vo estuve aqui cuando vino la primera expedición. Y he pasado aquí más de dos siglos. La agonía de estas criaturas no es para mí una abstracción.

-Pero era diferente al principio cuando los descubrimos. Las consecuencias de las guerras nucleares podian verse ain, con todo su horror. Nos necesitaban entonces, esos pobres anarquistas hambrientos, y nosotros... nosotros nos contentamos con obser-

¿Podíamos intervenir acaso? No equilibrio de los poderes polítisabiamos nada de ellos, no hu- cos, militares y económicos debiésemos sido sino un nuevo fac- pende de una arcaica aristocracia tor de perturbaciones. Perturba- terrateniente. Una docena de lenciones con consecuencias que nos- guas y subculturas que se desotros mismos no hubiésemos po- arrollan a lo largo de sus propias dido prever. Hubiese sido un acto lineas incompatibles. Una ciega criminal sin duda, como si un adoración de la técnica heredada cirujano se pusiera a operar sin de sociedades ancestrales que un examen previo, sin estudiar puede llevarlos a una civilización los antecedentes. Era indispensa- mecanizada tan demoníaca como ble que los dejáramos seguir su la que se destruyó a sí misma propio camino mientras los estu- hace tres siglos. ¿Te aflige que diábamos en secreto. No tienes hayan muerto unos pocos cientos idea de los esfuerzos que desple- de hombres, sólo porque nuestros gamos para obtener mayor infor- agentes promovieron una revolumación. Ese trabajo continúa aún. ción que no se desarrolló tan fá-Sólo hace setenta años nos senti- cilmente como habíamos esperamos bastante seguros como para do? Pues bien, la Gran Ciencia introducir un primer factor nue te dice que sin nuestra intervenvo en esta sociedad. A medida ción la miseria total que debiera que continuemos aprendiendo, soportar esta raza en los próximos modificaremos los planes. Es po- cinco mil años superaría en tres sible que tardemos mil años en órdenes de magnitud el dolor que cumplir nuestra misión.

do sus propias soluciones. Que fuera de lugar. Es difícil salvarse derecho tenemos a...

Mwyr, que derecho tienes tú al duras necesidades del plan hayan título de aprendiz de psicodiná-sido hasta ahora tan benignas. mica. Piensa en lo que son esas Falta aún lo peor. soluciones. La mayor parte del -Así me han dicho. planeta se encuentra aun en un -En términos abstractos. Pe-

nente se ha recobrado más que otros, pues la distribución de los equipos técnicos era aquí amplia Un enjambre de Estados en con--Estás perdiendo la cabeza, flicto. Un feudalismo donde el nosotros podríamos infligirles.

-Pero mientras, se han salvado -Si, por supuesto, comprendo del naufragio. Están encontran que mis emociones están aquí de eso en un principio, supongo.

-Yo empiezo a preguntarme, -Debieras agradecer que las

estado de barbarie. Este conti-ro considera la realidad. Un go-

bierno que ambiciona restaurar la antigua nación actuará agresivamente, complicándose así en prolongadas guerras con poderosos vecinos. Las guerras, directa e indirectamente, por la presión de factores económicos que estas gentes son aun incapaces de dominar, eliminarán a los aristócratas y a los propietarios de tierras. Una democracia elemental reemplazará al sistema actual, dominada al principio por un capitalismo corrupto y más tarde por la fuerza de quien tome el poder. Pero no habrá lugar para el vasto proletariado desarraigado, los ex propietarios de tierras y los extranjeros incorporados por la conquista. Suelo fértil, en verdad, para cualquier demagogo. En el imperio se sucederán las crisis, las guerras civiles, los despotismos, los períodos de decadencia, y las invasiones extranjeras. Oh, habrá que resolver muchos problemas antes de completar nuestra tarea.

-¿Crees que... cuando veamos el resultado final... evitaremos nosotros el baño de san-

-No. Pagaremos el precio más elevado.

En la alta Sierra la primavera es húmeda y fría, las nieves de los bosques y las rocas gigantescas se funden y forman ríos que corren por los cañones. El viento riza las aguas que cubren los caminos. Los primeros brotes verdes de los álamos parecen extremadamente tiernos comparados con los pinos y abetos que alzan sus ramas al cielo brillante. Un cuervo desciende al suelo, croc, croc, cuidado con ese maldito halcón. Al fin se deja atrás el bosque y el mundo se transforma en una inmensidad de color azul grisáceo. El sol arde sobre los restos de la nieve y el viento suena huecamente en los oídos de los hombres.

El capitán Thomas Danielis, de la artillería de campaña del ejército leal de los Estados Pacíficos, dio media vuelta con su caballo. Era un joven moreno, delgado y de nariz roma. Detrás de él un escuadrón resbaló y maldijo, chorreando barro de los cascos a los pies, tratando de empujar un tractor de artillería atascado. El motor de alcohol era demasiado débil y apenas movía las ruedas. Los infantes se adelantaron, encorvados, agotados por la altitud, la noche pasada en un terreno húmedo, y el peso del hielo en las botas. Doblaron un promontorio, afilado como una proa, subieron por un camino serpeante, y aparecieron al fin en lo alto de la loma.

Eran buenos hombres, pensó Danielis. Sucios, tercos, se esforzaban todo lo posible, jurando y maldiciendo. Esa noche, por lo menos, comerían algo caliente, aunque tuvieran que echar en la olla al mismísimo sargento de intendencia.

Los cascos del caballo golpearon el antiguo cemento que emer-

gía en el barro. Si estos fuesen los viejos días... pero los deseos no eran balas. Más allá de esa región se extendían unas tierras desérticas, reclamadas por los Santos. Ya no eran una amenaza, aunque aún se comerciaba con ellos, en una escala muy reducida. Por este motivo se había pensado que no valía la pena reparar las carreteras de la montaña. El ferrocarril terminaba en Hangtown, y la fuerza expedicionaria marchaba hacia Tahoe cruzando bosques desiertos y mesetas heladas. Que Dios ayudara a los pobres

Que Dios los ayudara en Nakamura, también, pensó Danielis. Apretó los labios, golpeó las manos, y espoleó al animal con una violencia inútil. Las cuatro herraduras chispearon mientras el caballo se lanzaba por el camino hacia la cima de la loma. El sable le golpeaba la pierna a

Tiró de las riendas y sacó los anteojos de campaña. Desde allí se veían unas estribaciones montañosas, con sombras de nubes que flotaban sobre desfiladeros y peñascos, se hundían en la oscuridad de un cañón y reaparecían del otro lado. Alrededor, asomaban unas pocas hierbas, y una marmota que salía demasiado lloraba de noche, tantas veces, pronto de su sueño invernal silbaba en alguna parte entre las corazón, y que ahora despertaba piedras. No se vislumbraba aún el castillo. No había esperado verlo, por otra parte. Conocía muy

Era raro, sin embargo, que no hubiesen encontrado señales de actividad hostil. Hasta ese momento no habían visto nunca al enemigo, ni a nadie en verdad. Las patrullas habían salido a buscar unidades rebeldes que no aparecían, y habían cabalgado con los hombros en tensión temiendo las flechas, que no llegaban, de los arqueros emboscados. El viejo Jimbo Mackenzie no era hombre que pudiera quedarse quieto en una fortaleza amura-Ilada, y el regimiento no había recibido en vano el apodo de Piedras Rodantes.

Si Jimbo estaba vivo aún, pensó Danielis. ¿Cómo podía saberlo? Ese buitre que planea en el cielo quizá acaba de arrancarle los ojos.

Danielis se mordió los labios v se obligó a mirar con los anteoios de campaña. No pienses en Makenzie, se dijo. Cómo gritaba, cómo bebía, cómo se reía siempre más que uno, y uno se molestaba por eso. Cómo se sentaba con el ceño fruncido ante el tablero de ajedrez, y uno le ganaba la partida diez veces de cada diez, y él nunca se enojaba. Qué orgulloso y qué feliz había estado el día de la boda... No había que pensar tampoco en Laura, que trataba de ocultarle a uno que ella que llevaba ahora un niño en el sola en la casa de San Francisco. Todos estos cabezas duras que marchaban obstinadamente hacia bien esta región, demasiado bien. el castillo, y que habían aplas-

tado a todos los ejércitos lanzados contra ellos, todos tenían alguien que había quedado atrás. y muchos tenían para regocijo del demonio algún pariente en el bando rebelde. Era preferible buscar fuerzas hostiles y no pensar.

De pronto Danielis se sentó tiesamente en la montura. Un iinete. Ajustó los anteojos. Uno de los nuestros, se dijo. El ejército de Fallon llevaba una banda azul en el uniforme. Un patrullero que regresaba de su misión. Danielis sintió que le corría un frío por la espina dorsal. Decidió escuchar el informe él mismo. Pero el hombre estaba aún a casi dos kilómetros, y avanzaba lentamente por el terreno helado. No había prisa. Danielis examinó otra vez la región.

Un aeroplano de reconocimiento volaba arriba como una libélula torpe, y la hélice brillaba al sol. El zumbido del motor pasaba de una montaña a otra. Un auxiliar de la patrulla, sin duda, con un emisor-receptor de radio. Más tarde, la máquina guiaría a la artillería. No podía pensarse en utilizarlo como bombardero. El fuerte Nakamura podía resistir cualquier bomba minúscula que cupiera en el avión, y quizá lo abatiera en seguida.

Una bota crujió detrás de Danielis. El hombre y el caballo se volvieron como una sola pieza. El revólver de Danielis le saltó a la mano.

-Oh, perdón, filósofo -dijo Danielis bajando el arma.

El hombre de traje azul inclinó la cabeza, con una sonrisa en el rostro austero. Parecía tener unos sesenta años. Era canoso, de piel arrugada, pero caminaba por las alturas como una cabra salvaje. En el pecho llevaba el símbolo Yang-Yin como una llama de oro.

-Estás nervioso sin necesidad, hijo -murmuró.

Hablaba con un leve acento tejano. Los éspers se adaptaban a todas las leyes, pero no reconocían ninguna patria. Sólo pertenecían a la humanidad, y acaso, en última instancia, a la vida en el espacio-tiempo del universo. Sin embargo, los Estados Pacíficos habían ganado enormemente en prestigio e influencia cuando la impenetrable Central de la Orden había ido a establecerse en San Francisco, cuando apenas se iniciaba la reconstrucción de la ciudad. Nadie se había opuesto, al contrario, al deseo del Gran Inquisidor de que el filósofo Woodworth acompañase a la expedición como observador. Ni siquiera los capellanes. Las iglesias habían comprendido al fin que las enseñanzas de los éspers era neutrales en relación con la

Danielis logró sonreír.

—;Puede acusarme?

—No te acuso. Te aconsejo. Tu actitud es inútil. Agota tus fuerzas. Desde hace semanas libras una batalla que aún no ha comenzado.

Danielis recordó al apóstol que

había ido a visitarlos en San Francisco, y a quien habían invitado con la esperanza de que Laura alcanzara cierta paz. Había dicho algo todavía más simple: "Basta lavar un plato por vez". Danielis sintió que el recuerdo le nublaba ahora los ojos y dijo en seguida rudamente:

—Podría descansar si empleara usted sus poderes para decirme qué nos espera.

—No soy un adepto, hijo. Estoy demasiado hundido en el
mundo material, me temo. Alguien tiene que ocuparse de los
trabajos prácticos en la Orden.
Quizá un día pueda retirarme y
explorar las fronteras que me limitan. Pero hay que empezar
temprano y preservar toda la vida
para desarrollar plenamente esos
sederos.

Woodworth miró las cimas y pareció fundirse con la soledad del paisaje.

Danielis no se atrevió a interrumpir en seguida esta meditación. Se preguntó qué propósito práctico cumplía el filósofo en este viaje. ¿La preparación de un informe muy preciso mediante unos sentidos perfectamente entrenados y una emoción disciplinada? Sí, eso debía de ser. Quizá los éspers se decidiesen al fin a participar en la guerra. Aunque con repugnancia, la Central ya había permitido el empleo de los terribles poderes psi, cuando la orden había estado seriamente amenazada. El juez Fallon, además, era más amigo de ellos que

Brodsky, el Senado anterior de Señores, y la Casa de los Diputados del Pueblo.

—Opino, sin embargo —dijo—, que no encontrarás muchas cosas por aquí. Yo viví una vez en las montañas, en mi país, antes de encontrar el Camino. Esta región me parece desierta.

—Si pudiésemos saber algo —dijo Danielis—. Han tenido todo el invierno para prepararse en las montañas mientras nos retenía la nieve. Los patrulleros que llegaron allí informan que encontraron una actividad de colmena. ¿Oué habrán planeado?

Woodworth no respondió.

Danielis no podía impedir que los recuerdos lo inundasen. Veía otra vez a Laura que se despedía de él. Esta era la segunda expedición contra el padre de Laura, seis meses después del regreso de los restos ensangrentados de la primera.

-Si tuviésemos bastantes recursos. Unas pocas y estropeadas líneas férreas, algunos automóviles, un puñado de aeroplanos. Convoyes de aprovisionamiento tirados por mulas ... ¿Qué movilidad podemos esperar con eso? Y lo que en verdad me enloquece... Sabemos cómo hacer lo que ellos hacían en los viejos días. Tenemos los libros, la información, Más, quizá, que nuestros antecesores, He visto cómo el electricista del Fuerte Nakamura fabricaba aparatos de transistores, aparatos no mayores que un puño y de una amplitud de banda suficiente como para transmitir televisión. He visto los periódicos científicos, los laboratorios de investigación, de biología, de química, de astronomía, de matemáticas. ¡Todo inútil!

—No tanto —replicó Woodworth dulcemente—. Como mi propia Orden, la comunidad de la enseñanza es hoy supranacional. Máquinas de imprimir, radiófonos, telescribas...

—Dije inútil. Inútil para impedir esos conflictos. Inútil para no sacar las manos de un labrador de la empuñadura de un arado y ponerlas en el volante de un tractor. Tenemos el conocimiento, pero no podemos aplicarlo.

—Se lo aplica, hijo, en todas las circunstancias donde no se requiere mucho poder industrial. Recuerda que el mundo es mucho más pobre en recursos naturales que antes de las Bombas Infernales: Yo mismo he visto las Tierras Negras por las que pasó el huracán de fuego: los campos petrolíferos de Texas.

Woodworth parecía haber perdido algo de su serenidad. Se volvió otra vez hacia las lomas.

—Hay petróleo en todas partes

insistió Danielis—, y carbón, hietro, aluminio, uranio, todo lo que
necesitamos. Pero no hay organización suficiente que permita explotar esos recursos. Cultivamos
en el valle central plantas que
puedan proporcionarnos alcohol,
para mover unos pocos motores,
e importamos otros materiales
mediante una cadena increfible-

mente torpe de intermediarios, materiales que son absorbidos en su mayor parte por el ejército. —Señaló con un movimiento de cabeza el rincón del cielo donde volaba el aeroplano hecho a mano.— Este es uno de los motivos de nuestra actitud. La reunificación es necesaria para que podamos reconstruir el país.

-¿Y el otro motivo? -preguntó Woodworth en voz baja.

—La democracia, el voto para todos... —Danielis tragó saliva.— Y de ese modo los padres y los hijos no tendrán que combatir entre ellos.

—Prefiero este último motivo
—dijo Woodworth—. Los éspers
estamos decididos a apoyarlo. Pero en cuanto a las maquinarias. .
—Meneó la cabeza.— No, te equivocas ahí, Ese no es modo de vivir para los hombres.

—Quizá no —dijo Danielis— Aunque mi padre no hubiera muerto agotado por el exceso de trabajo si hubiese contado con la ayuda de las máquinas. . Oh, no sé. Libremos antes esta guerra y discutamos después. —Recordó al patrullero, que había desaparecido.— Perdóneme, filósofo. Me espera una tarea.

El ésper alzó la mano en un saludo de paz. Danielis se alejó

al galope.

El caballo avanzó chapoteando junto al camino y Danielis vio al hombre, junto al mayor Jacobsen. El mayor —seguramente quien había enviado al hombre a reconocer el terreno— montaba

a caballo no muy lejos de la columna de infantes. El explorador era un indio Klamath, vestido con pieles, y con un arco a la espalda. Muchos de los hombres de los distritos del norte preferían las flechas a las balas: eran más baratas, menos ruidosas, de menor alcance, pero de un poder no inferior al de un fusil sin cargador. En los viejos días, antes que se organizaran los Estados Pacíficos, los arqueros de los bosques habían salvado a muchas ciudades de la conquista, y contribuían aún a que los lazos que unían los distritos no fuesen demasiado apretados.

—Ah, capitán Danielis —saludó el mayor—. Llega usted justo a tiempo. El teniente Smith se disponía a dar su informe.

—El avión lo descubrió todo

—dijo Smith imperturbable—. Lo
que nos dijo el piloto nos animó
a adelantarnos.

-¿Y bien?

-Nadie.

-Evacuaron el fuerte. También la colonia. Ni un alma.

-Pero... pero... -El mayor Jacobsen se dominó.- Continúe.

—Estudiamos cuidadosamente el sitio. Parece que los no combatientes partieron hace un tiempo. En trineos y esquies, probablemente, Hacia alguna plaza fuerte del norte. Me parece que los soldados se llevaron los equipos poco a poco, por lo menos lo que no pudieron transportar el día en que partió la mayoria. El

regimiento con sus unidades de apoyo y aun artillería de campaña se fueron quizá hace tres o cuatro días. El suelo conserva aún las huellas, Descendieron por las pendientes de las lomas, en dirección oeste noroeste, en un principio por lo menos.

Jacobsen carraspeó.

Li viento golpeó a Danielis en la cara y agitó la crin del caballo. Detrás se ofa el lento chapoteo de las botas, el chillido de las ruedas, el zumbido de los motores, las maderas y metales que se entrechocaban, los gritos y los latigazos de los que llevaban las mulas. Pero todo le parecía a Danielis demasido remoto. Un mapa crecía ante él ocultando el

El ejército leal había combatido ferozmente todo el invierno, desde Trinity Alps hasta Puget Sound, pues Brodsky había logrado llegar a Mount Rainer, y el señor de la región le había proporcionado allí aparatos de radio. Mount Rainer, además, estaba demasiado bien fortificado, y los partidarios de Fallon no habían podido atacar allí en seguida. Los señores y las tribus autónomas se habían levantado en armas, convencidos de que un usurpador amenazaba con quitarles sus privilegios locales. Las familias proellos, pues no conocían otra lealtad que la debida al señor del lugar. Los hombres de Canadá Oeste, temerosos de que Fallon se volviese contra ellos tan pronto

como tuviese las manos libres, acordaron a los rebeldes una ayuda apenas clandestina.

Sin embargo, el ejército nacional era el más fuerte: mejores materiales, una organización más completa, y, sobre todo, estaban animados por un ideal. El general en jefe O'Donnell había planeado la estrategia: concentrar las fuerzas en unos pocos puntos, aplastar toda resistencia, restaurar el orden y establecer bases en la región. Luego seguir avanzando... El gobierno controlaba ahora toda la costa, con unidades que vigilaban a los canadienses de Vancouver y guardaban las importantes rutas comerciales de Hawai, la parte norte de Washington casi hasta la línea del Idaho, el valle del Columbia, y la California central hasta Redding. Los distritos y pueblos rebeldes estaban aislados unos de otros en montañas, bosques, desiertos. Los señores caían uno tras otro bajo la presión de los leales, que batían al enemigo en todos los puntos, cortándoles las vías de comunicación y quitándoles toda esperanza. La única preocupación real había sido hasta entonces Cruikshank, que comandaba un verdadero ejército, numeroso, entrenado, y bien dirigido, y no una tropa desordenada de siervos y ciudadanos. Esta expedición contra el Fuerte Nakamura era sólo una parte de lo que se anunciaba como una dificultosa campaña.

Pero ahora los Piedras Rodan-

tes se habían batido en retirada, sin ofrecer la menor resistencia. Esto significaba que sus hermanos, los Gatos Monteses, se habían ido también. Cuando se pretende defender una línea no se abandonan los dos extremos. ¿Enton-

-Están en los valles -dijo Danielis, y creyó oír la voz de Laura, que cantaba: Abajo, abajo en los valles, en los valles, valles tan

-¡Judas! -exclamó el mayor, y hasta el mismo indio gruñó como si hubiese recibido un golpe en el estómago-. No, no es posible. Lo hubiéramos sabido.

Inclina la cabeza, escucha cómo

El viento silbaba entre los peñascos.

—Hay muchas sendas en los bosques —dijo Danielis—. La infantería y la caballería pueden pasar por ahí, si conocen la región. Y los Gatos conocen la región. Los vehículos, los carros, los cañones pasan menos fácilmente. Pero les bastaría con desbordarnos por los flancos para destruirnos si intentamos una persecución. Tengo la impresión de que hemos caido en una trampa.

-La pendiente occidental...
-dijo Jacobsen sin esperanza.

−¿Para qué? ¿Quiere usted ocupar unos cuantos matorrales? No, estamos atrapados, hasta que salgan otra vez a la llanura. −Danielis cerró la mano sobre la montura hasta que se le pusieron blancos los nudillos.− Sospecho que

es una idea del coronel Mackenzie. Reconozco su estilo por lo

MINOTAURO

-¡Pero entonces ahora están entre nosotros y San Francisco! Y tenemos el grueso de nuestras fuerzas en el norte...

Entre yo y Laura, pensó Danielis.

—Sugiero, mayor —dijo en voz alta— que prevengamos al comandante en seguida. Luego habrá que recurrir a la radio. —Alzó la cabeza y el viento le golpeó los ojos.— Nos conviene librar la batalla en campo abierto, una vez que entremos en contacto.

Las lluvias de invierno que inundaban las tierras bajas de California terminarían pronto. Mackenzie avanzaba entre macizos verdes, hacia el norte, y los cascos de los caballos resonaban en el cemento de la carretera. En los eucaliptos y robles que bordeaban la ruta había un estallido de hojas nuevas. Más allá y a los lados se extendía un campo ajedrezado de huertas y viñas, de distintos matices de verde, entre las faldas de las lomas distantes de la derecha y las más empinadas y cercanas de la izquierda Las casas habían desaparecido. Este extremo del valle Napa per tenecía a la comunidad ésper de Santa Helena. Las nubes se agrupaban como montañas blancas en el horizonte oriental. La brisa traía un olor de hierbas y tierra

Los Piedras Rodantes avanza

ban. El regimiento marchaba por la carretera: tres mil botas que martilleaban a la vez con un ruido de terremoto, y más atrás el estruendo de los cañones y los carros. No había peligro inmediato de ataque. Pero la caballería se había desplegado a los costados del camino. El sol centelleaba en los carros y en las puntas de las lanzas.

Mackenzie miraba adelante. Entre los ciruelos rosados, de flores blancas, asomaban unas paredes ambarinas y unos pináculos de tejas rojas. Era una comunidad de varios miles de habitantes. Mackenzie sintió un nudo en al estómago.

-¿Crees que podemos tenerles confianza? -preguntó, no por primera vez-. Han aceptado hablar con nosotros, pero en estos casos no me fío de la radio.

Speyer, que cabalgaba junto a él, asintió con un movimiento de cabeza.

-Espero que sean honestos. Sobre todo porque nuestros hombres aguardarán afuera. Al fin y al cabo, los éspers son partidarios de la no violencia.

—Sin duda, pero si nos vamos a las manos... Me parece que los adeptos no son demasiado numerosos. La Orden no ha actuado aquí mucho tiempo. Pero cuando se reúnen muchos éspers, no es raro que algún grupo esconda en alguna parte el condenado rayo psi. No me gustaría que desintegraran a ninguno de mis hombres o que lo arrojaran al aire y

lo dejaran caer, o alguna cosa parecida.

Speyer lo miró largamente de soslavo.

-¿Les tienes miedo, Jimbo?
-murmuró.

Diablos, no —dijo Mackenzie preguntándose si decía realmente la verdad—. Pero no me gustan.

-Hacen mucho bien. Especialmente entre los pobres.

—Por supuesto, por supuesto. Aunque cualquier señor protege a sus gentes, y tenemos también iglesias, hospicios y esas cosas. No sé por qué la caridad les da derecho a educar a los huérfanos y a los niños de los pobres como se les antoje. Por otra parte, es una caridad que no les cuesta mucho, pues ganan bastante con sus bienes. De cualquier modo la gente que sale de estas colonias no sirve de nada en otros pueblos.

—Pretenden orientarlos a eso que llaman la frontera interior, y que la civilización norteamericana no estima mucho. Francamente, y dejando aparte los poderes notables que han desarrollado algunos éspers, los envidio a menudo.

Mackenzie miró a su amigo con los ojos muy abiertos.

-Tú, Phil?

Speyer endureció el rostro.

—Durante este invierno he ayudado a matar a muchos de mis compatriotas —dijo en voz baja—. Mi madre, mi mujer y mis hijos han buscado refugio con el resto de la aldea en el fuerte Mount Lassen, y cuando nos despedimos pensamos que podía ser para siempre. Y en el pasado he ayudado también a matar a muchos hombres que no me habían hecho ningún daño. —Speyer suspiró.— Me he preguntado muchas veces cómo será la paz, tanto interior como exterior.

Mackenzie trató de no pensar en Laura y en Tom.

-Por supuesto -continuó Speyer-. Tanto tú como yo desconfiamos de los éspers, pues son para nosotros algo extraño. Algo que se opone de muchos modos a nuestro concepto de la vida. Hace un par de semanas, en Sacramento, me metí en los laboratorios de la universidad para enterarme de los últimos adelantos. Increíble. Cualquier soldado común hubiese jurado que era cosa de brujas. Era algo bastante más extraño que... leer el pensamiento o mover objetos con la mente. ¿Y por qué? Porque el laboratorio es científico. Esa gente trabaja con elementos químicos, principios electrónicos, partículas subvirales. Para ti y para mí todo esto pertenece al mundo civilizado. En cambio, la unidad mística de la creación... No, eso no es para nosotros. Para alcanzar esa unidad tendríamos que renunciar a todas nuestras creencias. A tu edad, o a la mía, Jimbo, un hombre no está dispuesto a tirar rápidamente por la borda toda su existencia y empezar otra vez desde el principio.

-Quizá no.

La conversación ya no le inte-

resaba a Mackenzie. Estaban acercándose a la colonia,

Se volvió hacia el capitán Hulse, que venía a unos metros detrás de ellos.

—Nosotros dos nos adelantamos —dijo— Déle mis saludos al teniente Yamaguchi y digale que queda a cargo de la tropa. Si algo le parece sospechoso, que actúe de acuerdo con su propio criterio.

—Sí, señor.
El capitán saludó y dio prontamente media vuelta. No había
necesidad de que Mackenzie repitiera lo que había sido convenido hacía tiempo, pero conocía
el valor de los ritos oficiales. Puso
el caballo alazán al trote. Detrás
de él estallaron los clarines y los
gritos de los sargentos.

Speyer se adelantó también. Mackenzie había insistido en la necesidad de otro parlamentario. No era tan inteligente, pensaba él mismo, como para discutir de igual a igual con un ésper de alto nivel, pero en cambio Phil... Espero, sin embargo, que no sea una cuestión de diplomacia, pensó.

Para tranquilizarse, se concentró en la realidad inmediata: el resonar de los cascos, el movimiento rítmico de la montura, el cuerpo del caballo entre sus muslos, las sacudidas del sable, el olor sano de la bestia... y de pronto recordó. Este era uno de los métodos que recomendaban los éspers.

Los éspers no amurallaban sus pueblos, como los señores. Mackenzie v Speyer dejaron la carretera y entraron en una calle bordeada por edificios con columnas. Las calles laterales corrían en era muy extensa, y estaba compuesta por grupos familiares que vivían juntos llamados hermandades o superfamilias. Esta práctica era motivo de cierta hostilidad hacia los éspers y de muchas bromas. Pero Speyer, que conocía las colonias, decía que no había alli más desorden sexual que en el mundo exterior. La idea básica era librar al individuo de toda inclinación a la propiedad, de la oposición tuyo-mío, y educar a los niños como parte de un todo y no como miembros de un clan

Los niños habían salido a los pórticos, en centenares, y miraban a Speyer y a Mackenzie con los ojos muy abiertos. Parecían sanos, y bastante felices, aunque la presencia de los invasores debía de haberlos asustado. Pero parecían también bastante solemnes, pensó Mackenzie, todos con las mismas túnicas azules. Había algunos adultos entre ellos, de rostros inexpresivos. Todos habían dejado los campos al enterarse de la llegada del regimiento. El silencio era como una barricada. Mackenzie sintió que la transpiración le corría por el pecho. Cuando llegaron a la plaza central, suspiró roncamente, ali-

Una fuente cantarina se abría como una flor de loto en medio de la plaza, entre árboles de espeso follaje. En tres lados se alzaban unos edificios macizos, almacenes probablemente. En el otro extremo había una construcción más pequeña, parecida a un templo, coronado por una cúpula: un lugar de reunión evidentemente, una suerte de alcaldía. En el escalón más bajo se alineaba una media docena de figuras vestidas de azul: cinco jóvenes y un hombre de mediana edad, con el símbolo de Yang-Yin en el pecho, y una expresión de serenidad implacable.

Mackenzie y Speyer detuvieron las cabalgaduras. El coronel insinuó un saludo.

-¿El filósofo Gaines? Soy Mackenzie. El mayor Speyer me acompaña.

Maldijo su propia torpeza preguntándose dónde pondría las manos. Entendía a los jóvenes, aproximadamente. Lo observaban con una hostilidad mal disimulada. Pero le costaba mirar a Gaines.

El jefe del grupo inclinó la ca-

-Bienvenidos a Santa Helena, caballeros. ¿Quieren entrar?

Mackenzie desmontó, ató el caballo a un poste y se sacó el casco. El gastado uniforme castañorojizo parecía aquí todavía más raído.

-Gracias. No disponemos de mucho tiempo.

-Por supuesto. Síganme, por favor.

Los jóvenes, muy tiesos, siguie-

ron en una antecámara y un vestíbulo. Speyer miró alrededor los mosaicos.

-Pero esto es realmente maravilloso -murmuró.

-Gracias -dijo Gaines-, aquí está mi oficina.

Abrió una puerta de madera de nogal y les indicó a los visitantes que entraran. Cerró luego detrás de él y los acólitos quedaron afuera.

El cuarto era austero, de paredes blancas de cal, con un escritorio, un estante de libros, v algunos asientos sin respaldo. Una ventana se abría a un jardín. Todos se sentaron.

-Sería mejor que empezáramos en seguida -balbuceó Mackenzie.

Gaines no replicó. Al fin Mackenzie dijo:

-La situación es esta. Nuestras fuerzas deberán ocupar Calistoga, con destacamentos a cada lado de las colinas. De este modo dominaremos tanto el valle de Napa como el valle de la Luna... por lo menos en el extremo norte. El mejor sitio para estacionar el ala izquierda del ejército es el prado vecino al pueblo, donde pensamos fortificarnos. Las cosechas sufrirán algunos daños, claro está, pero se les entregará una indemnización tan pronto como restauremos el gobierno legítimo. Necesitamos también alimentos y medicinas, y será necesario requisar todo esto, pero no queremos perjudicar a nadie y extendere-

ron a los mayores y todos entra- mos los recibos apropiados. Este... como medida precautoria tendremos que instalar a algunos hombres aquí, en el pueblo, en papel de observadores. Intervendrán lo menos posible. ¿Está usted de acuerdo?

> -La Carta de la Orden nos exime de las obligaciones militares -dijo Gaines serenamente-. En verdad, se supone que ningún hombre armado debiera entrar en las tierras de una colonia ésper. No puedo prestarme a una violación de la ley, coronel.

> -Si entra usted en sutilezas iurídicas, filósofo -dijo Spever-, le recordaré que tanto Brodsky como Fallon han declarado la lev marcial. Todas las leyes comunes han quedado suspendidas.

Gaines sonrió.

-Pero como sólo un gobierno es legítimo -dijo- todas las proclamaciones del otro son nulas y sin validez. Para un observador desinteresado, los títulos del juez Fallon son evidentemente más fuertes, pues domina una zona vasta, y no sólo algunos puntos aislados.

-Eso ya no es cierto -interrumpió Mackenzie.

Speyer extendió la mano indicándole que se callara.

-Quizá no conozca usted los acontecimientos de las últimas semanas, filósofo -dijo-. Permítame que resuma. El comando de la Sierra ha dejado atrás a los hombres de Fallon y ha bajado de las montañas. En toda la parte media de California no había

nada que pudiera oponernos resistencia, de modo que avanzamos rápidamente. Al ocupar Sacramento dominamos el río y la vía férrea. Nuestras bases se extienden al sur más allá de Bakersfield, incluyendo los puestos fortificados de Yosomite y el cañón del Rey. Cuando consolidemos nuestras posiciones en el norte, las fuerzas de Fallon instaladas en Redding se encontrarán atrapadas entre nosotros y los poderosos señores que resisten aun en Trinity, Shasta y Lassen. Nuestra sola presencia aquí obligará al enemigo a evacuar el valle de Columbia, para asistir a la defensa de San Francisco. No parece exacto afirmar que las fuerzas de Fallon dominan un territorio más

-Y ese ejército que avanzó hacia la Sierra para atacarlos a ustedes -preguntó Gaines-, ¿lo han

Mackenzie frunció el ceño.

-No. No es un secreto. Han atravesado la región de Madre Lode v nos han dejado atrás. Están ahora en Los Angeles y en

-Unas huestes poderosas. ¿Esperan ustedes evitarlas indefini-

-Haremos todo lo posible -dijo Mackenzie-. Aquí tenemos la ventaja de disponer de comunicaciones interiores. Y la mavoría de los propietarios de tierras nos tienen al tanto de los movimientos del enemigo. Podemos concentrarnos rápidamente en el

punto que sea atacado por las fuerzas de Fallon.

-Lástima que estas tierras tengan que sufrir las devastaciones de la guerra.

-Sí, ¿no es cierto?

-Nuestro objetivo estratégico es bastante evidente -dijo Speyer-. Hemos cortado las comunicaciones del enemigo. Sólo dominan las vías marítimas, lo que no es muy satisfactorio para unas tropas que actúan tierra adentro. Les hemos impedido el acceso a buena parte de sus bases de suministro de alcohol y alimentos. La columna vertebral de nuestro bando es el ejército de los señores, unidades que casi se bastan económicamente a sí mismas. No antes de mucho tiempo serán más fuertes que el ejército sin bases de Fallon. Pienso que el juez Brodsky estará de regreso en San Francisco antes del otoño.

-Si esos planes marchan bien -dijo Gaines.

-De eso nos ocupamos ahora -dijo Mackenzie inclinándose hacia adelante, con un puño en la rodilla-. Muy bien, filósofo. Sé que a usted le alegraría la victoria de Fallon, pero no será tan insensato como para abrazar una causa perdida. ¿Cooperará usted con nosotros?

-La Orden no toma parte en cuestiones políticas, coronel, excepto cuando corre peligro su propia existencia.

-Oh, por favor. Sólo le pido que no interfiera.

-Temo que aun eso sería cola-

borar con ustedes. No podemos admitir fuerzas militares en nues-

Mackenzie clavó los ojos en la cara de Gaines, ahora rígida como el granito, y se preguntó si habría oído bien.

−¿Está usted ordenando que nos marchemos?

Le pareció que otro había hablado con su voz.

-Sí -dijo el filósofo. -¿Con nuestra artillería apun-

tando al pueblo?

—¿Ametrallarán ustedes a mu-

jeres y niños, coronel? Oh, Nora, se dijo Mackenzie.

-No será necesario. Nuestros hombres ocuparán la villa.

—¿Resistiendo a las descargas psi? No condene a muerte a esos pobres muchachos, coronel. —Gaines hizo una pausa, y dijo luego: — Me permitiria señalarle, además, que la pérdida de este regimiento comprometería seriamente la causa de ustedes. No impediremos que bordeen nuestras tierras y prosigan hacia Callistoga.

Dejando un nido de gentes de Fallon a nuestras espaldas, pensó Mackenzie, que podría cortar nuestras comunicaciones con el sur. Apretó las mandíbulas.

Gaines se puso de pie.

—La discusión ha terminado,

señores —dijo—. Tienen ustedes una hora para dejar nuestras tierras.

Mackenzie y Speyer se incorporaron también.

-No hemos terminado aún -

dijo el mayor. La transpiración le corría por la frente y la larga nariz—. Quiero explicar algo más. Gaines cruzó la habitación y

orió la puerta.

—Acompañe a estos caballeros a la salida —les dijo a los cinco acólitos.

-¡De ningún modo! -gritó Mackenzie llevando la mano al

-Informen a los adeptos -dijo

Uno de los jóvenes dio media vuelta. Mackenzie oyó el golpeteo de las sandalias en el pasillo. Gaines asintió con un movimiento de cabeza.

—Será mejor que se vaya —dijo. Speyer estaba muy quieto, con los ojos cerrados. Los abrió de pronto y murmuró:

-¿Oue informe a los adeptos?

Mackenzie notó que el rostro de Gaines perdía su rigidez. No se asombró mucho tiempo. Movió automáticamente la mano, y sacó el revólver al mismo tiempo que Spever.

-Alcanza a ese mensajero, Jimbo -gritó el mayor-. Yo vigilaré a estos pajarracos.

Mientras corría por el pasillo, Mackenzie pensó en el honor militar. ¿Era correcto abrir las hostilidades luego de presentarse como parlamentario? Pero era Gaines quien había interrumpido las discusiones...

-¡Deténganlo! -gritó Gaines. Los otros cuatro acólitos se pusieron en movimiento. Dos de ellos cerraron el camino de la puerta, los otros dos corrieron

-¡Quietos o disparo! -gritó Speyer, pero nadie le hizo caso.

Mackenzie no se atrevía a disparar contra hombres desarmados. Golpeó en los dientes, con la culata del revólver, al primer joven que se le cruzó en el camino. El ésper retrocedió con la cara ensangrentada. El coronel se libró en seguida del otro, que venía por la izquierda, golpeándolo con el antebrazo. El tercero lo esperaba en la puerta. Mackenzie metió un pie entre los tobillos del joven y empujó. El ésper rodó por el suelo, y Mackenzie lo pateó en la sien, con bastante fuerza como para aturdirlo, y saltó por

El cuarto lo atacó por la espalda. El coronel torció el cuerpo y
lo enfrentó. Los brazos que le
torcían la mano con el revólver
eran bastante fuertes. Mackenzie
puso la mano libre bajo la nariz
del hombre y empujó. El acólito
lo soltó en seguida. El coronel lo
alcanzó con un rodillazo en el
estómago, dio media vuelta, y

Había calma ahora detrás de él. Phil debía de haberlos dominado. Mackenzie entró en la antecámara. ¿Dónde se había metido aquel maldito mensajero? Se asomó a la puerta de salida y miró la plaza. El sol le nubló los ojos. Respiraba entrecortadamente, y sentía una punzada en el costado. Sí, estaba poniéndose viejo.

Unas ropas azules se movían en

la calle. El coronel reconoció al mensajero. El joven se volvió y señaló el edificio. Mackenzie oyó confusamente unos fragmentos de palabras. Había siete u ocho hombres con él, hombres más viejos, sin marcas en las ropas... pero Mackenzie reconocía a un oficial superior a simple vista. El acólito se alejó. Los otros cruzaron la plaza a grandes pasos.

Mackenzie sintió un nudo de terror en las entrañas. Se dominó. Un Gato Montés no huía, ni siquiera ante alguien que podía destruirlo con una mirada. Nada podía hacer, sin embargo, contra la desesperación que lo invadía ahora. Si terminan conmigo, mucho mejor, se dijo. No me pasaré las noches en vela pensando cómo está Laura.

Los adeptos estaban casi al pie de la escalera. Mackenzie dio un paso adelante moviendo el revólver en un arco. En el silencio que flotaba sobre el pueblo el grito sonó débilmente:

-tAlto!

Los hombres se detuvieron, juntos. Mackenzie advirtió que todos los rostros se distendían y eran ahora máscaras sin expresión. Nadie dijo una palabra. Al fin Mackenzie no pudo resistir más el silencio.

—El pueblo ha sido ocupado de acuerdo con las leyes de la guerra −dijo−, Vuelvan a sus casas. −¿Qué ha hecho usted con nuestro jefe? −preguntó un hom-

bre alto de voz serena, pero vibrante.

-Léanme el pensamiento y descúbranlo -dijo el coronel. No, pensó, no te muestres infantil ahora.- No le pasará nada mientras obedezca. Lo mismo a ustedes. Aléjense.

-No deseamos pervertir nuestros poderes empleándolos para la violencia -dijo el hombre alto-. Por favor, no nos obligue a

actuar. -El jefe de ustedes los llamó antes que hubiésemos hecho nada -replicó Mackenzie-. Parece que era él quien pensaba en la violencia. En marcha.

Los éspers se miraron. El hombre alto asintió. Los otros se alejaron lentamente.

-Quisiera ver al filósofo Gaines -dijo el hombre alto.

-Lo verá muy pronto.

-¿Debo entender que es prisionero de ustedes?

-Entienda lo que se le antoje. -Los otros éspers desaparecían en ese momento en una bocacalle.-No quiero disparar. Retroceda antes que sea demasiado tarde.

-Estamos en la misma situación -dijo el ésper-. Ninguno quiere herir a alguien que considera indefenso. Permitame que lo lleve lejos de aquí.

Mackenzie se pasó la lengua por los labios curtidos.

-Si es usted capaz de dominarme con algún maleficio, no se detenga -dijo en tono desafiante-. Si no, aléjese.

-No le impediré que se una a sus hombres. Me parece el método más simple de lograr que

se vaya usted. Pero le advierto solemnemente que cualquier fuerza armada que pretenda entrar en el pueblo será aniquilada.

Sería mejor hacer venir a los hombres, se dijo Mackenzie. Phil no podrá montar guardia eternamente.

El hombre alto se acercó al pór-

-¿Qué caballo es el suyo? preguntó con una voz inexpre-

Mackenzie pensó que el hombre quería desembarazarse rápidamente de él. Demonios, tenía que haber una puerta trasera.

Dio media vuelta. El ésper gritó. Mackenzie se precipitó en la antecámara. Los muros le devolvían el ruido de las botas. No, no a la izquierda. En aquel lado estaba la oficina del jefe. A la derecha...

El pasillo era largo. En la parte media se veía la curva de una escalera. Los otros éspers estaban

va allí.

-: Alto! -les gritó Mackenzie-. Alto o disparo!

Los dos primeros hombres corrieron por el pasillo. El resto se lanzó hacia Mackenzie.

Mackenzie disparó con cuidado. No quería matar a nadie. Las explosiones atronaron el pasillo. Los hombres cayeron uno tras otro, con una bala en la pierna, en la cadera o en el hombro. Mackenzie erró algunos tiros. Cuando el hombre alto llegó desde atrás, el gatillo golpeó la cámara vacía.

y golpeó al ésper con el plano de la hoja, en un costado de la cabeza. El hombre se tambaleó. El coronel se lanzó por la escalera, que se curvaba como en una

Arriba había una puerta de hierro. Un hombre probaba la cerradura. Otro, vestido con ropas azules, atacó a Mackenzie. El coronel le metió el sable entre las piernas y cuando el ésper trastabilló, le lanzó un gancho de izquierda a la mandíbula. El ésper cayó contra la pared. Mackenzie tomó al otro por las ropas y lo derribó.

-Fuera -dijo.

Los dos hombres se levantaron y lo miraron con furia. Macken-

zie sacudió el sable. -De aquí en adelante golpearé

para matar -dijo. -Dave, ve en busca de ayuda -dijo el hombre que había estado abriendo la puerta-. Me quedaré aquí, vigilándolo. -El otro ésper bajó arrastrándose por la escalera. El primero se puso fuera del alcance del sable.-¿Quiere usted ser destruido? -

Mackenzie movió el pestillo con la mano a la espalda, pero la puerta estaba cerrada aún.

No sin lo que hay aquí.

El ésper trató de dominarse. Pasaron unos largos minutos. Luego hubo un ruido abajo. El ésper alzó la mano.

-No tenemos otra cosa que im-

plementos agrícolas -dijo-, pero usted tiene sólo ese sable. No se

El coronel escupió en el piso.

Los atacantes aparecieron al fin. Hacían tanto ruido que debían de ser un centenar, pero la curva de la escalera impedía que Mackenzie viese a más de diez o quince: campesinos robustos, con las túnicas recogidas, que blandían herramientas. El descanso era demasiado ancho para intentar allí una defensa. Mackenzie avanzó hacia los escalones. donde los hombres no podían aparecer sino de dos en dos.

Los primeros hombres atacaron con unas horcas de heno. Mackenzie paró una arremetida bajando el sable, y la hoja se hundió en la carne y golpeó un hueso. La sangre brotó, de un intenso color rojo aun en aquella penumbra. El hombre cavó hacia adelante con un chillido, Mackenzie esquivó el ataque del otro, y el acero chocó con el acero. Las armas se cruzaron, y el brazo del coronel cedió. Mackenzie se encontró mirando una cara tostada por el sol. Golpeó el cuello con el borde de la mano y el ésper cayó sobre el hombre que venía detrás. Pasó un rato antes que los -No creo que pueda hacerlo. asaltantes despejaran la escalera.

Alguien lanzó una horquilla contra el vientre del coronel. El con la mano izquierda, desvió los dientes y descargó un sablazo sobre los dedos que sostenían la

herramienta. Una guadaña le abrió entonces el costado. Mackenzie vio la sangre, pero no sintió ningún dolor. Una herida superficial, sin duda. Barrió el aire con el sable. Los primeros hombres retrocedieron. Dios, se me doblan las rodillas, se dijo. No podré aguantar más de cinco mi-

Sonó un clarín. En seguida una descarga de fusilería. La multitud que ocupaba la escalera se detuvo. Alguien gritó.

Unos cascos de caballo resonaron en el pasillo. Una voz gritó

-¡Deténganse todos! Dejen caer esas armas y bajen. El primero que intente algo recibirá un tiro.

Mackenzie se apoyó en el sable y trató de recobrar el aliento. Apenas notó la desaparición de

Cuando se sintió un poco mejor, se acercó a una de las ventanitas y miró hacia afuera. La caballería ocupaba la plaza. La infantería no estaba lejos. Se oía ya el golpe regular de los pasos.

Speyer llegó seguido por un sargento de ingenieros y varios hombres de tropa. El mayor se precipitó hacia Mackenzie.

-¿Estás bien, Jimbo? ¡Te han herido!

-Un arañazo -dijo el coronel. Empezaba a recobrar las fuerzas, pero no tenía ninguna impresión de victoria. Se sentía solo. La herida le dolía ahora-. No vale la pena inquietarse. Mira.

-Sí, me parece que vivirás.

Muy bien, hombres. Abran esa

Los ingenieros sacaron sus herramientas y asaltaron la cerradura con una animación no muy ajena al miedo.

-¿Cómo llegaron tan pronto? -preguntó Mackenzie.

-Pensé desde un principio que encontraríamos dificultades -dijo Speyer-, y cuando oí los tiros salté por la ventana y corrí a mi caballo. Eso fue poco antes que te atacaran los paisanos. Vi cómo se reunían mientras yo iba hacia las tropas. Nuestra caballería entró en seguida en el pueblo, por supuesto, y la infantería llegó poco después.

-¿Ninguna resistencia? -No, luego que disparamos algunos tiros al aire. -Speyer echó

una ojeada por la ventana.- Dominamos la situación ahora. Mackenzie miró la puerta.

-Bueno -dijo-, ya no me arrepiento de haber sacado el revólver en la oficina. Parece que esos adeptos necesitaban recurrir a armas antiguas, ¿no? Y se suponía que en las comunidades ésper no había armas. Así dicen los reglamentos... Tuviste buen olfato, Phil. ¿Cómo te diste cuenta?

-Me sorprendió que el jefe tuviera que enviar un mensajero a unos hombres que se proclamaban telépatas. ¡Ya está!

La cerradura saltó en pedazos. El sargento abrió la puerta. Mackenzie y Speyer entraron en la sala abovedada.

Fueron de un lado a otro un

largo rato, en silencio, entre formenos identificables. No había allí nada familiar. Mackenzie se detuvo al fin ante una espira que asomaba en un cubo transparente. Unas sombras informes se movian en círculos dentro de la caja, tachonadas de minúsculos puntos brillantes parecidos a estrellas.

-Me imaginaba que los éspers habían encontrado un depósito de máquinas de los viejos tiempos, de antes de las Bombas Infernales -dijo con una voz ahogada-. Armas ultrasecretas que nunca habían llegado a usarse. Pero esto es otra cosa, ¿no te parece?

-Sí -dijo Speyer -. Se me ocurre que estos aparatos no fueron construidos por seres humanos.

-¡Pero no entiendes? ¡Han ocupado una colonia! Eso le demostrará al mundo que los éspers no son invulnerables. Y para completar la catástrofe, tomaron también un arsenal.

-No temas nada. Nadie puede utilizar esos instrumentos si no ha recibido un entrenamiento apropiado. Los circuitos no pueden abrirse sino mediante ciertos ritmos encefálicos que nacen de un cierto condicionamiento. Este a los llamados adeptos revelar su ciencia a los no iniciados, pase lo que pase.

-Si, va lo sé. Pero no es eso lo que me preocupa. Temo que la revelación se propague. Todos

sabrán que los adeptos éspers no tienen en realidad acceso a los abismos desconocidos de la psique, sino que conocen simplemente una ciencia física muy avanzada. Esto no sólo exaltará el espiritu de los rebeldes. Ouizá ocurra algo peor: la defección de muchos miembros de la Orden

-No en seguida, Las noticias se transmiten lentamente en estos tiempos. Además, Mwyr, no puedes ignorar que los hombres olvidan fácilmente aquello que se opone a sus más preciadas creencias.

-Pero...

-Bueno, admitamos lo peor. Supongamos que la fe se pierda y que la Orden se desintegre. El golpe que recibiria el plan sería severo, pero no fatal. La ciencia psiónica no ha sido nunca más que un fragmento de folklore, bastante poderoso, nos pareció, como para que activara una nueva orientación de la vida. Pero hay otras, por ejemplo la creencia en las fuerzas mágicas, bastante extendida entre las clases menos educadas. Si es necesario podemos empezar otra vez, sobre nuevas bases. No importa tanto la creencia misma. Es sólo una armazón para sostener la verdadera estructura: un grupo social antimaterialista. La gente se irá volviendo hacia él a falta de algo mejor y mientras tanto se organizará el imperio. En última instancia, la nueva cultura podrá eliminar todas las supersticiones

que sirvieron como impulso ini-

-Un retraso de cien años, por lo menos.

-Es cierto, Hoy la sociedad autóctona ha desarrollado ya sus propias instituciones y será más difícil introducir un elemento radical extraño. Sólo deseo recordarte que la tarea no es imposible. Por otra parte, no estoy dispuesto a dejar las cosas como hasta ahora. Podemos salvar aún a los éspers.

-¿Cómo?

-Mediante una intervención directa.

-¿La medida sería inevitable? -Sí. La matriz ha dado una respuesta nada ambigua. La intervención me gusta tan poco como a ti. Pero tenemos que recurrir a ella bastante a menudo. Por supuesto, esto no se lo decimos a los neófitos de las escuelas. El procedimiento más elegante consiste en ordenar las condiciones sociales de tal modo que la evolución siga automáticamente las lineas previstas. Además, podremos olvidar nuestra propia culpa. Lamentablemente, la Gran Ciencia no tiene en cuenta los

"En las presentes circunstancias ayudaremos a aplastar la oposición. El gobierno castigará a los
vencidos con un rigor implacable
y muchos de los que hayan conocido el descubrimiento de Santa
Helena no vivirán para contar la
historia. El resto... bueno, la
derrota misma los desacreditará.

hechos de la vida cotidiana.

Si, habrá rumores durante mucho tiempo, ¡Pero qué importa? Aquellos que creen en el Camino se sentirán confirmados en su fe, precisamente porque tienen que negar esos rumores. Y a medida que los ciudadanos comunes y los éspers vayan apartándose del materialismo, la leyenda parecerá cada vez más fantástica. Parecerá obvio que ciertos antiguos inventaron la historia para explicar algo que no comprendian.

-Ya veo...

-No eres feliz aquí, ¿no es cierto, Mwyr?

-No estoy seguro. Todo es tan

-Alégrate de que no te hayan enviado a algunos de los planetas realmente extraños.

-Casi lo hubiese preferido. Hubiera vivido preocupado por el ambiente hostil. Sería más fácil olvidar qué lejos está la patria.

-Tres años de viaje.

—Lo dices tan tranquilamente. Como si tres años en una nave no equivaliera a cincuenta años del tiempo cósmico. Como si las naves de relevo llegaran diariamente y no una vez por siglo. Y... como si la región que han explorado nuestras naves no quera un fragmento minúsculo de la galaxía.

-Esa región crecerá y un día comprenderá toda la galaxia.

-St, st, st. Ya lo se. ¿Por què crees que he estudiado la psico-dinámica? ¿Por qué estoy aquí, aprendiendo a manejar los destinos de un mundo al que no

pertenezco? "Para crear la unión de los seres conscientes, para que la vida domine el universo." Un lema ambicioso. Pero en la prácica, sólo unas pocas razas podrán ser libres en ese universo.

—No es así, Mwyr, Considera a las gentes de este mundo, que manejamos como tú dices. Considera cómo utilizaron la energía nuclear. Si siguen así, volverán a tenerla dentro de un siglo o dos. No mucho después construirán naves del espacio. Aun admitiendo que el tiempo atenúa los efectos de los contactos interestelares, esos efectos son acumulativos. ¿Te gustaria tropezar con esa banda de carnivoros en la galaxia?

"No, que primero se civilizen moralmente, y luego veremos si es posible confiar en ellos. Si no, por lo menos serán felices en su propio planeta, de acuerdo con las normas que dicte la Gran Ciencia. Hablan de paz desde épocas immemoriales, pero no la alcanzarán nunca librados a sus propios medios. No pretendo ser un personaje excepcional, Muyr. Pero este trabajo me hace sentir que no soy completamente inútil en el cosmo.

Aquel año había muchas pérdidas de vidas, y las promociones eran rápidas. El capitán Thomas Danielis, que había ayudado a reprimir la rebelión de los ciudadanos de Los Angeles, fue promovido al grado de mayor. Poco tiempo después se libró la batalla de Maricopa (las tropas leales

no lograron romper el cerco rebelde en el valle de San Joaquín) y Danielis fue designado teniente coronel. El ejército recibió órdenes de marchar hacia el norte, y avanzó lentamente a lo largo de la costa temiendo siempre ser atacado desde el este. Pero la gente de Brodsky estaba muy ocupada en consolidar sus últimas victorias. Las principales dificultades eran la actividad de los guerrilleros y la resistencia de los distritos de los señores. Luego de una escaramuza un poco más importante, las tropas se detuvieron a descansar cerca de Pinnacles.

Danielis caminaba por el campamento, entre las filas apretadas de tiendas, cañones y hombres que dormían, hablaban, jugaban o contemplaban el cielo azul. El día era caluroso y en el aire flotaba el olor de las cocinas, los caballos, las mulas, el estiércol, el sudor, el betún de las botas, El verano oscurecía las lomas verdes que se alzaban alrededor del campamento. Danielis no tenía nada que hacer hasta la hora de la conferencia con el general, pero se sentía inquieto. Debo de ser padre ya, pensaba, y aún no he visto a mi hijo.

Sin embargo, he tenido suerte, reflexionó. Estoy sano y salvo, y con los miembros intactos. Recordó a Jacobsen que había muerto en sus brazos en Maricopa. Era difícil creer que hubiera tanta sangre en un cuerpo humano. Aunque quizá uno ya no êra humano cuando el dolor

arrancaba gritos que se apagaban sólo con la caída de las sombras.

Y yo pensaba antes en la gloria de la guerra, se dijo. Hambre, sed, agotamiento, terror, mutilación, muerte, y siempre esa monotonía y ese entumecimiento que lo transforman a uno en un buey... He tenido demasiado de todo eso. Me dedicaré a los negocios luego de la guerra. Una vez que el sistema de distritos se derrumbe, habrá que organizar una integración económica. Un hombre podrá abrirse camino sin armas en la mano...

Danielis advirtió que estaba repitiendo pensamientos que se le habían ocurrido hacía ya varios meses. ¿Pero en qué otra cosa po-

día pensar?

Se encontró ante la tienda donde se interrogaba a los prisioneros. Dos soldados conducían a un hombre adentro, un hombre rubio, corpulento y hosco. Tenía galones de sargento, pero aparte de eso no llevaba otro signo militar que la banda de Warren Echevarry, señor de esta región de las montañas costeras. Leñador en tiempos de paz, imaginó Danielis, soldado de un ejército privado cuando algo amenazaba los intereses de Echevarry.

Entró también en la tienda. El capitán Lambert, sentado a un escritorio de campaña, concluía las preliminares del interrogatorio.

-Oh. -El oficial empezó a incorporarse. - ¿Sí, señor? -No se moleste -dijo Danielis-. Pasaba por aquí y entré a escuchar.

-Bueno, trataré de que asista a un buen espectáculo. -Lambert se sentó otra vez y miró al prisionero, de pie entre los guardias, encorvado, y con las piernas abiertas.- Bueno, sargento, quisiera que me dijeses unas pocas

-No tengo nada que decir, aparte del nombre, el rango, y la ciudad -gruñó el sargento-. Y ya sabe usted todo eso.

-Bueno, no es posible que sepas tan poco. No eres un soldado extranjero sino un hombre que se ha rebelado contra el gobierno de su propio país.

-1Nada de eso! Soy un hom-

bre de Echevarry.

-5X3

-Y mi juez es el que indica Echevarry. Echevarry dice que Brodsky. De modo que el rebelde es usted.

-La ley ha sido cambiada.

-Ese Fallon no tiene derecho a cambiar ninguna ley, y menos aún una parte de la Constitución. No soy un vagabundo, capitán. He ido a la escuela. Y todos los años Echevarry lee la Constitución a su gente.

-Los tiempos han cambiado -dijo Lambert, con una voz más áspera-. Pero no discutiré contigo. ¿Cuántos fusileros y cuántos arqueros hay en tu compañía?

-Podemos facilitarte las cosas -dijo Lambert -. No te pido que traiciones a tu gente. Sólo quieque he recibido.

El hombre meneó la cabeza,

Lambert hizo una seña. Uno de los soldados se puso detrás del cautivo, le tomó el brazo, y se lo torció un poco.

-Echevarry no me haría esto -dijo el prisionero, con los la-

-Claro que no -dijo Lambert-. Eres hombre de él.

-¿Cree usted que me gustaría ser un número en alguna lista de San Francisco? Maldita sea, sov hombre de mi señor.

Lambert hizo otra seña. El soldado torció el brazo un poco más.

-Basta -ordenó Danielis-. Su-

El soldado se apartó sorprendido. El prisionero emitió un so-

-Me asombra usted, capitán Lambert -dijo Danielis, sintiendo que se le encendía el rostro-. Si recurre comúnmente a estas prácticas, tendremos que someterlo a una corte marcial.

-No, señor -dijo Lambert con una voz débil-. Pero no quieren hablar. ¿Qué puedo hacer?

-Cumplir las leyes de la guerra.

-¿Con los rebeldes? -Llévense a ese hombre -or-

Los soldados obedecieron rápidamente.

-Lo siento, señor -murmuró Lambert-. Pero... he perdido a demasiados camaradas. No qui-

ro confirmar cierta información siera perder otros sólo por falta de información.

> -Yo tampoco. -Danielis se sintió conmovido. Se sentó en el borde de la mesa y empezó a armar un cigarrillo.- Recuerde que esta no es una guerra regular, y que por una curiosa paradoja tenemos que respetar las convenciones más cuidadosamente que

-No entiendo muy bien, señor. Danielis terminó de armar el cigarrillo y se lo pasó a Lambert. como rama de olivo o algo semejante. Se preparó otro.

-Los rebeldes no son rebeldes para ellos mismos -dijo-. Son leales a una tradición que nosotros pretendemos modificar, y destruir eventualmente. Tenemos que reconocerlo, el señor es comúnmente un excelente conductor de hombres. Quizá es descendiente de algún aventurero que tomó el poder por la fuerza en aquella época de caos, pero ahora él y su familia son parte de la región que gobiernan. La conoce a fondo, como conoce a sus gentes. Es un ser de carne y hueso, un símbolo vivo de la comunidad y de sus obras, de sus costumbres y de su independencia esencial. Si usted se encuentra en dificultades, no necesita ponerse en manos de una burocracia anónima, usted recurre directamente a su señor. Los deberes del señor están tan definidos como los del siervo, y son mucho más compulsivos, lo que equilibra los privilegios. Es el conductor de las

batallas y las ceremonias que dan color y significado a la vida. Los antepasados de él y los suyos han jugado juntos durante doscientos o trescientos años. La tierra está animada de recuerdos, para todos. Usted y él son parte de un mismo terruño.

"Pues bien, hay que barrer todo eso para que podamos ascender a un nivel superior. Pero no
alcanzaremos ese nivel alienando
a todos. No somos un ejército
conquistador. Nos parecemos más
a una guardia pretoriana que
aplasta una rebelión de ciudadanos. La oposición es parte integrante de nuestra propia sociedad.

Lambert encendió un fósforo y se lo alcanzó a Danielis. Danielis aspiró y continuó diciendo:

—En un plano práctico, debierea recordarle también, capitán,
que las fuerzas federales, tanto
las de Fallon como las de Brodsky, no son muy numerosas. Poco
más que unos batallones. Somos
unos pocos muchachos, paísanos
sin tierras, ciudadanos empobrecidos, aventureros, gente que busca en el regimiento esa plenitud
que no han podido encontrar en
la vida civil.

-Es usted demasiado profundo para mí, señor, me parece -dijo Lambert.

—No importa. —Danielis suspirró.— Recuerde sólo que hay muchos más combatientes fuera de los ejércitos que adentro. Si los señores lograran establecer un comando unificado, esto sería el fin del gobierno de Fallon. Felizmente, están divididos por muchos
orgullos provincianos y muchas
circunstancias geográficas para
que esto ocurra, si no los llevamos a la desesperación. Nos conviene ante todo que el propietario común y aun el señor piensen que los hombres de Fallon
no son al fin y al cabo gente tan
mala, y que si nos tratan con circunspección no perderán mucho,
y hasta pueden ganar algo a expensas de los vencidos. ¿Entiende?

-Sí... sí, creo que sí.

-Es usted inteligente, Lambert. No es necesario que emplee la violencia para obtener información, Recurra a la astucia.

-Haré lo posible, señor.

—Muy bien. —Danielis consultó el reloj que le había dado junto con el revólver luego de la primera promoción. Estos artículos eran demasiado costosos para los hombres de tropa. No había sido así en los años de producción en serie. Quizá en los años futuros...—Tengo que irme. Ya nos veremos.

Danielis salió de la tienda sintiéndose de algún modo un poco más animado. Parece que soy un predicador nato, pensó. Quizá por eso nunca me han gustado de veras las bromas y payasadas. En cambio si consigo transmitir de cuando en cuando alguna idea, me siento bastante satisfecho.

Oyó una música. Un grupo de hombres cantaba bajo un árbol, acompañados por un banjo. Danielis silbó la melodía. Parecía que los hombres no se habían desmoralizado mucho luego de Maricopa y de esta misteriosa marcha hacia el norte.

La tienda de conferencias era bastante grande como para que se la considerase un pabellón. Dos centinelas guardaban la entrada. Danielis fue casi el último en llegar y se sentó en un extremo de la mesa, frente al brigadier general Pérez. Había mucho humo y todos conversaban animadamente en voz baja, pero los rostros estaban tensos.

Cuando entró en la tienda la figura vestida de azul con el signo Yang-Yin en el pecho, el silencio cayó como un telón. Danielis se sorprendió al reconocer al filósofo Woodworth. Había visto al hombre por última vez en Los Angeles y había pensado que se quedaría en el centro ésper. Había venido, sin duda, en misión especial.

Pérez presentó al filósofo, y todos clavaron los ojos en los dos hombres.

--Tengo noticias importantes, caballeros --dijo Pérez con calma, sin sentarse--. En Cierto modo esta reunión es un honor para ustedes, pues significa que les tengo confianza a todos. Sé que guardarán absoluto silencio y que me ayudarán eficazmente en una operación vital muy importante.

Danielis descubrió, sorprendido, la ausencia de muchos oficiales de rango.

—Insisto —dijo el brigadier—. Una palabra de más significaría la ruina del plan. En ese caso la guerra se prolongaría durante mese o años. Ustedes saben bien que no nos encontramos en buena situación. Saben también que esta situación empeorará a medida que agotemos las provisiones, pues el cerco enemigo no nos permite renovarlas. Hasta seria posible que fuésemos derrotados. No soy un derrotista, me atengo a los hechos. Podemos perder la guerra.

"Por otra parte, si este nuevo esquema tiene éxito, podemos quebrar la espina dorsal del enemigo este mismo mes.

Hizo una pausa para que el auditorio asimilara esta afirmación y continuó:

-El plan ha sido establecido por el comando general junto con la central ésper de San Francisco, hace algunas semanas. Por este motivo vamos hacia el norte. -Hubo un rumor general de exclamaciones ahogadas.- Sí, ya saben ustedes que la Orden es neutral en cuestiones políticas. Pero saben también que se defiende de los ataques. Y habrán oído ustedes que los rebeldes se apoderaron del valle Napa y desde entonces han estado difundiendo rumores maliciosos acerca de la Orden. ¿Quiere usted hacer algún comentario, filósofo Woodworth?

El hombre de azul asintió con un movimiento de cabeza y dijo fríamente:

 De acuerdo con nuestros propios servicios de información, lo que ustedes llamarían servicios secretos, los hombres de Brodsky asaltaron Santa Helena en un momento en que la mayoría de los adeptos se encontraba afuera organizando una nueva comunidad en Montana. -¿Cómo viajan tan rápidamente? se preguntó Danielis. ¿Por teleportación quizá?-No sé si el enemigo estaba enterado o tuvo suerte. De cualquier modo, cuando los dos o tres adeptos que habían quedado en Santa Helena intimaron el retiro de las tropas, estalló una lucha y los adeptos murieron antes de poder actuar. -El filósofo sonrió.- No pretendemos ser inmortales sino en el nivel en que todo ser viviente es inmortal. Tampoco pretendemos ser infalibles, Bien, Santa Helena ha sido ocupada. No pensamos en tomar ninguna medida inmediata, pues podríamos causar graves pérdidas entre los miembros de la comunidad.

"En cuanto a los rumores difundidos por el comando enemigo, bueno, reconozco que yo haría lo mismo, si me pareciese necesario. Todos saben que un adepto tiene poderes inaccesibles a la mayoría de los hombres. Los soldados, conscientes de que han dañado a la Orden, temen sin duda una venganza sobrenatural. Hablo con gentes evolucionadas: nuestros poderes no tienen nada de sobrenatural. Son fuerzas latentes que se encuentran en la mayoría de nosotros. Saben ustedes también que la Orden no cree en la venganza. Pero el soldado de infantería común no piensa

del mismo modo, y los oficiales encemigos tenían que inventar algo para reanimarlos. Decidieron por lo tanto construir unos falsos aparatos científicos y dijeron que ésas eran las armas de los adeptos: una tecnología avanzada, claro está, pero al fin y al cabo sólo unas máquinas que con un poco de coraje podían ser destruidas como cualquier otra máquina.

"De cualquier modo esto es una amenaza seria para la Orden, y además no podemos permitir que un ataque a nuestra gente quede impune. De modo que la central ésper ha decidido apoyarlos a ustedes. Cuanto más pronto termine esta guerra, me-

Los hombres sentados a la mesa suspiraron o juraron con entusiasmo. Danielis sintió un frío en la nuca. Pérez alzó una mano.

—No tanta prisa, señores, por favor —dijo—. Los adeptos no tienen intención de pasearse desintegrando al enemigo a diestra y siniestra. Les ha costado mucho tomar esta decisión. Tengo entendido que... este, el desarrollo personal de cada uno de los éspers sufrirá un atraso de varios años a causa de esta violencia. Están haciendo un gran sacrificio.

"De acuerdo con los reglamentos pueden usar los poderes psi para defender a un establecimiento. Pues bien, un asalto a San Francisco sería considerado una agresión a la central.

Danielis adivinó la continua-

ción y sintió que se le paralizaban los miembros. Apenas oyó la seca exposición de Pérez:

-Repasemos la situación estratégica. En este momento el enemigo ocupa más de la mitad de California, todo Oregon e Idaho, y buena parte de Washington. Nuestro ejército no dispone en suma sino de una vía de acceso a San Francisco. El enemigo no ha intentado aún cortarnos esta vía porque las tropas que hemos retirado del norte, y que no se encuentran en campaña en este momento, constituyen una guarnición ciudadana temible, capaz de llevar a cabo peligrosas salidas. Brodsky está obteniendo demasiados beneficios de otras operaciones como para correr este riesgo.

"No puede tampoco cercar la ciudad con muchas esperanzas de éxito. Conservamos siempre Puget Sound y los puertos del sur de California. Nuestras naves nos traen alimentos y municiones en abundancia. La flota enemiga es muy inferior a la nuestra: barcas donadas por los señores de la costa y que tienen su base en Portland. Eventualmente, podría destruirnos un convoy, pero no valdría la pena. Seguirían otros, mejor escoltados. Y por supuesto, no podría penetrar en la bahía, protegida por los cañones y cohetes de la Puerta de Oro. No, no puede hacer otra cosa que mantener un cierto tráfico marítimo entre Alaska y Hawai.

"Sin embargo, el objetivo úl-

timo de Brodsky es San Francisco, asiento del gobierno y de la industria, corazón de la nación.

"Bien, este es el plan: nuestro ejército atacará una vez más al comando de la Sierra y a sus fuerzas auxiliares, desde San José. Esta es una maniobra perfectamente lógica. Si tenemos éxito cortaremos en dos las fuerzas de California. Sabemos, precisamente, que el enemigo concentra fuerzas previendo esa maniobra.

"No tendremos éxito. Libraremos una recia batalla y seremos rechazados. Esto es lo más difícil: fingir una derrota seria, aun convenciendo a nuestras propias tropas, y retirarnos en orden. Habrá que planearlo todo.

"Nos retiraremos al norte, subiendo por la península, hacia San Francisco. El enemigo se lanzará probablemente en nuestra persecución. Querrá aprovechar esta oportunidad inesperada y apoderarse de la ciudad.

"Cuando se haya internado en la península, y se encuentre con el océano a la izquierda y la bahía a la derecha, lo desbordaremos por el flanco y lo atacaremos por retaguardia. Los adeptos éspers estarán allí para ayudarnos. De pronto el enemigo se encontrará entre dos fuerzas: nosotros y las defensas de la capital. Concluiremos entonces la destrucción iniciada por los adeptos, y del comando de la Sierra sólo quedarán unas pocas guarniciones. El resto de la guerra no será más que una operación de limpieza.

"Una brillante pieza estratégica, en verdad, de difícil ejecución. ¿Cuento con ustedes, señores?

Danielis no unió su voz a la de los otros. Estaba pensando en Laura.

En el norte y a la derecha se libraban algunos combates. Los cañones hablaban ocasionalmente, o se oían unas ráfagas de fusilería. Unas tenues cintas de humo se arrastraban sobre la hierbay los robles verdes torcidos por el viento. Pero a lo largo de la costa no había otro movimiento que el de las olas, la brisa maritima, y la arena que se deslizaba en las dunas.

Mackenzie cabalgaba en la playa donde la marcha era más fácil
y el escenario más amplio. La mayor parte del regimiento se encontraba tierra adentro, en una
zona de bosques y ruinas de casas. En otro tiempo había vivido
nucha gente a orillas del mar,
pero luego de la Bomba Infernal
un huracán de fuego había arrasado el sitio, y los pocos habitantes que subsistían no alcanzaban
a prosperar en un suelo tan árido. No parecía haber ningún enemigo en esta ala izquierda del
esterito.

Los Piedras Rodantes no estaban allí, ciertamente, por esa razón. Hubieran podido, como los regimientos que operaban en el centro, presionar la retaguardia enemiga que se batía en retirada hacia San Francisco. Habían pagado a menudo su sangriento tri-

buto a esta guerra, sobre todo cuando dejaron Caligosta para ayudar a expulsar a los hombres de Fallon de la California del norte. La tarea fue llevada a cabo con tanto rigor que el territorio conquistado estaba ahora al cuidado de unos pocos efectivos esqueléticos. Casi todo el comando de la Sierra se había agrupado en Modesto, tropezando allí con el ejército enemigo que iba hacia el norte desde San José, y que se había batido en rápida retirada. Un día o dos más, y la ciudad blanca aparecería ante ellos.

Y allí el enemigo deberá enfrentarnos, pensó Mackenzie, con el apoyo de la guarnición. Habrá que bombardear la ciudad. Quizzá tengamos que invadirla calle por calle. Laura, criatura, estarás viva aún cuando todo termine? Por supuesto, quizá no ocura así. Quizá mi plan tenga éxito y triunfemos fácilmente. Quizá... horrible palabra.

Golpeó las manos, que sonaron como un pistoletazo.

Speyer lo miró de reojo. Los parientes del mayor estaban a salvo. Hasta había podido visitarlos en monte Lassen, luego de la campaña del norte.

-Es duro -dijo Speyer.

—Es duro para todos —dijo Mackenzie, con una cólera sorda—. Qué guerra sucia.

Speyer se encogió de hombros.

—Como casi todas, aunque esta vez las gentes del país están en el lado de los que dan y de los que reciben.

-Sabes muy bien que nunca me gustó estar en ninguno de los dos

–¿Qué hombre cuerdo podría sentir otra cosa?

-Cuando quiera un sermón te lo pediré.

-Perdón -dijo Speyer, since-

—Perdóname tú también —dijo Mackenzie arrepentido de pronto—. Tengo los nervios de punta. Maldita sea. Hasta desearía un poco de acción.

-No me sorprendería que recibiésemos una sorpresa. Todo esto me parece poco claro.

Mackenzie miró alrededor. A la derecha unas lomas limitaban el horizonte, v más allá se alzaba la cadena baja, pero maciza, de San Bruno, Aquí v allí se movían algunos hombres de la Sierra, a pie o a caballo. Arriba ronroneaba un avión. Pero había muchos posibles escondites en aquel terreno. Las fuerzas del infierno podían desencadenarse en cualquier instante... unas fuerzas limitadas, sin embargo, que los obuses v bayonetas reducirían rápidamente, con pocas pérdidas. (Bueno. Cada una de esas pérdidas era un hombre muerto, con mujeres y niños en duelo, o un hombre que descubría de pronto que le faltaba un brazo, o un hombre con la cara destrozada. Bueno, todas estas ideas eran en

Mackenzie trató de serenarse mirando hacia la izquierda. El mar se alzaba en olas de un color verde grisáco, con centelleos de luz a lo lejos, y se quebraba en la playa en un trueno de espumas blancas. Mackenzie aspiró el olor de las algas y la sal. Unas pocas gaviotas chillaban sobre las arenas brillantes. En el océano no se veía ninguna vela ni ninguna estela de humo. Los convoyes que iban de Puget Sound a San Francisco y los finos veleros de los señores de la costa asvegaban mucho más allá de la línea del horizonte.

Quizá todo marchaba bien en alta mar. Sólo restaba tener esperanzas. El mismo James Mackenzie había sugerido esta maniobra en la conferencia que habían celebrado con el general Cruikshank entre las batallas de Maricopa y San José. El mismo había propuesto que el ejército de la Sierra dejara las montañas, y él mismo, también, había desenmascarado el fraude enorme de los éspers, y había logrado que sus hombres no dieran importancia al hecho de que detrás del fraude había un misterio en el que uno apenas se atrevía a pensar. Se hablaría en las crónicas de este coronel, su nombre sería celebrado en baladas durante los próximos quinientos años.

Pero para Mackenzie esta imagen no era muy real. Sabía que en las mejores condiciones alcanzaba sólo el nivel medio de inteligencia de los otros oficiales, y ahora se sentía paralizado por la fatiga y aterrorizado por los peligros que amenazaban a Laura. Desde hacía un tiempo, además, estaba obsesionado por la posibilidad de que una herida lo dejara impedido. A menudo tenía que beber para poder conciliar el sueño. Se había afeitado porque un oficial tenía que guardar las apariencias, pero sabía muy bien que si no contara con ese ayudante que lo afeitaba diariamente, estaría tan barbudo como cualquier hombre de tropa. El uniforme que llevaba puesto estaba descolorido y deshilachado. Tenía el cuerpo dolorido y sudoroso, v hubiera dado cualquier cosa por poder armar un cigarrillo, pero había habido algunas dificultades en el comisariato y aparentemente debían agradecer que no faltara la comida. Las tareas que cumplía en esos días no tenían orden ni límite, y a veces se limitaba a cabalgar por montes y valles, como ahora, pensando sólo en el fin de la guerra. Un día, vencedor o vencido, no aguantaría más. Ya podía sentir cómo la maquinaria se le hacía pedazos; dolores artríticos, falta de aliento, somnolencia. Terminaría sus días miserable y solo, como cualquier otro desecho humano. ¿El un héroe? Ridículo.

Volvió la atención a la realidad presente. Detrás de él había aparecido una parte del regimiento, acompañando a la artillería a lo largo de la playa: un millar de hombres con cañones motorizados, carros de mulas, unos pocos camiones, un preciado tanque. Avanzaban como una masa oscura donde asomaban desordenadamente los cascos, los arcos y
los rifles. La arena apagaba el ruido de los pasos y sólo se oía el
grito del viento y el mar. Pero
cuando el viento amainaba, el
canto de los brujos alcanzaba a
Mackenzie. Los brujos: una docena de hombres maduros, con vestiduras de cuero, indios en su mayor parte, que llevaban en la mano la vara mágica y silaban
juntos la Canción contra las brujas. Mackenzie no creía en la magia, pero aquella música le daba
escalofríos.

Todo marcha bien, se dijo. Estamos progresando... Sin embargo, Phil tiene razón. Hay algo poco claro. El enemigo tenía que haberse retirado hacia el sur, no dejarse rodear.

El capitán Hulse se acercó galopando. Se detuvo de pronto y la arena voló a su alrededor.

. —El informe de la patrulla, mi

-¿Y bien? −Mackenzie advirtió que casi había gritado.− Hable.

—Se ha observado considerable actividad en el norte, a unos ocho kilómetros. Parece como si una tropa viniese hacia aquí.

Mackenzie se endureció.

-¿No hay informes más pre-

-No hasta ahora. El terreno es muy accidentado.

-¡Pida reconocimiento aéreo, por amor de Dios!

-Sí, señor. Enviaré además otra

-Ven conmigo, Phil.

Mackenzie fue hacia el camión de la radio. Llevaba un transmisor portátil en la montura, pero San Francisco había estado interfiriendo en todas las bandas y se necesitaba un aparato poderoso para enviar una señal a una distancia de unos pocos kilómetros. Las patrullas se comunicaban por medio de mensajeros.

Advirtió que los fusileros marchaban ahora lentamente tierra adentro. Había buenos caminos en el interior de la península, en la parte norte. El enemigo, que ocupaba aún esa área, podía emplearla para desplazarse rápidamente.

Si se repliegan en el centro, pensó Mackenzie, y nos atacan por los flancos, donde somos más débiles...

Una voz que hablaba desde el cuartel general, y que apenas se oía entre los chillidos y zumbidos de las interferencias, respondió a Mackenzie y le comunicó lo que se sabía de otros sectores. Había grandes maniobras a la derecha v a la izquierda, sí, v parecía que los hombres de Fallon intentarian romper el cerco. Naturalmente, podía tratarse de un simulacro. El cuerpo principal del ejército de la Sierra tendría que esperar a que la situación se aclarara un poco. Los Piedras Rodantes tendrían que bastarse a sí mismos.

-Muy bien.

Mackenzie volvió a la cabeza de la columna. Speyer asintió sombríamente. -Será mejor que nos preparemos, ¿no es cierto?

-Parece que sí.

Mackenzie empezó a dar órdenes a medida que se acercaban los oficiales. Llamarían a los hombres de tierra adentro. Había que defender la playa y la costa.

Los hombres se apresuraron, los caballos relincharon, los cañones se ordenaron en filas. El avión de reconocimiento regresó volando a baja altura, y transmitiendo. Sí, se había iniciado un ataque, aunque no podía saberse de qué envergadura. Los hombres de Fallon se escondían entre los árboles y en los lechos de los arroyos... Una brigada, aproximada-

Mackenzie se instaló en la cima de una loma, rodeado de su estado mayor y de un cuerpo de mensajeros. A sus pies, cruzando la playa, había una línea de artilleros. La caballería esperaba detrás de la loma, con las lanzas en alto, apoyada por un cuerpo de infantería. El terreno ocultaba a los otros infantes. El mar proseguía su propio cañoneo, y las gaviotas se agrupaban como si supiesen que pronto dispondrían de carne fresca.

-¿Piensas que podremos detenerlos? -preguntó Speyer.

--Por supuesto --dijo Mackenzie--. Si vienen por la playa, atacaremos por el flanco y de frente. Si llegan desde más arriba, bueno, el terreno es un ejemplo de manual, apto para la defensa. Claro que si otra formación atraviesa nuestras líneas desde el interior, quedaremos aislados, pero eso no nos preocupa por ahora.

-Quizá esperan dar un rodeo y atacarnos por la retaguardia.

 Quizá. No sería un plan muy inteligente. Podemos acercarnos a San Francisco tanto combatiendo por detrás como por delante.

-Si la guarnición de la ciudad no intenta una salida.

—Aun entonces. Las fuerzas numéricas son equivalentes, y disponemos de más municiones y más alcohol. Contamos además con el posible auxilio de las milicias de los señores, acostumbradas a desorganizar las retaguardias en terreno accidentado.

-Si las rechazamos...

-Continúa -dijo Mackenzie.

-Nada.
-Tonterías. Querías recordarme el próximo paso: ¿Cómo tomaremos la ciudad sin que ambos bandos tengan pérdidas graves? Pues bien, contamos aún con
otra carta, una carta que puede
sernos útil.

Speyer, entristecido, apartó los ojos. Los hombres de la loma callaron

Pasó un tiempo increfiblemente largo antes que apareciese el enemigo. La vanguardia asomó entre las dunas, luego salió el grueso del ejército de los bosques y cañadones. Nuevos informes llegaban incesantemente a Mackenzie: una fuerza poderosa, casi dos veces mayor que la nuestra, pero con escasa artillería; tienen poco combustible, dependen más que

nosotros de la tracción animal. Vienen dispuestos a iniciar una carga, y a perder vidas para luego introducirse entre los cañones con sables y bayonetas. Mackenzie respondía dando órdenes.

El enemigo se formó a una distancia de unos mil quinientos metros. Mackenzie miró con los anteojos de campaña y reconoció a los hombres: los cinturones rojos de los caballeros de Madera y los penachos dorados y verdes de los Dagos, que flotaban en el viento marino. Había hecho distintas campañas con ellos en el pasado. Era casi una traición recordar ahora que Ives prefería las formaciones en punta de lanza... Un coche acorazado enemigo v algunas piezas de campaña de pequeño calibre reflejaron el sol con unos centelleos siniestros.

Los clarines chillaron. La caballería fallonista bajó las lanzas v empezó a trotar. Poco a poco aceleraron la marcha, y luego pasaron al galope, y a la carrera, hasta que al fin la tierra tembló bajo los cascos. En seguida avanzó la infantería, flanqueada por sus cañones. El coche acorazado venía entre la primera v la segunda fila de infantes. Curiosamente, no llevaba ningún lanzacohetes en la torrecilla, y en las troneras no asomaba ninguna ametralladora. Eran tropas excelentes, pensó Mackenzie, que avanzaban en filas apretadas y con esa ondulación que revelaba a hombres aguerridos.

La gente de Mackenzie espe-

raba en la arena. Unas descargas de fusil crepitaron en la colina, donde se disimulaban las escuadras de morteros y tiradores. Rodó un caballo. Un infante se llevó las manos al vientre v cavó de rodillas y los que marchaban detrás se apresuraron a cerrar otra vez las filas. Mackenzie observó sus propios cañones, Los hombres esperaban apuntando, alertas, a que el enemigo se acercara más. Ahora! Yamagachi, a caballo, detrás de los artilleros, sacó el sable v lo dejó caer. Los cañones rugieron. El fuego brotó envuelto en humo, la arena saltó, las granadas estallaron sobre las cabezas enemigas. Los artilleros empezaron a recargar, apuntar, disparar regularmente: las tres salvas por minuto que conservaban los cañones y destruían a los ejércitos. Los caballos relincharon enredándose las patas en las propias entrañas. Pero los disparos no habían alcanzado a muchos hombres. La caballería de Madera avanzaba ahora al galope. Las primeras filas se habían acercado tanto que los anteojos le trajeron a Mackenzie la imagen de una cara roja, pecosa, un campesino transformado en soldado con la boca abierta en un

Los arqueros dispuestos detrás de los cañones entraron entonces en la lucha. Las flechas se elevaron silbando, en bandadas sucesivas, pasaron por encima de las gaviotas, y descendieron. De las hierbas de las lomas y del follaje escaso de los robles brotaron llamas y humo. Unos pocos hombres cayeron en la arena, algunos torcidos como insectos aplastados por un pie. La artillería ligera enemiga del ala izquierda se detuvo, dio media vuelta, y devolvió el fuego. Ridículo... pero esos oficiales están mostrando coraje, de veras, pensó Mackenzie. Observó que las líneas atacantes vacilaban. Un contrataque de la caballeria, y la infanteria terminaría pronto con ellos.

-Prepárense a avanzar -dijo en el transmisor, y observó que sus hombres adelantaban la ca-

El carro de combate se detuvo. Mackenzie oyó ruido crepitante, más alto que el estruendo de las explosiones.

Una napa de un color azul blanquecino corrió sobre la loma más próxima. Mackenzie cerró los ojos, enceguecido. Cuando los abrió otra vez, vio confusamente un fuego de hierbas. Un Piedra Rodante saltó de su escondrijo, aullando, con las ropas en llamas. El hombre rodó por la arena. Toda esa parte de la playa se alzó en una ola monstruosa de seis metros de altura y golpeó la falda de la loma. El soldado en llamas desapareció bajo el alud de arena junto con sus camaradas.

-¡Los rayos psi! -gritó alguien con una voz estridente, aterrorizado-. Los éspers...

Increíblemente, sonó un clarín, y la caballería de la Sierra se lanzó hacia adelante, dejando atrás los cañones... y de pronto caballos y jinetes se elevaron en el aire, atrastrados por un torbellino invisible, y cayeron pesadamente. La segunda fila de lanceros se desbandó. Los caballos se alzaron en dos patas, manotearon el aire, dieron media vuelta y corrieron en todas direcciones.

El aire zumbaba. Mackenzie vio el mundo como a través de unaniebla, como si algo le sacudiera el cerebro entre las paredes del cráneo. Otro rayo corrió a lo largo de las lomas, más alto esta vez, quemando vivos a los hombres.

—Nos barrerán —gritó Speyer, con una voz débil que subía y bajaba en las ondas del aire—. Reagruparán las fuerzas mientras nos desbandamos.

-¡No! -gritó Mackenzie-. Los adeptos deben de encontrarse en el coche acorazado. ¡Sígueme!

La mayor parte de la caballeria había retrocedido hasta los
emplazamientos de los cañones,
en una terrible confusión de gritos y cuerpos retorcidos. La infantería no se había movido, pero
parecía prepararse para huir.
Mackenzie miró rápidamente a la
derecha y vio que la confusión
había alcanzado a las filas del
enemigo. Las descargas los habían
sorprendido a ellos también, pero
tan pronto como se recobraran
avanzarían otra vez y no quedaría nadie para detenerlos. . . .

El caballo de Mackenzie corrió y se encabritó, con la boca espumosa. Mackenzie tiró brutalmente de las riendas y clavó las espuelas. Descendieron por la loma hacia los cañones.

Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para detener al animal ante las bocas de los cañones. Un hombre yacía muerto junto a su arma, aunque no tenía ninguna herida. Mackenzie echó pie a tierra. El animal escapó.

Mackenzie no se preocupó mucho. Tenía otra cosa que hacer. ¿Dónde encontrar ayuda? Llamó, y la voz se le perdió en el tumulto, Pero de pronto apareció un hombre junto a él, Speyer, que tomaba un obús y lo metía en la culata. Mackenzie observó por la mira telescópica y apuntó aproximadamente. El coche ésper se había detenido entre muertos y heridos. Desde alli parecía demasiado pequeño y era difícil creer que hubiese causado tantos estra-

Speyer lo ayudó a rectificar la posición del arma. Tiró de la cuerda de disparo. El cañón rugió y reculó. El proyectil estalló a unos metros del blanco, desparramando arena y fragmentos de me-

Speyer ya había cargado el canión próximo. Mackenzie apuntó y disparó. Un tiro demasiado largo esta vez, pero no mucho. El coche acorazado se sacudió. El golpe debía de haber lastimado a los éspers de adentro, pues las descargas psi se habían detenido. Sin embargo, había que golpear otra vez antes que el enemigo se

Mackenzie corrió hacia su pro-

pio coche militar. Los hombres habían huido dejando la portezuela abierta. Saltó hacia el asiento del conductor. Speyer entró y cerró, y metió la cabeza en la capota del periscopio de los lanzacohetes. Mackenzie lanzó la máquina hacia adelante. La bandera del techo restalló en el viento.

Speyer apuntó rápidamente y disparó. El proyectil partió envuelto en humo y golpeó al coche enemigo, sacudiéndolo, y abriéndole un agujero en el costado.

Si los hombres se reorganizaran y avanzaran... pensó Mackenzie. Si no, estoy perdido. Frenó bruscamente y saltó al suelo. Los bordes del agujero eran unas planchas torcidas y ennegrecidas. Se escurrió entrando en la oscuridad y el hedor del coche enemiero.

Adentro yacían dos éspers. El conductor estaba muerto, con el pecho atravesado por una placa de acero. El otro, el adepto, gemía entre sus instrumentos inhumanos. Tenía la cara bañada en sangre. Mackenzie apartó a un lado el cadáver y le sacó la túnica. Arrancó un tubo de metal curvo y saltó otra vez afuera.

Speyer estaba aún en el coche de la Sierra, ametrallando a los enemigos que se atrevian a acercarse. Mackenzie subió por la escalerilla del coche de los éspers, alcanzó el techo y se puso de pie, agitando la túnica azul en una mano y el arma incomprensible en la otra.

-¡Acercaos, hijos! -gritó con

una voz que apenas se oía en el viento de mar—. ¡Son nuestros! ¿Esperáis acaso que os llevemos el desayuno a la cama?

Una bala pasó rozándole el oído. Nada más. La mayor parte del enemigo, caballería e infantería, parecía petrificada. En aquella calma, inmensa, Mackenzie no podía distinguir el ruido del mar del rumor de su propia sangre.

En seguida llamó un clarín. El cuerpo de brujos entonó un canto de triunfo al compás del tamtam. Un grupo de infantes de la Sierra avanzó hacia Mackenzie, en desorden. Otros los siguieron. Luego se puso en marcha la caballería y se alineó a los flancos de los infantes. Unos grupos de soldados bajaron corriendo por las lomas.

Mackenzie saltó a la arena y se metió de nuevo en el coche donde esperaba Speyer.

-Regresemos -dijo-, hay que terminar una batalla,

-¡Cállese! -dijo Danielis.

El filósofo Woodworth lo miró con los ojos muy abiertos. La niebla se movia y se condensaba en el bosque, ocultando el sol y la brigada, una nada gris de donde salía un sonido apagado de hombres, caballos y carros, un sonido de soledad y de fatiga. El aire era frío, y la ropa pesaba en el cuerpo.

-Señor -protestó el mayor Lescarbault, escandalizado.

-Sí, me he permitido decirle

a una autoridad ésper que cierre el pico y no hable de lo que no sabe —replicó Danielis—. Era hora de que alguien lo hiciese.

Woodworth recobró su apos-

—Me he limitado a aconsejar, hijo mío, que reunamos a los adeptos y ataquemos el centro brodskysta. ¿Qué mal hay en eso?

Danielis apretó los puños.

-Nada -dijo-, excepto que corremos el riesgo de un desastre todavía peor.

—Un revés o dos —intervino Lescarbault—. Nos han derrotado en el oeste, pero los hemos cercado aquí en la bahía.

—Sí, y el cuerpo principal del ejército de Brodsky dio media vuelta, nos atacó y nos dividió en dos —dijo Danielis—. Los éspers no nos han servido de mucho desde entonces. Y ahora los rebeldes saben que necesitan vehículos para transportar sus armas, y que es posible matarlos. La artillería apunta toda hacia ellos, las bandas de lefiadores los atacan con las manos desnudas, o la infantería los rodea. ¡Basta ya de adeptos!

-Por eso propongo reunirlos en un grupo numeroso e irresistible -dijo Woodworth.

Y numeroso y poco móvil
 replicó Danielis.

Se sentía realmente enfermo. La Orden los había engañado siempre. Si, eso era lo más amargo. No el hecho de que los adeptos no hubiesen podido destruir la moral de los rebeldes, ni de-

rrotarlos. No, importaba más saber que los adeptos no eran más que meros juguetes en manos de extraños.

Ahora no tenía otro deseo que el de reunirse con Laura —no había habido posibilidad de ir a verla hasta ahora—, con Laura y con el niño, lo único real que quedaba para él en ese mundo de nieblas. Se dominó y prosiguió en un tono más sereno:

—Los adeptos, los pocos que han sobrevivido, serán sin duda útiles para defender a San Francisco. Un ejército que puede moverse libremente en el campo de batalla siempre podrá vencerlos, de un modo o de otro. Pero essa armas de... de ustedes, apostadas en las mutrallas de una ciudad, podrán repeler fácilmente un asalto. Los llevaremos, pues, a la ciudad.

No había posiblemente otra alternativa. Desde hacía un tiempo no llegaban noticias del ejército leal del norte. Podía pensarse que se habían retirado a la ciudad, sufriendo graves pérdidas. Las interferencias de la radio continuaban, molestando las comunicaciones amigas y enemigas. Era necesario tomar una decisión: o batirse en retirada hacía el sur, o abrirse paso hasta la ciudad. No pensaba que Laura pessase demasiado en su elección.

—Yo no soy un adepto —dijo Woodworth—. No puedo comunicarme con ellos de mente a

-Quiere decir que no puede

usar el aparato que emplean ellos como radio —dijo Danielis brutalmente—. Pues bien, ahí afuera espera un adepto. Dígale que pase el mensaje.

Woodworth parpadeó.

-Espero -dijo-, espero que entiendan que esto ha sido también una sorpresa para mí.

Oh, sí, ciertamente, filósofo -se apresuró a decir el mayor Lescarbault.

Woodworth tragó saliva.

—De cualquier modo aun guardo fidelidad al Camino y a la Orden —dijo roncamente—. ¿Qué otra cosa podría hacer? El Gran Inquisidor nos ha prometido una explicación completa cuando todo esto haya terminado. —Mencó la cabeza.— Muy bien, hijo, haré lo que esté en mis manos.

Danielis sintió cierta compasión mientras miraba cómo la túnica azul se perdía en la niebla. Dio sus órdenes aun más severamente.

La unidad se puso en marcha. Danielis comandaba la segunda brigada: el resto se había diseminado por la península luego de haber chocado con los rebeldes. Esperaba que los adeptos dispersos que se le reunirían en las estribaciones de San Bruno guiarían hacia él algunas unidades. Pero esos hombres iban ahora de un lado a otro desmoralizados y se rendirían al primer rebelde con que tropezasen.

Marchaba cerca del frente, por una ruta barrosa que serpeaba entre las tierras altas. El casco le

pesaba monstruosamente. El caballo trastabillaba debajo de él agotado por tantos días de marcha, contramantas, batallas, escaramuzas, raciones escasas, calor y frío y miedo, en un país desiento. Pobre bestia, vigilaría para que la cuidasen bien, cuando llegaran a la ciudad. Lo mismo que todas aquellas otras bestias humanas que venían detrás, chapoteando y combatiendo y chapoteando otra vez hasta que la fatiga les nublaba los ojos.

Había una posibilidad de que pudieran descansar en San Francisco. Serían inexpugnables alli, con los muros, los cañones y las máquinas éspers, y el mar que los alimentaria también. Podrian recobrar las fuerzas, reagruparse, traer tropas frescas de Washington y desde el sur por agua. La guerra no estaba aun decidida. Con la ayuda de Dios...

Quién sabe si se decidiría alguna vez.

¿Jimbo Mackenzie iría alguna vez a verlos, se preguntó, a é! y a Laura, y se sentarian todos junto al fuego a recordar el pasado? ¿O hablarían de alguna otra cosa, cualquier otra cosa? Si no podía ser asi, la victoria habría sido demasiado cara.

Aunque quizá no era un precio muy alto para lo que habían aprendido. Extraños en el planeta... ¿Quién, si no, podía haber forjado aquellas armas? Danielis se dijo que los adeptos confesarían la verdad, aunque el mismo tuviese que torturarlos. Recordaba, sin embargo, historias que había oído en su infancia en las cabañas de pescadores, ya caída la noche, cuando los fantasmas se alzaban en las cabezas de los viejos. Antes del holocausto se habían contado leyendas acerca de los astros, y las leyendas vivían aún. Danielis no supo si se atrevería a mirar otra vez el cielo nocturno sin un estremecimiento.

Aquella maldita niebla...

Resonaron unos cascos. Danielis ya iba a llevarse la mano al revólver, pero el jinete era un explorador fallonista que saludó alzando una mano empapada.

-Coronel, una fuerza enemiga a unos veinte kilómetros más arriba, en la carretera. Muchos hom-

Así que ahora habrá que combatir, se dijo Danielis.

-¿Conocen nuestra presencia aquí?

-Me parece que no, señor. Marchan hacia el este, por la me-

—Querrán ocupar las ruinas de Park Candlestick —murmuró Danielis. Le dolía demasiado el cuerpo como para sentirse excitado—. Un buen punto de apoyo. Muy bien, cabo.

Se volvió hacia Lescarbault y dio algunas instrucciones.

La brigada se desplegó en frente de combate. Algunas patrullas se adelantaron. Comenzaron a llegar informes, y Danielis esbozó un plan que no podía fracasar. No quería comprometerse en un combate decisivo, sólo apartar a las fuerzas enemigas y evitar una persecución. Tenía que ahorrar hombres, conservarlos para la defensa de la ciudad y una eventual contraofensiva.

Lescarbault regresó apresuradamente.

-¡Señor! ¡No hay más interferencias en la radio!

Danielis parpadeó, sin comprender del todo.

-¿Oué?

—Si, señor. Lo of en el transmisor de órdenes a los batallones. —El oficial alzó la muñeca donde llevaba un minúsculo aparato de radio.— La interferencia se interrumpió hace dos minutos.

Danielis acercó a la boca la muñeca de Lescarbault.

-Hola, hola, coche de radio. Aqui el comandante en jefe. ¿Me

-Sí, señor -dijo una voz.

-En la capital interrumpieron las interferencias, por alguna razón. Llamen en la frecuencia militar.

-Sí, señor.

Una pausa, mientras los hombres murmuraban y el agua corría en invisibles arroyos. Una bruma pasó ante los ojos de Danielis. Unas gotas le cayeron del casco y le mojaron el cuello. El caballo tenía la crin empapada.

En seguida, como el grito de un insecto:

-...aquí rápidamente. Todas las unidades en campaña, regresen en seguida a San Franciscol ¡Nos atacan por el marl Danielis soltó el brazo de Lescarbault. Miró el vacío mientras la voz gemía incansablemente.

-...bombardeando ahora Potrero. Traen tropas en las cubiertas. Se disponen a desembarcar...

El pensamiento de Danielis se adelantó a las palabras. Tenía la impresión de estar viendo la ciudad querida, y de sentir ya las heridas de los bombardeos en la propia carne. No había nieblas en La Puerta de Oro, por supuesto, pues de otro modo una descripción tan minuciosa no hubiera sido posible. Bueno, probablemente había algunas brumas entre los restos herrumbrosos del puente, que asomaban como bancos de nieve en las aguas azules y verdes hacia el cielo brillante. Pero la mayor parte de la bahía estaba inundada de sol. En la costa opuesta se alzaban las colinas de Eastbay, de jardines verdes v villas resplandecientes, v Marin se elevaba hacia el cielo en el fondo de la bahía dominando los techos, los muros y las alturas de San Francisco. El convov se había deslizado entre las defensas costeras que hubiesen podido destruirlo; un convoy de una importancia inusitada que llegaba a una hora insólita: pero eran los mismos cascos ventrudos, las mismas velas blancas, las ocasionales chimeneas de las naves que aseguraban el abastecimiento de la ciudad. Se había hablado de pillajes en alta mar, y la flota había penetrado en la bahía, donde San Francisco no tenía murallas. Luego los intrusos habían desenmascarado los cañones y las calas vomitaron hordas de hombres armados.

Sí, habían atrapado un convoy, esas goletas piratas. Habían utilizado interferencias propias, junto con las de la ciudad, para prevenir todo grito de alarma. Luego de arrojar las mercaderías al mar habían embarcado a milicias de señores. Algún espía, algún traidor les había comunicado el santo v seña. Ahora estaban a las puertas de la capital, defendida apenas por unas pocas guarniciones, sin casi ningún adepto en la central ésper, y los hombres de la Sierra presionaban desde el sur, y Laura estaba allí sin nadie.

—¡Allá vamos! —gritó Danielis. La brigada corrió detrás de él. Penetró con una furia desesperada en las posiciones enemigas y dividieron a las tropas de Brodsky. Los hombres lucharon con armas blancas en la niebla. Pero Danielis, que había conducido el ataque, había recibido ya una granada en el pecho.

Al este y al sur, en el distrito del puerto y al pie de los restos de la muralla de la península, había aún algunos combates. Mientras avanzaba, Mackenzie vio los barrios hasta hacía poco ocultos por el humo. El viento limpiaba el cielo revelando unas ruinas que habían sido casas. Aún se oían unas descargas de fusileria. Pero el resto de la ciudad parecia intacta: techos y muros blancos

en una red de calles, campanarities, la Casa Federal de Nob Hill y la torre de guardia en Telegraph Hill tal como recordaba haberlas visto en la infancia. La bahía resplandecía con una belleza insolente.

Pero no era tiempo ahora de admirar la escena, ni de preguntarse dónde estaría Laura. El ataque a los picos Mellizos tenía que ser rápido, pues los éspers defenderían tenazmente la central.

En la avenida que subía por el otro lado de las colinas, Speyer avanzaba al frente de la mitad de los Piedras Rodantes. (Yamaguchi yacía muerto en una playa, en un agujero de obús.) Mackenzie tenía a su cargo la ocupación de este lado de la colina. Los caballos desfilaban ante Portola, entre mansiones de persianas cerradas; la artillería rodaba rechinando, las botas resonaban en el pavimento, las armas golpeaban unas contra otras, los hombres respiraban pesadamente y el cuerpo de brujos silbaba una melodía para alejar a unos demonios desconocidos. Pero el silencio dominaba a todos estos ruidos, y los ruidos se apagaban en ecos. Mackenzie recordó una pesadilla en la que corría por un pasillo infinito. Aunque no abran fuego contra nosotros, pensó confusamente, tenemos que tomar ese fuerte antes que nos falte el coraje.

La avenida de los Picos dio la espalda a Portola y subió abruptamente por la derecha. No había allí más casas. Las hierbas cubrian las colinas casi sagradas hasta las cimas donde se alzaban los edificios, prohibidos para todos excepto los adeptos. Los dos rascacielos esbeltos, parecidos a fuentes, habían sido construidos en unas pocas semanas. Mackenzie oyó detrás de él algo parecido a un gemido.

-Clarín, llame al ataque. ¡Adelante!

Las notas se alzaron y se perdirector en seguida, como el llanto de un niño. Mackenzie sintió que el sudor le quemaba los ojos. Si fracasaba y lo mataban, no importaría demasiado... luego de tantas cosas... pero el regimiento, el regimiento...

Unas Ilamas cruzaron la calle, unas Ilamas del color del infierno. Hubo un silbido, y un rugido. El suelo se abrió, se fundió humeando, Mackenzie detuvo a su
cabalgadura. No había sido más
que una advertencia. Pero si dispusieran de bastante adeptos, se
dijo Mackenzie, no se hubieran
contentado con intimidarnos.

-¡Artilleros, abran fuego!

La artillería de campaña, los obuses y los 75 motorizados rugieron juntos. Los proyectiles se elevaron con un ruido de locomotoras. Estallaron contra los muros de arriba y el viento trajo de vuelta el ruido de las explosiones.

Mackenzie esperó tensamente una descarga psi, pero no hubo respuesta. ¿Habían destruido las últimas defensas con una sola descarga? El humo se disipó en las cimas y Mackenzie advirtió que los colores móviles de las torres se habían apagado y que los agujeros abiertos en las paredes revelaban una estructura increfiblemente delicada. Era como descubrir los huesos de una mujer que uno ha matado con las propias manos.

Rápido, rápido. Mackenzie dio unas órdenes y se puso a la cabeza de la caballería y la infantería. Los cañones continuaron en sus posiciones, bombardeando con una furia histérica. Unos fragmentos en llamas rodaron por las pendientes y las hierbas secas empezaron a arder. En medio del humo de las explosiones, Mackenzie vio que el edificio se derrumbaba. Placas enteras de fachada se desprendían y caían. La armazón vibraba. La alcanzó un proyectil y el metal emitió un canto agónico.

Oué había adentro?

No había cuartos separados, ni pisos, nada más que pasarelas y máquinas misteriosas. Aquí y allí aún brillaba un globo como un sol menor. La estructura había encerrado algo tan alto como ella misma, una columna brillante con aletas, parecida a un cohete, pero de una dimensión y de una belleza alucinantes.

Una nave del espacio, pensó Mackenzie en el tumulto. Si, por supuesto, los antiguos habían empezado a fabricar naves del espacio, y siempre hemos pensado que nosotros también podríamos intentarlo un día. Pero aquí...

Los arqueros lanzaron un grito tribal. Los fusileros y la caballería emitieron un grito jubiloso, un aullido de bestias de presa. Por Satanás, lhabían vencido a las mismísimas estrellas! Los hombres se precipitaron hacia la sima de la colina y los bombardeos cesaron. Los gritos iban de un lado a otro con el viento. El humo tenía el olor acre de la sangre.

Entre las ruinas había algunas túnicas azules. Una media docena de sobrevivientes marchaba hacia el navío. Un arquero lanzó una flecha que rozó el dispositivo de aterrizaje, y los éspers se detuvieron. Los soldados escalaron las ruinas.

Mackenzie tiró de las riendas. Cerca de una máquina yacía algo que no era humano, de sangre color violeta oscuro. Cuando la gente vea esto, pensó, será el fin de la orden. No se alegró. En Santa Helena había llegado a apreciar la bondad fundamental de los creventes.

Pero este no era momento de lamentaciones, ni de preguntarse qué seria del hombre una vez que se hubiese liberado de todas las traillas. El edificio de la otra colina estaba todavía intacto. Tenía que consolidar aquí su posición, y luego ayudar a Phil.

Sin embargo, y antes que pudiera terminar su tarea, el transmisor portátil dijo: —Ven aquí, Jimbo. La batalla

ha terminado. Mientras cabalgaba solo hacia Speyer, vio que la enseña de los Estados Pacíficos flameaba en el mástil del otro rascacielos.

Algunos centinelas montaban guardia en la puerta de entrada. Mackenzie desmontó y entró en el edificio. La antecámara era un escenario fantástico de arcos de color donde los hombres se movían como fantasmas. Un cabo lo llevó a un salón. Evidentemente. el edificio había sido usado como vivienda, oficinas, almacenes y otros propósitos menos comprenvolada con dinamita. Las imágenes abstractas que adornaban las paredes estaban manchadas de hollín. Cuatro soldados apuntaban con sus armas a dos seres que Spever interrogaba.

Uno de ellos estaba echado en un mueble que podía ser un escritorio. Hundía la cara de pájaro en unas manos de siete dedos, y los sollozos le sacudían las alas rudimentarias. ¿Son capaces de llorar, entonces? se dijo Mackenzie, asombrado, y sintió el deseo de abrazar a la criatura y de

consolarla.

El otro ser estaba de pie, envuelto en unas vestiduras metálicas. Unos ojos de topacio miraban a Speyer desde más de dos metros de altura.

-Una estrella tipo G a cincuenta años luz de aquí -dijo el extraño con una voz musical-. Se ve a simple vista, pero no desde este hemisferio.

La silueta delgada y ruda del mayor se inclinó hacia adelante como para dar un picotazo. -¿Cuándo esperan refuerzos?

 —No vendrá otra nave antes de un siglo, y sólo traerá unos ayudantes. Estamos aislados en el espacio y en el tiempo. Pocos pueden venir a trabajar aquí, a intentar que un puente de mentes cruce el abismo...

—Sí. —Speyer asintió lacónicamente, con un movimiento de cabeza.— El límite de la velocidad de la luz. Es lo que yo pensaba. Si dices la verdad.

La criatura se estremeció.

—Nada nos queda sino decir la verdad, y rogar que vosotros entendáis y nos ayudéis. Venganzas, conquistas, cualquier forma de violencia masiva es imposible cuando nos separan tanto tiempo y tanto espacio. Hemos actuado guiados por la inteligencia y el corazón. No es quizá aún demasiado tarde. Los hechos más cruciales pueden guardarse aún en secreto. Oh, escuchadme, en nombre de vuestros descendientes.

Speyer saludó a Mackenzie.

-¿Todo bien? -dijo-. Hemos capturado un grupo entero. Han sobrevivido unos veinte, y este es el jefe. Parece que son los únicos en la Tierra.

—Pensamos que no podían ser muchos —dijo el coronel, con una voz inexpresiva—. Ya habíamos hablado de esto tú y yo. Si hubiesen sido más numerosos, hubieran actuado abiertamente.

-Un momento, un momento -dijo el extraño-. Hemos venido por amor. Queríamos guiaros hacia la paz, hacia la realización plena... Oh, si, ganariamos algo también, ganariamos otra raza a la que un día podriamos hablar como hermanos. Deseamos sobre todo guiar vuestro futuro para evitaros esas torturas que os afligen...

—Eso de la historia controlada no es una noción muy original -gruñó Speyer—. Nosotros también la inventamos, aquí en la Tierra. La última vez nos llevó a la Bomba.

-¡Pero nosotros sabemos! La Gran Ciencia predice con certeza absoluta...

Speyer señaló con un ademán

-Predijo esto?

—Hay fluctuaciones. Somos pocos para dirigir a tantos salvajes en todos los aspectos. ¿Pero no deseáis que termine la guerra y todos los viejos sufrimientos? Os ofrezco eso si hoy nos ayudáis.

-Sin embargo, hubo una guerra bastante abominable.

La criatura se retorció las ma-

—Eso fue un error. Pero el plan sigue siendo el único que puede llevar a vuestro pueblo a la paz. Yo, que he viajado entre soles, me arrojaré a vuestros pies y os rogaré...

-¡Bastal --interrumpió Speyer-- Si hubieses venido abiertamente, como gente sincera, hubieras encontrado a algunos dispuestos a escuchar. Quizá en mimero suficiente. Pero no, vuestras buenas acciones tenían que ser sutiles y astutas. Sabías lo que era

bueno para nosotros. Nosotros no teníamos nada que decir. Dios del cielo, inunca of nada más arrogante!

El extraño alzó la cabeza.

—¿Se les dice la verdad a los niños?

-Cuando están preparados para oírla.

–Vuestra cultura de niños no está preparada.

-¿Quién os autoriza a tratarnos de niños?

-¿Cómo sabéis vosotros que sois adultos?

-Emprendiendo trabajos de adultos y descubriendo si somos capaces de llevarlos a cabo. Sl, nosotros los humanos hemos cometido errores graves. Pero son nuestros errores. Y aprendemos de ellos. Vosotros en cambio no aprendéis, vosotros y vuestra condenada ciencia psicológica que quiere medir a todas las mentes de acuerdo con un único criterio.

"Deseabais restablecer el Estado centralizado, mo es cierto? Pensasteis alguna vez que el hombre puede desear una comunidad donde puede decidir lo que le importa, mil diferentes modos de vivir? Hemos edificado imperios inmensos en la Tierra, que siempre se han hecho pedazos. Quizá esta vez podamos intentar algo mejor. ¿Por qué no un mundo de pequeños Estados, demasiado bien enraizados en el suelo para fundirse en naciones, demasiado pequeños para hacerse daño, elevándose progresivamente por encima de envidias mezquinas y de vanos rencores, pero conservando siempre su fisonomía propia, mil distintos modos de encarar los problemas terrestres? Quizá de ese modo podamos resolver algunos.

-Nunca. Os haréis pedazos una v otra vez.

-Eso es lo que pensáis vosotros. Nosotros pensamos otra cosa. No sabemos quién tiene razón, y el universo es demasiado grande para hacer predicciones. Habremos El hombre no será un animal domesticado.

"El pueblo sabrá de vosotros tan pronto como el juez Brodsky ocupe otra vez el poder. No, antes. El regimiento lo sabrá hoy, la ciudad mañana. Así evitaremos que a alguien se le ocurra otra vez ocultar la verdad. Cuando llegue vuestra nave, estaremos preparados para recibirla.

El extraño se envolvió la cabeza con un pliegue de sus vestiduras. Speyer se volvió a Mackenzie. -¿Quieres decir algo, Jimbo?

-No -murmuró Mackenzie-. No se me ocurre nada. Organicemos aquí nuestro comando. Aunque no creo que sea necesario luchar otra vez. Me parece que todo ha terminado.

-Ciertamente. -Speyer suspiró.- Los enemigos que quedan no pueden hacer otra cosa que capitular. No tienen ninguna ra-

Una casa con un patio y un muro cubierto de rosas. La calle

no había vuelto aún a la vida y el silencio se extendía en el crepúsculo amarillo. Una sirvienta hizo entrar a Mackenzie por la puerta de atrás y se retiró. Mackenzie caminó hacia Laura que estaba sentada en un banco, bajo un sauce. La joven miró cómo él se acercaba pero no se levantó a recibirlo. Apoyaba una mano en una cuna.

Mackenzie se detuvo v no supo qué decir. Notó que Laura estaba muy delgada.

Al fin ella se lo dijo, en voz baja.

-Tom ha muerto.

Mackenzie sintió que se le oscurecía la vista.

-Oh. no. -Lo supe anteaver, cuando llegaron algunos de sus hombres. Lo mataron en San Bruno.

Mackenzie no se atrevía a acercarse, y las piernas no lo sostenían. Se sentó en las losas del patio y notó que estaban arregladas de un modo raro. No había otra cosa que mirar.

La voz de Laura pasó por encima de la cabeza de Mackenzie. -¿Valía la pena? No sólo Tom,

pero tantos otros. Todos muertos por una cuestión de política. -Algo más que eso -dijo Mac-

-Sí, lo oí en la radio. Pero

aún así no comprendo. Mackenzie no se sentía con fuerzas para defenderse.

-Quizá tienes razón, querida.

-No lo lamento por mí -dijo

ella-. Todavía me queda Jimmy. Pero Tom perdió tantas cosas.

Mackenzie recordó de pronto que había un niño, que debería ocuparse de su nieto y del futuro. Pero se sentía vacío.

-Tom quiso que le diésemos

¿Y tú, Laura?, se preguntó Mac-

-¿Oué harás ahora? -dijo en voz alta.

-Encontraré algo.

Mackenzie la miró. El crepúsculo ardía en las hojas del sauce y en la cara de Laura, vuelta

-Ven a Nakamura -dijo. -No. No a Nakamura.

-Siempre te gustaron las mon-

tañas... -titubeó Mackenzie. -No. -Laura lo miró a los

ojos.- No es por ti, papá. Pero Iimmy no será nunca un militar. -Hizo una pausa.- Estoy segura de que algunos éspers continuarán su trabajo, con nuevas bases, pero con la misma meta. Creo que me uniré a ellos. Jimmy tiene que creer en algo que no se parezca a lo que mató a su padre, y trabajar para que sea realidad. ¿No estás de acuerdo?

Mackenzie se puso de pie. -No sé -dijo-. Nunca he sido un pensador. ¿Puedo verlo?

-Oh. papá...

Mackenzie se acercó v se inclinó sobre la cuna.

-Si te casas otra vez -dijo- v tienes una hija, ¿le darás el nombre de tu madre? -Notó que Laura inclinaba la cabeza v se apretaba las manos. Continuó rápidamente-: Me vov. Me gustaría visitarte, mañana o más tarde, si me necesitas aún.

Laura se le arrojó en los brazos y se echó a llorar. Mackenzie le acarició el pelo.

-No quieres volver a las montañas, ¿no es cierto? Son tu patria también, allí está tu gente. -Nunca sabrás cuánto lo de-

-¿Entonces por qué-no? -gritó Mackenzie.

Laura se enderezó.

-No puedo -dijo-. Tu guerra ha terminado. La mía co-

Mackenzie pensó que él mismo era el creador de esa voluntad y sólo pudo decir:

-Espero que la ganes.

-Ouizá dentro de mil años... Laura no pudo seguir.

Cuando Mackenzie deió la casa, va había caído la noche. No habían restablecido aún la corriente eléctrica, de modo que las lámparas de la calle estaban apagadas y las estrellas brillaban sobre los techos. El escuadrón que esperaba para acompañar al coronel hasta el acantonamiento parecía una tropa de bandoleros a la luz de las linternas. Lo sa-

ludaron y cabalgaron detrás de

él con los rifles preparados, pero

en la noche sólo se oía el sonido

metálico de las herraduras. •

Título original: No truce with kings. Traducción de J. Valdivieso,

La primera máquina del tiempo apareció en 1895, cuando Herbert George Wells escribió la segunda versión de The chronic argonauts: La máquina del tiempo. Wells, sin embargo, nunca se planteó el problema de "las paradojas del tiempo" (véanse Los hombres que mataron a Mahoma, de Alfred Bester, en Minotauro I, y Todos ustedes, zombis, de Robert A. Heinlein en Minotauro 4). En Interés compuesto la paradoja se muerde la cola: Mister Smith puede viajar por el tiempo porque ha viajado (antes o después) por el tiempo, y la historia es un subproducto de la historia.

INTERÉS COMPUESTO

Mack Reynolds

EL EXTRANJERO DIJO EN UN ITA-

-Deseo ver al signor Marin Goldini por asunto de negocios. El conserje parecía desconfia-

do. Echó una mirada por el postigo a las ropas del visitante.

-¿Asuntos de negocios, señor? -Titubeó.- Ouizá si usted me explicara la naturaleza del negocio, señor, vo podría informar al secretario de su excelencia, Vico

El hombre dejó morir la frase en un murmullo indistinto.

-Es una cuestión de oro -dijo al fin.

Sacó una mano del bolsillo, la abrió v mostró media docena de monedas de oro.

mo -barbotó rápidamente el sirviente-. Perdónème. La ropa de usted, ilustrísimo...

El hombre terminó otra vez la frase en un gorgoteo, y desapareció.

Un instante después abría las puertas de par en par.

-Por favor, ilustrísimo, su excelencia lo espera a usted.

Llevó al extranjero por una sala abovedada hasta un patio central con una fuente y unos arcos góticos que sostenían una escalera exterior y una balaustrada esculpida. Subieron, atravesaron un umbral oscuro, y entraron en un pasillo mal iluminado. El sirviente se detuvo y golpeó ligeramente una pesada puerta de madera. Una voz murmuró en -Un momento, señor, ilustrísi- el interior. El sirviente abrió la

extranjero, y luego cerró y se re-

Dos hombres estaban sentados a una mesa de roble, toscamente tallada. El de mayor edad era robusto, de expresión dura y fría. El otro, alto y delgado, parecía amable v desenvuelto. Saludó inclinando levemente la cabeza y anunció:

-Su excelencia el señor Marin

El extranjero saludó también con una torpe reverencia.

-Mi nombre es... es Mister Smith -farfulló.

Hubo un momento de silencio que Goldini quebró al fin di-

-V este es mi secretario Vico Letta. El sirviente habló de oro, señor, v de un negocio.

El extraniero buscó en un bolsillo, sacó diez monedas y las puso sobre la mesa. Vico Letta recogió una, sin mostrarse demasiado interesado, y la examinó.

-No conocía esta moneda -

Goldini torció la cara en una mueca inexpresiva.

-Eso me asombra, mi querido Vico. -Se volvió hacia el recién llegado.- ¿Y qué desea hacer usted con estas monedas de oro. señor Smith? Confieso que no entiendo bien...

-Deseo depositar aquí esta suma -dijo Mister Smith.

Vico Letta había pesado distraidamente una de las monedas en una balanza pequeña. Alzó

puerta, esperó a que entrara el los ojos un instante mientras calculaba.

> -Las diez monedas sumarán aproximadamente unos cuarenta y nueve sequíes, excelencia murmuró.

> -Señor -dijo Marin Goldini. impacientemente-, es poco dinero para nosotros. Sólo los gastos de contabilidad...

> El extranjero lo interrumpió. -No se apresure. Ya sé que la suma es pequeña. Sin embargo, no pido más que el diez por ciento v no reclamaré mis intereses antes de... de cien años.

Los dos venecianos alzaron las cejas.

dini cortésmente-. Quizá no domina usted nuestra lengua y...

-Cien años -dijo el extran-

-Pero en ese entonces -protestó el jefe de la casa Goldinitodos nosotros habremos desaparecido. Hasta es posible que la casa Goldini misma sea sólo un recuerdo.

Vico Letta, intrigado, había

-Dentro de cien años -dijoa un interés compuesto del diez por ciento anual este oro valdrá más de setecientos mil sequíes.

-Bastante más, si no me equivoco -dijo firmemente el ex-

-Una suma considerable -dijo Goldini más animado-. ¿Y durante todo ese tiempo el manejo de la suma quedará en manos de la casa?

© 1960, by Mercury Press, Inc.

—Exactamente. —El extranjero sacó del bolsillo una hoja de papel, la partió en dos, y le alcanzó una mitad a los venecianos.— Cuando mi mitad sea presentada a los descendientes de usted, dentro de cien años, la suma entera será entregada al portador.

-¡Trato hecho, señor Smith! -dijo Goldini-. La transacción es insólita, pero un diez por ciento en estos días no es pedir de-

—Para mí es suficiente. Y ahora, ¿me permiten algunas sugerencias? Quizá conozcan ustedes a la familia Polo.

Goldini frunció el ceño.

-Conozco a Mafeo Polo.

—He oído decir que el joven Marco es prisionero de los genoveses —dijo Goldini prudentemente—. ¿Por qué esa pregunta?

—Está escribiendo un libro acerca de sus aventuras en el Oriente. Será una mina de información para un comerciante interesado en esas regiones. Otra cosa. Dentro de pocos años se intentará derribar al gobierno de Venecia, y poco después se organizará un llamado Consejo de los Diez, eventualmente el poder supremo de la república. Traten de estar representados en ese Consejo, apoyandolo desde un prin-

Los dos hombres lo miraron estupefactos y Marin Goldini se persignó discretamente.

-Si les parece a ustedes que es necesario invertir dinero fuera

de Venecia —dijo el extranjero—, les sugiero que piensen en los mercaderes de la Hansa y en la liga que organizarán pronto.

Los hombres lo miraban aún asombrados, y el extranjero dijo,

-Bueno, me voy. El tiempo es para ustedes demasiado importante.

Se acercó a la puerta, la abrió él mismo, y salió.

-Ese mentiroso de Marco Polo -gruñó Marin Goldini.

−¿Cómo podía saber ese hombre que pensamos extender nuestras actividades al Este? −preguntó Vico Letta—. Lo hemos discutido sólo entre nosotros.

—La conspiración contra el gobierno —dijo Marin Goldini, persignándose otra vez—. ¿Quería insinuarnos que se sabe que intrigamos? Vico, quizá debiéramos separarnos de los conspira-

—Quizá tenga usted razón, excelencia —murmuró Vico. Tomó de nuevo una de las monedas y examinó las dos caras—. Esta nación no existe —murmuró—, pero es una pieza perfectamente acuñada. —Alzó a la luz la hoja rota de papel.— Y no conozco tampoco esta clase de papel, excelencia, ni esta lengua tan extraña, aunque yo diria que tiene ciertas similitudes con el inglés.

La casa Letta-Goldini se alzaba ahora en el barrio de Santo Tomás: un edificio imponente por donde pasaban los productos de mil negocios en un centenar de países.

Riccardo Letta alzó los ojos del escritorio y miró a su asis-

—¿Entonces se ha presentado realmente? Per favore, Lio, tráigame la documentación de... de la cuenta. Que me dejen solo unos diez minutos para que yo pueda refrescarme la memoria y luego haga pasar al señor.

El biznieto de Vico Letta de la casa Letta-Goldini se incorporó elegantemente, saludó con la reverencia que se estilaba en esos días. y dijo:

—Servidor de usted, señor... El recién llegado sacudió la cabeza devolviendo torpemente el

Miston Smith diio

-¿Una silla, ilustrísimo? Y ahora me perdonará usted que entremos en seguida en materia, pero cuando se está a cargo de una casa tan importante como la Letta-Goldini...

Míster Smith extendió una hoja rota de papel. Hablaba un ita-

-El acuerdo concluido con Marin Goldini, hace exactamente un siglo.

Riccardo Letta tomó el papel. Era nuevo, limpio y fresco, y el banquero lo miró arrugando la frente amplia. Tomó un trozo de papel envejecido y amarillento que tenía ante él y lo juntó con el otro. Se correspondían exacta-

-Asombroso, señor, ¿pero có-

mo es posible que mi pedazo haya envejecido tanto y el suyo esté tan nuevo?

Míster Smith carraspeó.

-Evidentemente se han empleado distintos métodos de preservación.

-Evidentemente. --Letta se reclinó en su silla juntando las puntas de los dedos.-- Y evidentemente viene usted a reclamar el capital y los intereses. La suma es considerable, señor. La casa tentrá que recurrir a distintos fondos

Míster Smith meneó la cabeza.

—Deseo prorrogar el acuerdo

Letta se sentó muy tieso.

—¿Por otro período de cien

-¿Por otro periodo de cien años, quiere usted decir?

-Exactamente. Tengo confianza en la capacidad de usted.

—Ya veo. —Ricardo Letta había mantenido su posición en la jungla de la banca y el comercio venecianos gracias a una extrema habilidad. Le bastó un instante para recuperar la calma. Tomó otro papel del escritorio y dijo:—La aparición del antepasado de usted, señor, ha llegado a ser una verdadera leyenda en esta casa. ¿Conoce usted los detalles?

El otro asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Nos sugirió entre otras cosas que apoyáramos al Consejo de los Diez. Estamos en el Consejo, señor, y no necesito decirle con qué ventajas. Nos indicó asimismo que investigáramos los viajes de Marco Polo. No investigamos...

lamentablemente. Pero la recomendación más extraña fue la de que invirtiéramos en las ciudades de la Hansa, que eventualmente se unirían en la Liga hanseática. -¿Y? ¿No fue una recomenda-

ción razonable?

-Provechosa, señor, sí, pero nada razonable. El antecesor de usted apareció en el año 1300, y la Liga hanseática no se formó hasta el año 1358.

El hombrecito, con las mismas ropas extrañas que la tradición atribuia al primer Míster Smith,

hizo una mueca.

-Lo lamento, señor, pero ahora no puedo dar explicaciones. Bien, no tengo mucho tiempo, y dada la importancia actual de la suma quisiera que redactáramos un contrato más formal que el celebrado con los fundadores de la casa, y que era meramente verbal.

Riccardo Letta tocó una campanilla que estaba sobre el escritorio y los dos hombres pasaron la hora siguiente con ayudantes y secretarios. Al fin, y con una pirámide de documentos en los brazos, Míster Smith dijo:

-Bien, ¿puedo hacer ahora al-

gunas sugerencias? Riccardo Letta se inclinó hacia delante, entornando los ojos.

-Por supuesto.

-La casa de ustedes seguirá creciendo y será necesario extender los negocios a otros países. Continúen apoyando a las ciudades de la Hansa. En un futuro no muy lejano un hombre nota-

ble llamado Jacques Couer será una figura muy importante en Francia. Nómbrenlo representante francés de la firma. Sin embargo, retírenle todo apoyo en el año 1450.

Mister Smith se puso de pie, preparándose para irse.

-Un consejo, señor Letta. Donde hay dinero, se juntan los chacales. Les sugiero que lo escondan y lo dispersen. De este modo, aunque haya pérdidas provocadas por los actos de tal o cual principe o por una revolución, la fortuna subsistirá.

Mister Smith dejó la habitación, y Riccardo Letta, aunque no era un hombre demasiado religioso, se persignó discretamente.

Eran veinte los que esperaban en el año 1500. Estaban sentados alrededor de una hermosa mesa de conferencia, representando a una media docena de naciones, y todos tenían aspecto arrogante, y en algunos casos rostros de expresión cruel. Waldemar Gotland presidía la reunión.

-Excelencia -dijo en un inglés aceptable-, suponemos que esta es su lengua materna, ¿no es así?

-Así es -dijo Míster Smith un poco sorprendido al ver a tantos

-¿Y desea usted que lo llamemos Míster Smith, según la costumbre inglesa?

-Me parece bien -asintió Mís-

ter Smith. -Le agradeceríamos entonces, Mister Smith, que nos presentara

usted sus documentos. Un comité, presidido por Emil de Hanse, comprobará la autenticidad de los papeles.

Smith puso sobre el escritorio un montón de papeles.

-Yo había deseado -se quejóque estos depósitos se mantuvieran en secreto.

excelencia. El monto es ahora fantástico. Aunque conservamos aún el nombre Letta-Goldini, no sobrevive ya ningún miembro de esas familias. Durante el último siglo, excelencia, muchos han intentado apoderarse de su fortuna.

-Nada sorprendente -dijo Mister Smith, y preguntó en seguida con interés-. ¿Y por qué fracasaron?

-La causa principal ha sido el número de los administradores, excelencia. Como representante de la Escandinavia, me interesa sobremanera que ningún veneciano o alemán rompa el Con-

Antonio Ruzzini interrumpió secamente:

-Y nosotros no permitiremos que Waldemar Gotland nos engañe. Ha corrido sangre más de una vez en el último siglo, excelencia.

Los papeles fueron aceptados como auténticos.

Gotland carraspeó.

-En este momento, excelencia, toda la fortuna es suya, y nosotros somos sólo simples empleados. Si usted desea que la fortuna continúe creciendo...

Míster Smith asintió con un movimiento de cabeza.

-Pues bien -continuó Gotland-, sugeriríamos entonces que firmemos un contrato más riguroso. Nos hemos tomado la libertad de redactar...

-Bien -dijo Míster Smith-, lo estudiaremos. Pero antes les daré mis instrucciones.

Los hombres sentados a la mesa se pusieron muy tiesos mirando a Mister Smith.

-Cuando Constantinopla caiga en manos de los turcos -dijo Mister Smith-, Venecia perderá su poder. La casa deberá tener su sede en otra parte.

Hubo una exclamación ahogada.

Míster Smith continuó:

-El monto de la fortuna nos

permite ya hacer planes a largo plazo. Tenemos que volver los ojos hacia occidente. Envíen un representante a España. Habrá allí oportunidad de buenas inversiones, luego de los próximos descubrimientos en el oeste. Apoyen a unos hombres llamados Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Hacia mediados del siglo retiren las inversiones de España y colóquenlas en Inglaterra, sobre todo en el comercio y en la manufactura. Habrá grandes concesiones de tierras en el Nuevo Mundo. Es necesario que representantes de la casa obtengan algunas de esas concesiones. Habrá un período de confusión en Inglaterra luego de la muerte de Enrique VIII. Apoyen a su hija Isabel.

"Descubrirán ustedes, a medida que la industria se extienda por los países nórdicos, que las empresas no pueden prosperar cuando hay demasiados días feriados. Apoyen a los jefes religiosos que exigen un modo de vida más...

"Una última recomendación. Este grupo es demasiado numeroso. Sería conveniente que sólo un representante de cada nación participe del secreto del contrato.

-Caballeros -aconsejó Míster Smith en el año 1600-, presten más atención al comercio y las manufacturas en Europa; a la agricultura, a las minas y a la acumulación de tierras en el Nuevo Mundo. En este siglo se amansarán fortunas inmensas en Oriente. Traten de que nuestras diversas casas sean las primeras en aprovechar esa situación.

Esperaban alrededor de la mesa de conferencia en Londres. El reloj -que todos consultaban una y otra vez, nerviosamente- indicaba que faltaban aun quince minutos para que llegara Mister Smith.

Sir Robert aspiró una pizca de rapé aparentando una indiferencia que no sentía.

-Señores -dijo lentamente--, confieso que me cuesta creer en esta leyenda. Si nos atenemos a los hechos...

-Es una hermosa historia, señores -dijo Pierre Deflage-. En el año 1300 un extranjero de

apariencia nada notable se presentó ante un banquero veneciano y le entregó diez monedas de oro que quedarían depositadas durante cien años. Sugirió además ciertas medidas que dejaron atrás todas las profecías de Nostradamus. Desde entonces los descendientes de ese hombre han aparecido cada cien años el mismo día y a la misma hora, o han invertido otra vez la suma sin retirar jamás un solo centavo, pero haciendo siempre nuevas sugerencias. Hoy, señores, la fortuna es sin comparación posible la mayor del mundo. De mí, por ejemplo, se dice que soy el hombre más rico de Francia. -Deflages se encogió de hombros.- Todos sabemos que soy sólo un empleado al servicio del Contrato.

-Opino que esta historia no tiene sentido -dijo Sir Robert --. Han pasado cien años desde la supuesta aparición de ese Mister Smith. Durante ese período el Contrato ha estado en manos de muchos hombres ambiciosos y sin escrúpulos. Es evidente que ellos mismos inventaron la historia para sus propios fines. Caballeros, Mister Smith no existe ni nunca existió. Ha llegado el momento de decidir, señores. ¿Continuamos la farsa o tomamos medidas para repartirnos la fortuna e irnos cada uno por nuestro lado?

Una vocecita dijo desde la

-Si eso le parece posible, señor, habrá que trabajar en el fortalecimiento del Contrato. ¿Me permiten que me presente? Pue-

-Apoyen ustedes durante doce años al aventurero Bonaparte. Abandónenlo en 1812, Inviertan generosamente en la nueva nación, los Estados Unidos de América. Envíen un representante a Nueva York, inmediatamente. Este será un siglo de revoluciones y cambios. Dejen de sostener a la monarquía...

Los hombres sentados alrededor de la mesa se sobresaltaron.

-...y apoyen a las clases comerciales en ascenso. Sostengan a un tal Robert Clive en la India. Retiren todo apoyo a España en la América Latina. En la guerra civil norteamericana, pónganse del lado del Norte.

"En general, caballeros, éste será el siglo de Inglaterra. No lo olviden. -Míster Smith volvió la cabeza un momento y pareció escrutar un paisaje distante.- El próximo siglo será diferente, pero esa es otra historia y ni siquiera yo sé qué ocurrirá luego de la primera mitad.

Mister Smith se fue al fin, y Amschel Mayer, el representante de Viena, murmuró:

tido ustedes que una de las reliquias del Contrato tiene al fin sentido?

Lord Windermere lo miró de soslayo sin tratar de disimular su antisemitismo.

-¿Qué quiere usted decir?

abrió la pesada caja donde se guardaban los documentos transmitidos de generación en generación desde la época de Goldini, y sacó una moneda de oro.

-Una moneda del Contrato original, señor. Ha sido conservada todo este tiempo.

Windermere tomó la moneda y leyó:

-Estados Unidos de América. Pero, hombre, por favor, esto es la mano. La moneda no pudo haber existido en tiempos de Goldini. Las colonias proclamaron su independencia no hace más de veinticinco años.

-Y el número en la moneda -murmuró Amschel Mayer-. Me pregunto si alguien ha pensado que puede ser una fecha.

Windermere miró la moneda

-¿Una fecha? ¡No sea idiota! Nadie fecha una moneda con un siglo de adelanto.

Mayer se acarició pensativamente las mejillas afeitadas,

-Con más de seis siglos de adelanto, señor.

A la hora de los cigarros y el brandy, discutieron atentamente el problema. El joven Warren

-Ustedes, caballeros, tienen una ventaja. Hasta hace dos años yo sólo tenía un conocimiento vago del Contrato, a pesar del puesto importante que ocupo en la rama norteamericana. Y lamentablemente yo no asistí como ustedes a la aparición de Míster Smith en 1900.

—No perdió usted gran cosa —gruñó von Borman—. Nuestro Mister Smith, que nos tiene atados tan firmemente, de modo que es dueño de todos nuestros bienes, hasta de este cigarro que fumo ahora, nuestro Mister Smith, digo, es un hombre insignificante, casi un andrajoso.

-Entonces existe -dijo Piedmont.

Albert Marat, el representante francés, bufó expresivamente.

—Hay algo sorprendente, señores. La descripción que tenemos de Míster Smith, incluidas sus ropas, corresponde exactamente a la que nos ha llegado a través de los siglos, desde los días de Goldini. —Rió entre dientes.— Tenemos una ventaja esta vez.

Piedmont frunció el ceño.

-¿Una ventaja?

-Cuando Mister Smith apareció en 1900 le sacamos una foto disimuladamente. Será interesante hacer la comparación cuando aparezca de nuevo.

Warren Piedmont seguía frunciendo el ceño, sin entender, e Hideka Mitsuki explicó:

-¿No ha leído usted las novelas de ese escritor británico, el talentoso H. G. Wells?

-No lo conozco.

—Brevemente, Piedmont —dijo Smith-Winston, de la rama británica—. Hemos discutido la posibilidad de que nuestro Mister Smith sea un viajero del tiempo. -¡Un viajero del tiempol ¿Qué quiere usted decir?

—Estamos en 1910. En el último siglo la ciencia ha superado las concepciones más audaces de los sabios de 1810. No podemos imaginar hoy qué progresos se lograrán en los próximos cincuenta años. Que esos progresos abarquen los viajes por el tiempo puede parecernos descabellado, pero no es imposible.

-¿Pero por qué dentro de cincuenta años? Pasará un siglo an-

tes que...

—No. Esta vez Míster Smith nos informó que no esperaría hasta el año 2000 para visitarnos. Se aparecerá aquí el 16 de julio de 1960. Ese día, amigos míos, descubriremos, me parece, que Míster Smith ha decidido embolsarse la mayor fortuna que haya conocido el mundo.

Von Borman miró alrededor y

—;8e les ha ocurrido pensar que nosotros ocho somos los únicos que conocemos la existencia del Contrato? —Se tocó el pecho.— En Alemania ni siquiera el Kaiser sabe que soy dueño de casi dos tercios de la riqueza nacional, en nombre del Contrato, por su-

-¿Y se les ha ocurrido pensar -dijo Marat-que si Míster Smith reclama su fortuna nos quedamos todos sin un centavo?

Smith-Wiston rió entre dientes, amargamente.

-Si ha pensado usted en modificar las cosas, olvídelo. Durante medio milenio los mejores expertos en cuestiones legales han estado fortaleciendo el Contrato. Los intentos de alterar alguna de sus partes han desencadenado guerras. Nunca abiertamente, claro está. Los que murieron invocaban la causa de la religión, el destino nacional, el honor nacional. Pero ninguna tentativa tuvo éxito, y el Contrato sigue en pie-

-Volvamos a esa visita prometida en 1960. Por qué piensan ustedes que Smith revelará al fin que es un viajero del tiempo?

—Todo concuerda, amigo mío—dijo Smith-Winston— Siempre se ha aparecido en ropas similares a las que usamos hoy, desde los días de Goldini. Habla inglés... con acento norteamericano. Las monedas que le dio a Goldini eran águilas norteamericanas, acuñadas en este siglo. Podemos asumir que son monedas del tiempo de Mister Smith. Bien, por alguna razón Mister Smith deseó amasar una enorme fortuna. Lo ha conseguido, y creo que en 1960 revelará su propósito.

Smith-Winston suspiró y volvió a su cigarro. -No se si estaré aquí para ver-

lo. Cincuenta años son muchos años.

Dejaron al fin el tema y abor-

daron otro que también les interesaba mucho.

—Opino que para servir bien el

—Opino que para servir bien el Contrato —gruñó von Borman-Alemania ha de tener un lugar mayor bajo el sol. He planeado construir un ferrocarril a Bagdad

y traer a casa los tesoros de Orien-

Marat y Smith-Wilson recibieron con frialdad estas palabras.

—Le aseguro, señor —dijo Marat—, que nos resistiremos a esos planos. La mejor manera de servir el Contrato es mantener el actual estado de cosas. No hay sitio para una expansión germánica. Si usted insiste, habrá guerra y usted recordará sin duda las profecías de Míster Smith. En caso de guerra, retiraremos nuestro apoyo a Alemania, y también a Rusia, por alguna razón que ignoramos, y sostendremos a los aliados. Queda usted advertido.

—Mister Smith se ha equivocado esta vez —replicó Borman—. Además él mismo dijo que invirtiésemos grandes sumas en petróleo. ¿Cómo es posible que Alemania tenga petróleo sin acceso a Oriente? Mis planes tendrán éxito, y aseguraré así la causa del Contrato.

El sereno Hideka Mitsuki murmuró:

—Me pregunto si Míster Smith pensó alguna vez que las distintas ramas de la fortuna planearían y desencadenarian conflictos internacionales en nombre del Centrale.

Cuando Mister Smith entró a la oficina del Empire State Building sólo seis hombres esperaban alrededor de la mesa. Ninguno de ellos había estado presente en la visita anterior, y sólo el anciano Warren Piedmont había conocido a alguien que hubiese visto a Mister Smith.

El octogenario sacó una vieja fotografía y la comparó con el recién llegado.

-Sí -murmuró-, tenía razón. Míster Smith le alcanzó un so-

bre abultado con papeles. -¿No desea revisar los docu-

Piedmont miró a los hombres sentados a la mesa: John Smith-Winston, hijo; Rami Mardu, de la India; Warner Voss-Richer, de Alemania Occidental; Mito Fisuki, de Japón; Juan Santos, representante de Italia, Francia y España. Piedmont dijo:

—Tenemos aquí una fotografía que le sacamos a usted en 1900, señor. Basta para identificarlo a usted. He de añadir, sin embargo, que durante los diez años últimos hemos pedido a un cierto número de notables hombres de ciencia que estudien si los viajes por el tiempo son posibles.

—Me he enterado —dijo Míster Smith—. En otras palabras, han gastado ustedes mi dinero en in-

"Todos hemos protegido fielmente el Contrato —dijo Piedmont en un tono que no era de disculpa—, y algunos le hemos consagrado toda nuestra vida. No negaré que la remuneración es sin duda la mayor del mundo, sin embargo esto es sólo un trabajo. Parte del trabajo consiste en proteger el Contrato y los intereses de usted de aquellos que desean apropiarse indebidamente de la

fortuna. Gastamos millones todos los años en investigaciones.

—Me parece bien. ¿Pero y esas investigaciones acerca de los viajes por el tiempo?

—La respuesta ha sido siempre la misma, invariablemente. Sólo uno de los físicos consultados insinuó una cierta posibilidad.

-Ajá, ¿y quién fue ese hom-

"Un profesor llamado Alan Shirey que trabaja en una universidad de California. No hablamos con él directamente, por supuesto. Al principio dijo que nunca había considerado el problema, pero se mostró intrigado. Al fin afirmó que la única solución implicaría el consumo de una enorme cantidad de energía, que superaba las posibilidades del mundo.

—Ya veo —dijo Mister Smith haciendo una mueca—. ¿Y ese profesor no ha seguido investigando los viajes por el tiempo?

Piedmont alzó las manos.

—¿Cómo puedo saberlo?

John Smith-Winston interrumpió bruscamente:

-Señor, tenemos aquí un inventario completo de los bienes de usted. Decir que la fortuna es colosal sería una afirmación demasiado prudente, aun para un inglés. Deseariamos que nos informara usted cómo hemos de con-

Míster Smith lo miró fijamente.

—Deseo que se tomen inmediatamente las medidas necesarias
para liquidar la fortuna.

-¡Liquidar la fortuna! -grita

-En dinero contante y sonante, caballeros -dijo Smith-. Tan pronto como sea posible. Quiero todas mis propiedades en dinero.

-Míster Smith -dijo roncamente Warner Voss-Richer-. No hay bastante dinero en el mundo para comprar todos los bienes de usted.

—No importa. Gastaré ese dinero tan rápidamente que será puesto otra vez en circulación, a medida que ustedes me entreguen el oro o los créditos equivalentes.

--Pero, ¿por qué? --dijo Piedmont estupefacto-. ¿No entiende usted las repercusiones que tendrá la medida? Míster Smith, es necesario que nos explique... El propósito de todo esto.

—El propósito es obvio —dijo Míster Smith—. Y el seudónimo de Míster Smith es inútil ahora. Pueden llamarme Shirey, profesor Alan Shirey. Entiendan ustedes, caballeros: el problema que ustedes me han planteado acerca de los viajes por el tiempo acaparó mis pensamientos. Creo que al fin he resuelto todas las difícultades. Sólo necesito ahora una cantidad fantástica de energía para hacer funcionar mi aparato. Con esa energía, un poco superior a toda la que se produce hoy en el mundo, podré viajar por el tiempo.

-Pero, ¿por qué? Todo esto, todo esto... Monopolios, gobier-

La voz cascada de Warren Piedmont tembló y se quebró.

Míster Smith —el profesor Alan Shirey— miró a Piedmont de un modo raro.

-Bueno, para que yo pueda regresar a los días del esplendor de Venecia, y tomar las medidas necesarias que me permitirán comprar esta enorme cantidad de energía.

-¿Y seis siglos de historia humana -dijo Rami Mardu, representante asiático, con una voz muy débil- no tendrán otro sen-

El profesor Shirey lo miró con

—¿Pretende usted insinuar, señor, que ha habido otros siglos en la historia humana con más sentido? ◆

Título original: Compounded interest. Traducción de Gregorio Lemos.

COSAS DE NIÑOS

Theodore Sturgeon

HEME AQUÍ A LA LUZ DE LA LUNA, ante la tarea de escribir una oda. No quiero escribir una oda. Ro quiero escribir du que ocurrió. Nunca escribiré otra oda. Soy una criatura primitiva. Soy un salvaje que muestra los dientes. Y ellos no me creerán, y se reirán... o me creerán, y entonces, por todos los poderes, pienso que yo me reiré. Pienso que me reiré. Pienso que quizá pueda refrme.

O lloraré. Pienso que quizá pueda llorar.

Ya sé: escribiré todo desde el principio, como si aún quedara alguien en la Tierra que todavía no lo sabe. Quiero comprobar si una enormidad semejante cabe en un relato. Los inmunes, así nos llamaron. Pero no es un nombre apropiado. Nos alcanzó a todos. Pero nosotros no nos morimos. De modo que aunque la raza humana ha muerto, nosotros vivimos aún.

La raza humana ha muerto...
no la humanidad. Supongo que
seria necesario definir estos términos. En la época en que nos
reunimos, quedábamos seiscientas cuatro criaturas humanas de
varios miles de millones. Todos
éramos fuertes y sanos, y la mayoría jóvenes. Podíamos vivir,
aprender, amar. No podíamos
propagarnos. Esto en cuanto a la
raza.

Nosotros, todos nosotros, estábamos obsesionados por una misma idea: la humanidad no debía perecer. La humanidad como aspiración, generosidad, nobleza si queréis: había que preservar ese patrimonio. Nosotros no podíamos aprovecharlo. Era demasiado tarde. No comprendimos realmente el significado de ese patrimonio hasta que apareció la nueva encefalitis. Quizá comprendimos porque apareció la encefalitis. De cualquier modo lo habíamos heredado, lo teníamos, y era necesario transmitirlo, pues si no la tragedia sería demasiado protesca.

Decidimos ofrecérselo a la nutria de mar.

Como muchas otras verdades elementales, el hecho de que la nutria de mar sucedería al hombre había sido evidente, v había pasado inadvertido. Nos habíamos entretenido pensando que otros animales -los perros, por ejemplo, los monos superiores, y (¿recordáis como nos apasionábamos?) el delfín- tenían todos una inteligencia de naturaleza parecida a la nuestra, aunque no de la misma calidad. Era posible pensar como un delfín, o como un perro. Nos sentíamos muy orgullosos en verdad imaginando que los Próximos tendrían una inteligencia semejante a la nuestra. Una vez que estuvimos preparados para abandonar esta consoladora noción, fue indiscutible que nuestro sucesor lógico era la nutria: animal industrioso que conocía el uso de las herramientas, de una evolución todavía más precoz que la nuestra, y con un

sentido todavía más duradero del humor.

Habíamos perdido toda esperanza en nosotros mismos. Quiero que esto sea claro. Nuestra aflicción era profunda y amarga. Pero es necesario aclarar también que atravesamos este período de duelo y emergimos en la otra orilla, como cuadraba a nuestra madurez. Emergimos tarde, v va de nada nos servía, pero emergimos de cualquier modo, maduros. Ya veis lo que éramos, a pesar de nuestra juventud física. Eramos los Antiguos de la tierra, y llevábamos ese signo con verdadera dignidad. Disponíamos también cada uno de nosotros, todos nosotros, de un poder y una opulencia inimaginables. Eramos en verdad tan pocos, estábamos tan entrenados, contábamos con tantos recursos (y ninguna necesidad de ahorrar). Un movimiento de la mano nos bastaba a cualquiera de nosotros para mover montañas. Lo más importante sin embargo, lo verdadero, era ese sentido de misión y de dignidad que habíamos conservado a pesar del terror v de la muerte: una misión más importante y una dignidad más verdadera (aunque sólo en un grado o dos) que todas las que pudo haber conocido la raza. Teníamos orgullo, claro está, aunque orgullo es una palabrita inadecuada para expresar ese sentimiento. Humildemente, nos queríamos a nosotros mismos, y era esto lo que tratábamos de conservar con vida, sobre todas las cosas. Las nutrias hubiesen llegado a ser civilizadas, con o sin nosotros, probablemente, pero esta dignidad suprema era algo que sólo nosotros podíamos comunicarles. Sólo un hombre podía alcanzar esas alturas. La muerte nos dio este noble conocimiento. La vida —la vida de los Nueyos—nos dio esta misión.

Qué tarea ardua. Pues nosotros estábamos demasiado adelantados y las nutrias eran demasiado primitivas como para que pudiésemos inculcarles algo en el breve tiempo en que compartiríamos juntos la Tierra. Seríamos polvo milenario aun antes que empezaran a comunicarse entre ellas, y no teníamos la intención de acelerar esa prehistoria. Que siguieran siendo por un tiempo lo que eran entonces: robustas, de un notable poder de adaptación, ubicuas. Que siguieran contentandose con flotar de espaldas, llevando algún molusco en el pecho que abrirían luego con una piedra hasta que un día descubrieran ellas mismas que eso no era bastante. Que ellas mismas encendieran la primera luz.

Pero, habíamos decidido, una vez encendida, esa luz no oscilaría ni se apagaría nunca. No habría edades oscuras para las nutrias. Reductriamos los conocimientos básicos a principios esenciales, y transcribiriamos estos principios en la forma más comprensible, y los dejaríamos como piedras miliares (cada una de ellas sería una declaración y una promesa).

Como material de esos jalones elegimos la nueva aleación cromovanadio que sería conocida como bicrován. (Ah, qué ciudades podríamos haber edificado.) Tratada apropiadamente, la aleación podía moldearse en varillas, barras, planchas. Una vez irradiada, era inalterable, casi inalterable. No tenía estructura molecular, ni siquiera red de átomos. Podría ser descrita, quizá, como una matriz de átomos. Una plancha de diez metros podía soportar una presión de varias toneladas en el centro sin torcerse más que unos pocos micrones. Una varilla de treinta metros de largo y de medio centímetro de diámetro sostenida horizontalmente por un extremo no mostraba ningún signo de curvatura. Como punta seca, el bicrován rayaba fácilmente el diamante. Una temperatura cercana al cero absoluto o a un calor de veinte millones de grados no mejoraba sensiblemente la terminación de una plancha. ¡Y qué terminación! Un brillo de

Grabamos, pues, en bicrován la sabiduría del hombre. La tarea era titánica, pero no teníamos otra cosa que hacer. Era necesario, ante todo, amasar el conocimiento necesario, y destilarlo luego (y destilarlo otra vez, y otra vez, para que la nueva raza pudiera que la nueva raza pudiera entender y utilizar inmediata-

plata, con un tinte color de du-

razno...

mente ese conocimiento, en el momento oportuno. Cuando las nutrias conquistaran el fuego, conocerían el arte de la cerámica. Cuando comenzaran a trabajar metales, conocerían las aleaciones y los hornos. Poco después descifirarian el secreto de la máquina de vapor. Y así sucesivamente. Pero nada, mientras fuera posible, antes del momento indicado.

No nos costó mucho trabajo enterrar las planchas de bicrován. pertinentemente ilustradas, en estratos arcillosos. No fue fácil, en cambio, esconderlas en filones metaliferos, pues estos tenían que ser que el descubrimiento ulterior fuese accidental. Inscribimos ante todo nociones de lenguaje y de aritmética. En cuanto a los secretos últimos -éticos, espirituales, y tecnológicos- había que esconderlos tres veces, para que se apareciesen a las nutrias como una serie de revelaciones sucesivas, y de modo que cada revelación anunciara la siguiente. Era necesario tener en cuenta, además, que si escondíamos demasiado las planchas corríamos el riesgo de que la Nueva Raza no las descubriera nunca.

Las cuatro ecuaciones de la teoria general de Einstein, junto con las de Heisenberg accrea de los cuantos, fueron enterradas en la bóveda más inaccesible, en el seno mismo de la tierra, bajo tres mil metros de aguas oceánicas, en el fondo de la perforación que

fue la culminación de la ingeniería humana del siglo veinte. No es necesario que explique aqui detenidamente todos los pasos de esta tarca. Diré simplemente que a pesar de contar con inmensos recursos, con nuevas técnicas, nos costó mucho más cumplir esta tarea que a nuestros antepasados perforar el pozo.

El ocultamiento de esta última plancha nos pareció entonces nuestra máxima conquista. Recuerdo aún aquellos días con afecto y tristeza. Fue un tiempo de orgullo contemplativo. Seguíamos trabajando, por supuesto, pero habíamos concluido nuestra misión. En un cierto sentido, hapia muerte. Vivíamos en un instante intemporal, que no era ni vida futura ni vida eterna, luego del fin de un vasto florecimiento v antes del principio de otro nuevo. La humanidad, la muerte de la humanidad, había quedado atrás. Las nutrias no habían comenzado aún, pasarían eones antes que fueran los Siguientes. De modo que en esos días íbamos orgullosamente de un lado a otro, humildemente conscientes de nuestra utilidad y nuestra nobleza. Habíamos transmitido la antorcha.

Y entonces...

Entonces De Wald formuló la última ecuación.

De Wald había trabajado incesantemente, aun antes que hubiésemos concebido la idea del proyecto, aun antes que la nueva forma de encefalitis hubiera causado su primer millón de víctimas. De Wald había partido de los notables trabajos de Heisenberg y se proponía encontrar una única expresión algebraica que no sólo abarcara las cuatro ecuaciones de Einstein sino que resumiera también las fórmulas de Heisenberg en algo tan claro como emme.

Por supuesto, nos reunimos muchas veces y discutimos apasionadamente, pero las discusiones eran formales (teníamos tiempo para eso entonces, y nos gustaba). Nadie ignoraba lo que era necesario hacer. La suprema justicia de un descubrimiento semejante en una hora semejante nos parecía a todos evidente. Algunos hablaron de justicia poética, y otros de Dios. Yo -no soy un hombre de ciencia- lo atribuí al arte. Que nuestra especie desapareciera sin ruido, como algo fútil, o que pudiésemos dejar nuestra obra inacabada era algo realmente contrario a la belleza. El descubrimiento de De Wald, por otra parte, en ese momento tan preciso, era la cima del arte. Hasta era posible decir que justificaba todas las cosas, vistas objetivamente, aun la muerte trágica de la raza. Al cabo de un millón de años, desde el punto de vista de otra especie, sería la historia más maravillosa de todos los

Emprendimos entonces alegremente la tarea enorme de recu-

perar del seno de la tierra las planchas de bicrován ahora envejecidas. Y mientras tanto preparamos la nueva plancha, ya que no era posible borrar o rectificar la de Einstein y Heisenberg. Oh, era bueno empezar a trabajar otra vez.

Al fin, todo estuvo dispuesto para el último acto. La ocasión era propicia para una ceremonia extraordinaria. Gregorio compondría una música de circunstancias, y Fluger mismo, por supuesto, diseñaria el estrado donde se exhibirían juntas la plancha recobrada y la nueva. Y no me sorprendió realmente que me pidieran una oda. No titubeé un segundo y acepté en seguida, pues i el arte nace de la inspiración, había allí motivos suficientes para sentirse inspirado.

La noche anterior a la ceremonia pedí que me dejaran solo en la hermosa costa oceánica. Yo ya había compuesto un borrador de la oda, pero sabía que esa vigilia me ayudaría a completar la versión definitiva.

Y en verdad el lugar y el momento eran particularmente adecuados para esa tarea. Caía ya la noche cuando quedé solo en un sitio desde donde podía ver con una sola mirada el mar y el cielo, la playa plateada y el hermoso estrado de Fluger sobre dos arcos centelleantes que se alzaban vertiginosamente desafiando a la gravedad. Si, allí también estaba presente la justicia que mencioné antes, Cudntas veces se ha dicho

que un arco de Fluger no hubiera podido existir nunca sin el bicrován, y viceversa.

Y el sol se puso envuelto en un resplandor, apropiadamente. Aun cuando nosotros...

Y en el este, se aclaró el cielo y asomó la luna... como una nueva luz para la tierra...

Luego, maravilla de maravilla, un chapoteo interrumpió el murmullo del mar, y una pequeña forma oscura se deslizó entre las sombras luminosas. Oh, pensé, despavorido, no es posible, pero... sí, nada podía ser más justo... y en ese momento el borde metálico de la luna se alzó golpeando y agrietando la copa de sombra y advertí que yo había visto la verdad de esta verdad. Era una nutría marina que se arrastraba por las arenas hacia el estrado.

Frente a mí, a unos treinta metros, se detuvo de pronto. Si vo no la hubiese visto antes hubiera pensado que era un montículo de arena, o la sombra de un montículo. Pero la luna brillaba cada vez más v alcancé a distinguir el leve temblor de los cómicos mostachos. La nutria, sin embargo, no miraba. Las nutrias nunca miran directamente a nada, y en esto son como los pájaros. A mí no me veía, pues yo estaba justo frente a ella. Qué cuadro perfecto con todo su simbolismo... ¡Qué apropiado en verdad!

La nutria se movió de pronto, escurriéndose el estrado, deteniéndose de cuando en cuando en esas pausas breves de las nutrias, como un autómata con un cable

La seguí silenciosamente, divertido y encantado a la vez. En ese momento sentí que debla ser asi; yo sólo, yo, posiblemente el hombre más calificado de toda la historia para apreciar una escena semejante, vería a este adelantado de los Nuevos en el santuario donde se exhibían las concepciones más altas de la humanidad.

Y yo no me equivocaba, por supuesto, no me equivocaba. Nada podía estar fuera de su sitio en aquella escena encantada. Todos los poderes del espíritu del arte no permitirían que nada en aquel momento perturbara la escena.

Cuando al fin subí al estrado y me deslicé detrás de las cortinas, la nutría estaba delante de las dos planchas de bicrován: la que acabábamos de recobrar, con las revelaciones de Einstein y Heisenberg, y la que acabábamos de fabricar y que reemplazaría a la otra.

Pensé entonces (un pensamiento murmurado apenas, pues yo temía quebrar el cuadro): ¿estás rezando, criatura?

La nutria, incorporándose, apoyó de pronto las dos patas delanteras en la primera plancha, y al moverse torpemente pareció como si acariciara la superficie de metal. Y sentí entonces algo muy raro: vergüenza, esa impresión de culpa que queda en uno luego de haber cometido una torpeza, una gaffe, una falta de educación insignificante en sí misma, pero que se recuerda siempre penosamente. Me sentí como un intruso, un espía ignorante y grosero. Para escapar a esta impresión, para que no me quedara ningún recuerdo inadecuado, aparté la única nota discordante en aquella sinfonía de elementos apropiados: yo mismo. Me deslicé sin hacer ruido detrás de las cortinas y volví a la arena congratulándome de ser quizá el único hombre con una sensibilidad tan perfecta.

No quise perturbar, pues, ese acto casual de acción de gracias, y esperé sin moverme hasta que al fin vi a la nutria que corría de vuelta hacia el mar. Había recogido un trozo de madera o una cosa parecida en alguna parte y advertí que se detenía a excavar a orillas del mar. Apenas alcancé a vislumbrar las dos almejas que había desenterrado, y en seguida la nutria desapareció en el agua. Me incorporé, quizá para contemplar una vez más, una última vez, a la criatura con quien yo había vivido mi más maravilloso momento, y (como era justo) tuve mi recompensa. La nutria flotaba tranquilamente de espaldas a la luz de la luna, con una almeja en el pecho. Rompió la almeja golpeándola hábilmente con la tosca herramienta que había llevado de la playa, comió la carne del molusco, tiró al mar la herramienta inútil, y desapareció entre las olas.

Me quedé mirando el agua y sintiendo todo el amor que había despertado en mí el animalito, gracioso y astuto, y al fin me volví hacia el lugar donde yo velaría esperando la inspiración. Si hubiese ido allí, seguramente hubiera escrito una oda, una condenada oda. Pero decidí subir una vez más al estrado para revivir aquel momento increíble.

A la luz brillante de la luna contemplé el santuario de la humanidad, de la dignidad y el valor del hombre, y que era, en verdad, un acto de fe en la vida que había sido, y en la vida que había sido, y en la vida que sería, cuando mis ojos vieron... lo que mucho después, quizá una hora después, admitió mi mente.

A la derecha de la fórmula de Einstein, breve, inmortal y perfecta, que expresaba la conversión masa-energía, lei estas palabras escritas, sí, escritas en la plancha de bicrován: Bueno, a veces.

Y en las fórmulas de Heisenberg había dos correcciones, unas cifras garrapateadas que parecían haber sido grabadas con un solo movimiento de uña en el metal impenetrable...

Pero el golpe del que tardé tanto en recobrarme (quizá una hora) lo recibi cuando miré la plancha de De Wald. Pues bajo esa cima de la intuición matemática, la obra más trascendental del espíritu humano, la síntesis de De Wald, la nutria de mar había escrito: ¡Qué disparate!

No escribiré más odas. Voso-

tros, que leéis estas líneas y veréis las dos planchas, podéis elegir libremente. Podéis suicidaros si queréis. O podéis discutir ociosamente acerca de la verdadera causa de esa encefalitis que nos ha destruido, y hasta podéis preguntaros agónicamente si la nutria no sabía que yo estaba allí, mirándola, y no conocía el significado de esas planchas y de ese estrado, y si ella y su especie no querían deshacerse de una vez de los pocos hombres que quedaban vivos, llevándolos por los caminos de la locura o de la muerte. O llamad a unos buzos si queréis para recoger la herramienta de la nutria, esa herramienta que empleó para abrir el molusco -está ahí, cerca de la orilla- y comprobad si es en verdad la punta de la plancha de De Wald que la nutria quebró con las garras

desnudas. Recoged el trozo de metal v comprobad si se ajusta a la plancha rota, y luego, que lo vea todo el mundo y que los ridícudien hasta el hartazgo. Quizá al fin alguno de vosotros estalle en carcajadas, llore de risa, como he hecho yo hasta caer agotado, incapaz de olvidar la enormidad de esta ridícula comprobación: ¡qué infantil es la escritura de la nutria! Haced pues cualquiera de estas cosas, o no hagáis ninguna de ellas sino algo que se os ocurra a vosotros mismos, algo que encontraréis seguramente en el vasto almacén de vuestro orgullo y de

En cuanto a mí, he regresado alegremente a la vida primitiva. Me he identificado con mis decididos antecesores: me voy de caza.

Título original: Like young. Traducción de M. Figueroa.

Números atrasados

Los lectores interesados en completar la colección de Minotauro. Fantasía y ciencia-ficción pueden solicitar los números atrasados en las principales librerías. La Editorial Sudamericana —distribuidora exclusiva de Ediciones Minotauro—dispone aún de unos pocos ejemplares de los números 1, 3 y 4.

Fritz Leiber, hijo del famoso actor shakespeariano del mismo nomber, nació en 1910, fue actor -con el nombre de Francis Lathrop-, director asociado de la revista Science Digest, y en estos últimos años ha dedicado casi todo su tiempo a la pintura. Ha escrito notables cuentos de horror (Los agentes negros, 1947) y las novelas Gather, Darkness y Conjure wife, que renueva el tema de la brujería... El señor Leverett, protagonista de El hombre que era amigo de los electrones, practica una magia insólita, o es quizá demasiado sensible a las manifestaciones de una fuerza todavía oscura.

EL HOMBRE QUE ERA AMIGO **DE LOS ELECTRONES**

Fritz Leiber

CUANDO EL SEÑOR SCOTT MOSTRÓ la casa de la loma al señor Leverett, esperó que el hombre no notara el poste de alta tensión frente a la ventana del dormitorio. Los viejos tenían a menudo un miedo insensato a la electricidad, y el poste ya había alejado a dos interesantes inquilinos. La electricidad seguía las ondulaciones de las lomas, y estas líneas suministraban casi toda la energía de Pacific Knolls. No había pues otro remedio que apartar la atención de los posibles inquilinos.

Pero las oraciones y estratagemas del señor Scott fueron inútiles. La mirada despierta del señor Leverett se clavó instantáneamente en el "factor negativo" tan pronto como salieron al patio. El anciano del Este examinó atentamente el poste de madera, corto y grueso, los aisladores de vidrio de dieciocho pulgadas, la caja negra del transformador que suministraba una corriente de menor voltaje para esta casa y algunas otras de la loma. Luego alzó los ojos hacia las filas paralelas de cuatro alambres que se perdían entre las lomas desiertas. En seguida inclinó la cabeza escuchando el sonido débil pero regular de los electrones que escapaban de los cables crepitando y zumbando.

-¡Escuche eso! -dijo el señor Leverett, excitado-. ¡Cincuenta

© 1962, by Mercury Press, Inc.

mil voltios! ¡La potencia supre-

-Las condiciones atmosféricas son raras hoy. Normalmente no se oye nada -respondió el señor Scott desfigurando un poco la

-¿Sí? -dijo el señor Leverett. secamente.

El señor Scott era un hombre hábil v desvió la conversación.

-Quiero que mire bien este césped -dijo con entusiasmo-. Cuando dividieron la cancha de golf de Pacific Knolls el propietario de esta casa compró todo el

Durante el resto de la visita, el señor Scott exhibió todas las virtudes de un buen agente inmobiliario, pero el señor Leverett no le prestó mucha atención. El señor Scott atribuyó la derrota al maldito poste.

Cuando se iban, sin embargo, el señor Leverett quiso detenerse un momento en el patio.

-Todavía se oye -dijo escuchando el zumbido con una curiosa satisfacción-. Es un sonido que me descansa, ¿sabe usted, senor Scott? Como el ruido del viento, o de un arroyo, o del mar. Odio el estruendo de las máquinas, y ésa es otra de las razones por las que dejé la Nueva Inglaterra, pero éste es para mí como un sonido de la naturaleza, ¿Dice usted que se lo oye pocas ve-

El señor Scott era un buen vendedor, y un hombre flexible.

-Señor Leverett -confesó-, to-

das las veces que he estado en este patio he oído ese ruido. En algunos momentos es más débil, en otros más fuerte, pero siempre está ahí. No se lo he dicho porque a la mayoría de la gente no le interesa.

-No lo acuso -dijo el señor Leverett-. La mayoría de la gente es una tanda de bobos o algo peor. Señor Scott, ¿sabe usted si hav comunistas entre los vecinos?

-¡No, señor! -respondió el señor Scott sin titubear-. No hay ningún comunista en Pacific Knolls. Y sobre esto no mentiría por nada del mundo, créame.

-Le creo -dijo el señor Leverett-. Aunque el Oeste está plagado de comunistas. Quizá haya menos aquí. Señor Scott, alquilaré por un año la casa al precio convenido.

-Apriete esos cinco -dijo el señor Scott, resplandeciente-. Señor Leverett, usted es el hombre que Pacific Knolls necesita.

Se dieron la mano. El señor Leverett se balanceó sobre los talones, alzando la cara hacia los alambres que crepitaban suavemente, y con una sonrisa que era ya un poco posesiva.

-Oué cosa fascinante la electricidad -dijo-. Cuántas cosas puede hacer y cuántas más nos permite hacer. Por ejemplo, si un hombre quiere irse al otro mundo con un resplandor elegante, basta con que moje el pasto, tome en las manos desnudas un alambre de cobre de ocho metros, y golpee esos cables con la otra punta. Sizzz. Tan eficaz como la silla de Sing Sing y mucho más satisfactorio para el espíritu.

El señor Scott sintió que se le encogía el corazón y durante un instante de aturdimiento hasta pensó en romper el trato. Recordó a la señora pelirroja que le había alquilado unas habitaciones sólo para tomar una buena dosis de barbitúricos en un lugar tranquilo. En seguida se dijo que la California del Sur era tierra de calabazas, melones y alcornoques, y aunque no había tratado mucho a estrellas de cine o candidatas a estrellas había conocido en cambio a demasiados charlatanes de feria y cómicos retirados. Aun con fantasías macabras, una desordenada pasión por la electricidad, un anticomunismo rabioso, y un odio maniático por las máquinas, el señor Leverett no se sentiría solo en California.

El señor Leverett dijo astuta-

—¿Teme usted que yo sea un suicida, no es cierto? No, no lo soy. Me gusta hablar en voz alta. Decir lo que pienso, aun las cosas más insólitas.

El señor Scott perdió los últimos restos de temor, y otra vez animado invitó al señor Leverett a firmar los papeles.

Tres días más tarde, fue a ver cómo se las arreglaba el nuevo inquilino, y lo encontró en el patio, sentado en una mecedora, y escuchando los zumbidos del poste.

—Tome una silla y siéntese—dijo el señor Leverett señalando un sillón moderno, de tubos metálicos—, Señor Scott, desco decirle que la casa es tan descansada como yo esperaba. Me paso las horas escuchando la electricidad y dejando vagar mis pensamientos. A veces escucho voces en la electricidad. Los cables hablan. Ya sabe usted que otras gentes oyen voces en el viento.

—Si, claro está —admitió el señor Scott un poco incómodo, y en seguida, recordando que el señor Leverett había pagado ya el primer trimestre de alquiler, decidió que podía decir lo que pensaba—: Pero el ruido del viento cambia. Este ruido es demasiado monótono para oir voces.

—Tonterías. —El señor Leverett torció oscuramente la boca.— Las abejas son animales muy inteligentes, y los entomólogos dicen que hasta tienen un lenguaje, y sin embargo hablan con zumbidos. Yo oigo voces en la electricidad.

Se hamacó silenciosamente en su silla durante un rato y el señor Scott se sentó.

—Sí, oigo voces en la electricidad —dijo el señor Leverett con aire soñador — La electricidad me cuenta cómo se pasea por los cuarenta y ocho Estados, y aun por el cuarenta y nueve gracias a las líneas canadienses. Es una especie de pionera. Los cables son las huellas y senderos; las estaciones hidroeléctricas son los pozos de agua. La electricidad se mete hoy

en todas partes: en nuestras casas, en nuestras habitaciones, en nuestras oficinas, en los edificios del gobierno y en los puestos militares. Y lo que no aprende de ese modo, lo oye en las líneas telefónicas y en las ondas del aire. La electricidad de los teléfonos es la prima menor de la electricidad de alta tensión, podría decirse, y las niñitas tienen el oído fino. Sí, la electricidad sabe todo lo que nos pasa, conoce hasta nuestro último secreto. Pero no le cuenta a la gente lo que sabe, pues la mayoría piensa que la electricidad es una fuerza mecánica y fría. Todo lo contrario. La electricidad es cálida, palpitante, sensible, amistosa, como todos los seres vi-

vientes.

El señor Scott soñaba también ahora, pensando que las palabras del señor Leverett podían servir para una buena campaña de publicidad: imaginativa, realista y profítica.

—Y en la electricidad hay algo de maldad también —continuó el señor Leverett— Hay que domes-ticarla. Hay que estudiarla, habiarle francamente, no mostrarle miedo, hacerse amigo de ella. Bien, señor Scott —dijo vivamente— Sé que ha venido aquí a ver cómo cuido la casa. De modo que permítame que se la muestre.

El señor Scott protestó y dijo que no había venido con intenciones inquisitivas, pero el señor Leverett le mostró la casa.

En un momento se detuvo para dar una explicación: —He guardado la manta eléctrica y la tostadora. No me parece bien utilizar la electricidad para tareas menores.

De acuerdo con lo que el señor Scott pudo ver, el señor Leverett no había añadido nada al mobiliario de la casa excepto la mecedora y una importante colección de flechas indias.

El señor Scott debió de haber hablado de esa colección al llegar a su casa, pues una semana más tarde su hijo de nueve años le dijo:

-Eh, papá, ¿te acuerdas del hombre que conseguiste meter en la casa de la loma?

—El que alquiló la casa de la loma, querrás decir, mi querido Bobby.

-Bueno, subí a ver su colección de flechas. Papá, jes un encantador de serpientes!

Dios mío, pensó el señor Scott, yo ya sabía que iba a pasar algo imposible con ese Leverett. Sin duda le gustan las lomas porque atraen a las serpientes en los días de calor.

—Pero no encanta verdaderas serpientes, papá, sólo cables eléctricos. Después de mostrarme las flechas se agachó en el piso y movió las manos para adelante y para atrás. El cable empezó a moverse en el piso y de pronto se levantó derecho, como una cobra en una canasta. ¡Parecía cosa de fantasmas!

-Conozco el truco -le dijo el señor Scott a Bobby-. Hay un hilo muy delgado que tira del extremo de la cuerda.

—No vi ningún hilo, papá. —No se ve si es del mismo color que el fondo —explicó el señor Scott. De pronto se le ocurrió algo—: A propósito, ¿el otro extremo del cable estaba enchufado?

—¡Oh, si, papá! Me dijo que no poida hacerio si no había electricidad en el cable. Es realmente un encantador de electricidad. Lo llamé un encantador de serpientes porque parece más interesante. Luego salimos y encantó los cables de afuera y la electricidad le corrió por encima del cuerpo. Le corrió de un lado a otro.

-¿Pero cómo pudiste ver eso? -preguntó el señor Scott tratando de conservar la calma.

Imaginó al señor Leverett, de pie, seco y sereno, envuelto en brillantes serpientes azules de ojos de diamante y colmillos que centelleaban.

—La electricidad le puso duros los pelos, papá. Primero en un lado de la cabeza, y después en el otro. En seguida dijo: "Electricidad, arrástrate por mi pecho", y un pañuelo de seda que tenía en el bolsillo de arriba salió y se endureció en el aire. Oh, papá, fue algo tan magnifico como el Museo de la Ciencia y la Industria.

Al día siguiente, el señor Scott fue a la casa de la loma, pero no tuvo oportunidad de hacer las preguntas que llevaba preparadas, pues el señor Leverett lo recibió diciendo:

—El hijo de usted ya le habrá contado acerca de mi pequeña exhibición de magia. Me gustan los niños, señor Scott. Quiero decir, los buenos niñitos republicanos, como Bobby.

-Sí, sí, me ha contado --admitió el señor Scott, desarmado, y un poco confundido por esta fran-

-Por supuesto, sólo le mostré los trucos más fáciles. Cosas de chicos.

—Por supuesto —repitió el señor Scott—. Supongo que usó usted un hilo fino para hacer bailar el cable.

—Ah, usted conoce todos los secretos —dijo el señor Leverett con los ojos brillantes—. Pero vayamos al patio y sentémonos un recomente.

El zumbido era bastante alto aquel día. No obstante, al cabo de un rato el señor Scott se confesó a sí mismo que era realmente un sonido tranquilizante. Y había variaciones en el sonido, variaciones que nunca había imaginado: crujidos que subían, crepitaciones que se apagaban poco a poco, siseos, sibilós, chiridos, suspiros. Luego de escuchar un cierto tiempo, era probable que uno oyera voces.

El señor Leverett dijo, balanceándose:

—La electricidad me habla de su trabajo, de sus diversiones: bailes, cantos, ruidosos conciertos de banda, viajes a las estrellas, carreras en las que deja muy atrás a los cohetes. Preocupaciones, también. ¿Recuerda usted el día en que Nueva York se quedó sin corriente eléctricia? La electriciada me contó por qué. Los electrones neoyorquinos se volvieron locos, por exceso de trabajo me parece, y dejaron de correr. Pasó un tiempo antes que la electricidad pudiera mandar refuerzos para curar a los enfermos y conseguir que se movieran otra vez por la red de cobre. La electricidad teme que ocurra lo mismo en Chicago y San Francisco. La tensión es demasiado fuerte.

"A la electricidad le gusta trabajar para nosotros. Tiene buen corazón, y ama el trabajo. Pero le agradaría que le tuviésemos un poco más de consideración, y que prestáramos un poco más de atención a sus especiales problemas.

"Tiene que luchar, por ejemplo, contra sus hermanas salvajes: la electricidad desencadenada que estalla en las tormentas, vive en las cimas y desciende a cazar y a matar. No está aún civilizada, como la electricidad de los alambres, pero eso llegará un día.

"Pues la electricidad civilizada es una excelente maestra. Nos enseña cómo vivir limpios y unidos en un amor fraterno. Falta energía en un lado, allá corre la electricidad desde todas partes para llenar el vacio. Ayuda a Georgia tanto como a Vermont, a Los Angeles lo mismo que a Boston. Es patriótica también, y sólo revela sus secretos mayores a los verdaderos norteamericanos como Edison y Franklin. ¿Sabía sused

que mató a un sueco que intentó repetir esa experiencia de la cometa? Sí, la electricidad es la mayor fuerza del bien en todos los Estados Unidos.

El señor Scott, adormilado, pensó que el señor Leverett podía llegar a fundar un culto de la electricidad, tan bueno como el de la Ciencia del Espíritu o del hindú que se había suicidado con una carga de dinamita. Ya se imaginaba el patio atestado de fieles mientras Krishna Leverett -o quizá el Gran Electro Leverettrepartía sabiduría desde la mecedora, interpretando la voz de la electricidad. Pero sería mejor que no se lo sugiriera al señor Leverett. En la California del Sur esas cosas podían llegar a ser ciertas.

El señor Scott dejó la loma bastante aliviado, pero pensando en decirle a Bobby que no molestara más al señor Leverett. El anciano parecía bastante inofensivo, y sin

Pero el señor Scott no se aplicó la prohibición a si mismo. Durante los meses siguientes visitó regularmente la casa de la loma para recibir su dosis de "sabiduria eléctrica". Llegó a esperar con ansiedad las descansadoras y amenas visitas. El señor Leverett no hacía aparentemente otra cosa que pasarse las horas sentado en el patio, sereno y feliz. En verdad, era un buen ejemplo para todos

De cuando en cuando el señor Scott descubría aspectos divertidos en la excentricidad del señor Leverett. Por ejemplo: aunque a veces olvidaba las cuentas del gas y del agua, pagaba siempre puntualmente la electricidad y el te-

Y una vez el señor Scott leyó en el periódico que se habían producido fallas eléctricas en Los Angeles y en San Francisco. Divertido y un poco asombrado por esta coincidencia, el señor Scott decidió que podía sumar la adivinación del futuro al culto eléctrico que había imaginado para el señor Leverett. "La historia de su vida en los cables." Más novedoso, por lo menos, que las bolas de cristal o la iluminación divina.

Sin embargo, un día, como cuando había hablado por primera vez con el señor Scott, el señor Leverett dijo de nuevo algo ma-

—{Recuerda aquella historia del cable de cobre lanzado contra las líneas eléctricas? Se me ha ocurrido un método más simple. Bastaría con lanzar un chorro de agua con la manguera a esas lineas de alta tensión. Convendría en ese caso usar agua caliente y echar antes sal en el tanque.

El señor Scott pensó que había hecho bien en decirle a Bobby que no visitara la casa de la loma. Pero la mayor parte del tiem-

Pero la mayor parte del tiempo el señor Leverett parecía tranquilo y feliz.

Un día, el señor Scott advirtió un cambio brusco en el ánimo del señor Leverett, y recordó que una vez el viejo había dicho en

medio de un discurso intermina-

—A propósito, he sabido que la electricidad norteamericana recore el mundo entero, lo mismo que la electricidad de los teléfonos y las radios. Viaja a países extranjeros en baterías y condensadores. Corre por cables de Europa y de Asia, y hasta se infiltra a veces en territorio soviético, para vigilar a los comunistas, sin duda. Defensores eléctricos de la

El cambio ocurrió en la visita siguiente. El señor Leverett había dejado su mecedora y se paseaba por el patio tratando de mantenerse alejado del poste, aunque de cuando en cuando miraba rápidamente por encima del hombro los alambres oscuros y zumbantes.

—Me alegra mucho verlo, señor Scott. Me siento realmente perturbado. Será mejor sin duda que me confie a alguien. De ese modo si me pasa algo podrán avisar al FBI. Aunque no sé qué podrían bacer los del FBI.

"La electricidad me dijo esta mañana que ha organizado un movimiento mundial. Se atrevió a llamarlo así. Parece que ya hay electricidad rusa en nuestros cana en los cables soviéticos. Va de un lado a otro sin ninguna vergüenza. No tiene ninguna preferencia entre los Estados Unidos y Rusia. Sólo piensa en sí misma.

"Ya imagina usted cómo me dejó esta noticia. Podían haberme derrumbado con una flecha de

"Hay algo más. La electricidad está decidida a detener cualquier guerra importante, aunque fuese una guerra justa o en defensa de los Estados Unidos. No le importamos un comino. Pero no quiere que destruyamos sus líneas y sus centrales. Si alguien pretende apretar el botón que lanza los proyectiles atómicos, aquí o en Rusia, la electricidad lo matará en seguida.

"He parlamentado con la electricidad. Le dije que siempre había sido para mí una buena norteamericana. Le hablé de Franklin, de Edison. Al fin le ordené que volviera al buen camino, pero se rió entre dientes.

"Y luego me amenazó. Me dijo que si yo trataba de detenerla, si yo revelaba sus planes, llamaría a las hermanas salvajes de las montañas y entre todas me matarian. Señor Scott, vivo solo aquí y ahí está la electricidad junto a mi ventana. ¿Oué haré?

El señor Scott tuvo bastantes dificultades en calmar al señor Leverett, lo suficiente como para poder escaparse. Al fin le prometió que volvería al día siguiente, mientras se juraba a sí mismo que no se acercaría a la casa.

El trabajo del señor Scott se complicó todavía más cuando la electricidad del poste, que ese día había sido bastante ruidosa, se alzó en un rugido. El señor Leverett se volvió y dijo roncamente:

-¡Sí, ya oigo!

Aquella noche estalló una tormenta eléctrica —rara en el área de Los Angeles— acompañada por viento y lluvia. Palmeras, pinos y eucaliptos fueron arrancados de raiz, algunos terraplenes se derrumbaron, y un torrente corrió por las calles hacia el mar.

Los relámpagos eran particularmente violentos. Un centenar de ciudadanos, que no habían visto nunca nada parecido, llamaron a los cuarteles de la defensa civil para informar o preguntar acerca de posibles ataques atómicos.

Hubo varios accidentes extrafios. El señor Scott tuvo que ir a ver uno a la mañana siguiente, llamado por la policía. Había ocurrido en una casa que él había alguilado al difunto.

En la noche anterior, el señor Scott se había despertado cuando arreciaba la tormenta. En ese instante cayó un rayo enceguecedor como una lámpara de magnesio, y un trueno restalló sobre el techo como un látigo de un kilómetro de largo. El señor Scott recordó que la electricidad había amenazado al señor Leverett diciéndole que llamaría a las hermanas salvaies de las montañas.

Pero ahora, a la luz brillante de la mañana, decidió no hablarle de eso a la policía, ni citar tampoco las manías eléctricas del señor Leverett. Una historia semejante sólo serviría para complicar
las cosas, y daría aun más realidad a su propio miedo.

Cuando el señor Scott llegó al

lugar del accidente, todavía no habían tocado nada, ni siquiera el cadáver. Por supuesto, ya no había corriente en el pesado cable corroído que envolvía las piernas flacas del señor Leverett, cubiertas sólo por un pijama ennegrecido y quemado.

La policía y los técnicos reconstruyeron así el accidente. En el momento culminante de la tormenta una de las líneas de alta tensión se había partido a trescientos metros de la casa y el cabo suelto más próximo animado por el viento y su propia tensión había entrado por la ventana del dormitorio y se había enrollado en las piernas del señor Leverett, que en ese momento estaba levantado. El hombre había muerto

La reconstrucción no alcanzaba a explicar, sin embargo, ciertas circunstancias raras. El cable de alta tensión no sólo había entrado por la ventana sino que había atravesado también la puerta del dormitorio para alcanzar al viejo en el pasillo, y el cable brillante y negro del teléfono se había enrollado como un sarmiento alrededor del brazo derecho del viejo como para inmovilizarlo e impedirle que escapara al golpe de alta tensión.

Titulo original: The man who made friends with electricity, Traducción de G. L.

Ray Bradbury

CRÓNICAS MARCIANAS

Prólogo de Jorge Luis Borges

"El libro de un gran escritor... Una fascinante indagación transreal de la naturaleza humana." (La Nación)

"El enorme Ray Bradbury... Un sueño inmenso del que se demora en despertar. Un estilo de magia fantasmagórica." (Marcha)

En venta la tercera edición, revisada.

Un volumen de 246 págs. \$ 240.-Ediciones Minotauro, Alsina 500. Distribuidor exclusivo: Editorial Sudamericana, Humberto Iº 545, Buenos Aires.

Un clásico del tema "visitantes de otros mundos", seleccionado por

E. F. Bleiler v T. E. Dikty como uno de los mejores relatos de 1951.

LOS PATOS DE LAS ESTRELLAS

Bill Brown

ambulancia.

WARD RAFFERTY TENÍA UNA LAR-

ga y sensitiva nariz de cazador de

noticias, y tan pronto como vio

la vieja granja de los Alsop ol-

fateó un embuste. Ninguna tropa

de campesinos curiosos, ninguna

mes a un costado del camino, ba-

io la copa de un nogal, y duran-

te un momento examinó la es-

cena con esa eficiencia que lo

distinguía entre todos los perio-

distas del Times. La vieja casa

de los Alsop era una construcción

de dos plantas, de un color cas-

taño lavado por la intemperie,

con filigranas amarillas pintadas

alrededor de las ventanas y un

jardín invadido por las malezas.

Detrás había un granero, un co-

rral de gallinas y una cerca apun-

talada con tablas y caños. El por-

tón colgaba de una sola bisagra

y para abrirlo había que levan-

tarlo un poco. Rafferty entró y

subió los escalones evitando las

El señor Alsop salió a recibir-

tablas sueltas.

Rafferty dejó el coche del Ti-

Rafferty se echó hacia atrás el sombrero como hacía siempre antes de decir: "Rafferty, del Times." Tenía muchos lectores y a él le gustaba mirarles la cara en ese momento.

-¿Rafferty? -dijo Alsop, v Rafferty advirtió que el hombre no leía el Times.

-Sov periodista -dijo Rafferty-, Alguien telefoneó diciendo que había caído por aquí un ae-

El señor Alsop meneó lentamente la cabeza.

-No -dijo.

Rafferty comprendió que Alsop era un hombre que pensaba lentamente, de modo que le dio tiempo v lo clasificó como vanqui taciturno.

-Noooooooo -dijo otra vez el señor Alsop.

La puerta de alambre chilló y la señora Alsop salió al porche. Como el señor Alsop reflexionaba aún, Rafferty le repitió la información a la señora Alsop, pensando que parecía un poco

@ 1951, by Fantasy House, Inc.

lo en el porche.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

más despierta que su marido. Pero la señora Alsop meneó la cabeza y dijo en el mismo tono que el señor Alsop:

-Nooooooo.

Rafferty se volvió, con una mano en la barandilla, preparándose para descender.

—Ya me parecía que era una broma —dijo—. Es muy común. Alguien nos dijo que un aeroplano había caído esta mañana en el campo de ustedes, dejando una estela de fuego.

La cara se le iluminó a la se-

ñora Alsop.

-¡Ohhhhhhhh! -dijo-. Sí, pero no fue un accidente. Además no es realmente un aeroplano. No tiene alas.

Rafferty se detuvo con un pie suspendido sobre el primer escalón.

—¿Cómo dice? ¿Que bajó aquí un aeroplano? ¿Y no tenia alas? —Sí —dijo la señora Alsop—. Debe de estar todavía en el granero. Era de unas gentes que golpeaban hierro con un martillo.

Bueno, pensó Rafferty, quizá pueda llevarme aún una noticia.

—Oh, un helicóptero —dijo. La señora Alsop meneó la cabeza.

-No, creo que no. No tiene ninguno de esos ventiladores, Pero será mejor que vaya al granero usted mismo y mire. Muéstrale, Alfred. Y díle que no pise fuera de las tablas, pues hay mucho harro.

-Venga conmigo -dijo el señor Alsop animadamente-. Ten-

go ganas de ver otra vez el aparato.

Rafferty siguió al señor Alsop alrededor de la casa, pensando que había tropezado a menudo con gente rara, charlatanes y chiflados, imbéciles y locos, y que en estupidez pura los Alsop eran insuperables.

—Hay muchos pollitos este año—dipo el señor Alsop— Todos de buena raza. Minorcas. Me hice traer unos gallos y tengo ahora unos hermosos animales. ¿Pero cree usted que los pollos pueden criarse bien en una estrella, señor Rafferty?

Rafferty alzó involuntariamente los ojos al cielo y pisó el barro fuera de las tablas.

-¿En una qué?

 En una estrella. El señor
 Alsop había llegado a la puerta del granero y trataba de abrirla. Se atranca dijo.

Rafferty ayudó al señor Alsop empujando con el hombro y la puerta se deslizó a un costado. Rafferty miró adentro y supo en seguida que había allí una his-

El objeto parecía un globo gigantesco de plástico, aunque inflado sólo a medias: abovedado en la parte superior y con la parte chata apoyada en el piso cubierto de paja. Era sufficientemente pequeño como para poder pasar por la puerta. Había sido construido evidentemente de acuerdo con la idea que un ingenuo podía tener de una nave del espacio. Rafferty imaginó unos titulares en bodoni 36: Un granjero local construye un cohete para ir a la Luna.

-Señor Alsop -dijo Rafferty, esperanzado-, usted no construyó esta cosa, ¿no es cierto?

El señor Alsop se rió.

—Oh, no, no fui yo. No sería capaz. Es de unos amigos que vinieron dentro. Diablos, ni siquiera sería capaz de manejar el

Rafferty miró atentamente al señor Alsop y vio una cara muy

-¿Y quiénes son esos amigos?
-preguntó prudentemente.

"Bueno, parece gracioso —dijo el señor Alsop—, pero no lo sé muy bien. No hablan como se debe. No hablan nada. Sólo sabemos que se llaman como cuando uno golpea un hierro con un martillo.

Rafferty había estado dando vueltas alrededor del aparato, acercándose cada vez más. De pronto chocó con algo que no podía vez

-¡Ay! -gritó, y se frotó el to-

—Oh, me olvidé de avisarle, sefior Rafferty —dijo el señor Alsop—. Tienen una cosa ahf que no deja acercarse, como una pared invisible. Para que los chicos no molesten.

-Señor, Alsop, ¿dónde están ahora esos amigos suyos?

-Oh, ahí en la casa -dijo el señor Alsop-. Puede usted verlos si quiere. Pero me parece que le costará hablar con ellos. -¿Rusos? -preguntó Rafferty. -Oh, no, me parece que no. No tienen gorros de cosaco.

-Vamos a verlos --murmuró Rafferty, y cruzaron el patio barroso hacia la casa.

—Esta gente vino por primera vez hace unos seis años —dijo el señor Alsop—. Querían huevos. Quizá pensaban que podían criar pollos allá arriba. El viaje dura tres años. Los huevos se estropearon. De modo que dieron media vuelta y volvieron aquí, Esta vez les preparé una pequeña incubadora para que puedan criar los pollos en el viaje. —Se rió de pronto.— Ya veo mi pequeña incubadora allá arriba en el cielo, repleta de polítics.

Rafferty subió al porche de la cocina delante del señor Alsop y entró en la casa. El señor Alsop lo detuvo antes que llegaran al vestíbulo.

—Un momento, señor Rafferty. Mi mujer puede hablar con esta gente mejor que yo. Si quiere saber algo pregúnteselo a ella. La señora y mi mujer se entienden bastante bien.

-De acuerdo -dijo Rafferty.

Empujó suavemente al señor Alsop hacia el vestíbulo, decidido a entrar en el juego, haciéndose el tonto.

La señora Alsop estaba sentada en un sillón cerca de una estufa. Rafferty vio a los dos visitantes sentados juntos en el sofá. Movían delicadamente las antenas largas y flexibles, y tenían caras de lavanda, inexpresivas, como objetos de vidrio, y ojos redondos que parecían pintados.

Rafferty se tomó del marco de la puerta y miró otra vez. La señora Alsop se volvió ha-

La señora Alsop se volvió hacia él, sonriendo.

-Señor Rafferty -dijo-, estas son las personas que vinieron a vernos en ese aeroplano.

La señora Alsop alzó un dedo y los dos extraños inclinaron las antenas hacia ella.

—Este es el señor Rafferty —dijo la señora Alsop—. Es un periodista. Quería ver el aeroplano de ustedes.

Rafferty consiguió dominarse y saludar con un movimiento de cabeza y los extraños recogieron sus antenas y saludaron también cortésmente. La mujer se rascó el costado con la mano izquierda.

En el interior de la cabeza de Rafferty algo decía una y otra vez: no eres idiota, Rafferty, no eres idiota, y no te engañarán. Alguien prepara una campaña de publicidad, una campaña muy astuta, formidable, y quiere utilizarte. O si no, estás loco, o borracho, o soñando.

Trató de hablar con un tono

-¿Cómo me dijo usted que se llamaban, señora Alsop?

--Bueno, no lo sabemos --dijo la señora Alsop-. Ya ve usted que sólo pueden hacer dibujos. Mueven los cuernitos retorcidos hacia usted y piensan. Eso hace que usted piense también... las mismas cosas que ellos están pensando. Les pregunté cómo se llamaban y los dejé pensar. No vi más que la figura de un hombre que golpeaba un hierro en un yunque. De modo que sospecho que se llaman algo así como el Hombre-Que-Dobla-Hierro. Quizá es una especie de nombre indio.

Rafferty miró maliciosamente a la gente que doblaba hierro y a la señora Alsop.

-¿Cree usted -preguntó inocentemente- que también hablarían conmigo... o que pensarian para mí?

La señora Alsop pareció tur-

—Lo harían con mucho gusto, señor Rafferty. Pero es un poco difícil al principio. Difícil para uno, quiero decir.

-Haré la prueba -dijo Raf-

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Sostuvo la cerilla hasta que se quemó los dedos.

-Echela en el balde del carbón
-dijo la señora Alsop.

Rafferty tiró la cerilla en el balde del carbón.

-Pregúntele a esos mons... a esta gente de dónde vienen -dijo. La señora Alsop sonrió.

-Es una pregunta muy difícil. Ya lo pregunté antes, pero no vi un dibujo muy claro. Preguntaré de nuevo.

La señora Alsop alzó un dedo y los cuernos de las dos criaturas se inclinaron hacia adelante apuntando directamente a la cabeza de la mujer.

-Este joven -dijo la señora

Alsop en voz muy alta como si estuviese hablándole a un hombre duro de oído— quiere saber de dónde vienen ustedes.

El señor Alsop le dio un codazo a Rafferty.

-Alce un dedo cuando usted quiera que le respondan.

Rafferty se sintió como un completo idiota, pero alzó un dedo. La mujer del hombre que doblaba hierro inclinó las antenas, que apuntaron directamente a los ojos de Rafferty. Rafferty se apoyó involuntariamente en los marcos de la puerta. De pronto tuvo la impresión de que el cerebro se le ablandaba y que alguien se lo retorcía y lo amasaba y lo martillaba dándole una nueva forma. Se sintió ciego de terror. Estaba volando por el espacio, en un vacío blanco. Estrellas y meteoros desfilaban velozmente. Una estrella enorme, blanca y centelleante, brilló dentro de él un momento y luego desapareció. Rafferty sintió el cerebro libre otra vez, y descubrió que temblaba de pies a cabeza apoyado en los marcos. El cigarrillo se le consumía en el piso. La señora Alsop se inclinó v lo recogió.

-Tome su cigarrillo, señor Rafferty. ¿Le respondieron?

Rafferty estaba pálido.

—¡Señora Alsop! —dijo—. ¡Señora Alsop! ¡Es cierto! ¡Estas criaturas vienen realmente de algún lugar del espacio!

—Sí, han hecho un largo viaje —dijo la señora Alsop. —Sabe lo que eso significa?

-Rafferty sintió que se le quebraba la voz y trató de mantener la calma.— ¿Entiende usted que esto es lo más importante que haya ocurrido alguna vez en la historia del mundo? Sabe usted que... ¡Sí! ¡Es la noticia más formidable del mundo! Y yo la he descubierto, ¿entiende usted? -Rafferty chillaba ahora.— ¿Dónde está el teléfono?

—No tenemos teléfono —dijo la señora Alsop—. Hay uno en la estación de combustible. Pero esta gente se va dentro de pocos minutos. ¿Por qué no se queda y mira cómo suben? Ya tienen a bordo los huevos, la incubadora y el alimento para los pollos. —¡No!—gritió Rafferty, sofoca-

do... ¡No pueden irse tan prontol Escuche. Tengo que telefonear... ¡Necesito un fotógrafo!

La señora Alsop sonrió.

-Bueno, señor Rafferty, hemos tratado de que se queden, pero tienen que irse en un cierto momento. Tienen que alcanzar la marea o algo parecido.

-La luna -dijo el señor Alsop con aire de enterado-. La luna tiene que estar en el sitio justo.

La gente del espacio permanecia discretamente sentada, con las garras cruzadas en los regazos, y las antenas recogidas, como mostrando que no querían espiar las mentes de otras gentes.

Rafferty miró frenéticamente alrededor, buscando un teléfono aunque sabía que allí no había teléfono. Tenía que llamar a Joe Pegley, el jefe de redacción, pensó. Pero no, no. Estás borracho,

le diría Joe. Esta es la historia más formidable del mundo, seguia diciendo el cerebro de Rafferty. Es la historia más formidable del mundo y tú estás plantado aquí...

-¡Escuche, Alsop! -aulló Rafferty-. ¿Tiene usted una cámara fotográfica? Cualquier cámara. ¡Necesito una cámara!

—Oh, sí —dijo el señor Alsop—. Tengo una cámara muy buena. Es una cámara de cajón, pero saca fotografías hermosas. Le mostraré algunas que les saqué a los pollos el año pasado.

-¡No, no! ¡No quiero ver las fotografías! ¡Quiero la cámara!

El señor Alsop fue hacia la sala y Rafferty vio que buscaba encima del harmonio.

-¡Señor Alsop! -gritó Rafferty-. ¡Tengo que hacerles muchas

—Pregúnteles, pregúnteles —dijo la señora Alsop animadamente—. Ellos no se molestan.

¿Pero qué preguntarles a unas criaturas del espacio? Ya conocía sus nombres, pensó Rafferty. Ya sabía qué habían venido a buscar: huevos. Ya sabía de dónde venían...

La voz del señor Alsop llegó desde la sala:

-Ethel, ¿tú viste mi cámara? La señora Alsop suspiró.

-No, no la he visto. Tú la guardaste.

—Lástima —dijo el señor Alsop buscando aún— que no tenga película.

De pronto las gentes del espacios e miraron apuntándose con las antenas, durante un segundo, y poniéndose aparentemente de acuerdo, se incorporaron y fueron de un lado a otro por la habitación, rápidos como luciérnagas, tanto que Rafferty apenas alcanzaba a verlos. Cruzaron bruscamente la puerta y corrieron hacia el granero. "Dios, parecen insec-

tos!", alcanzó a pensar Rafferty. Salió de la casa y echó a correr hacia el granero, chapoteando en el barro y gritándoles a las criaturas que se detuvieran. Pero antes que hubiese cruzado la mitad del patio el brillante aparato plástico apareció en la puerta del granero, silbó ligeramente, y desapareció entre las nubes bajas.

Rafferty poco tenía que mirar ahora: un vapor que se alzaba del barro y un circulo de tierra quemada. Se dejó caer, sentándose en el barro, con una sensación de vacío en el estómago, diciéndose que la historia más formidable del mundo se había desvanecido en el aire. No había fotos, no había pruebas, no había pistoria. Repasó estúpidamente la información que había recogido: "El señor y la señora Hombrea."

Que-Dobla-Hierro..." ¡Smith! ¹ El Hombre-Que-Dobla-Hierro en un yunque. Por su-

puesto, Smith.

"El señor y la señora Smith visitaron el domingo la granja de Alfred Alsop. Se fueron a su casa en el sistema de Alfa del Centauro llevándose dos cestas de huevos."

Rafferty se incorporó y meneó la cabeza. Se quedó de pie en el barro y de pronto entornó los ojos. Era evidente que el cerebro de Rafferty se había puesto a trabajar, ese cerebro que siempre encontraba una noticia. Saltó hacia la casa.

-¡Alsop! -aulló-. ¿Esa gente no pagó por los huevos?

El señor Alsop estaba de pie sobre una silla frente al armario, buscando todavía la cámara. —Oh, sí —dijo—. Me pagaron,

en cierto modo.

-¡Muéstreme el dinero! -pi-

-Oh, no nos dieron dinero -dijo el señor Alsop-. No tenían dinero. Pero cuando estuvieron aquí hace seis años nos dejaron unos huevos en cambio.

-¡Hace seis años! -gimió Rafferty, y en seguida dio un salto-. ¡Huevos! ¿Qué clase de huevos? El señor Alsop rió entre dien-

+0

-Oh, no sé -dijo-. Nosotros los llamamos patos de las estrellas. Los huevos tenían forma de estrella. Los pusimos a empollar y viera usted cómo las puntas de la estrella molestaban a la pobre

El señor Alsop descendió lentamente de la silla.

-Pero los patos de las estrellas no valían gran cosa. Eran pare-

cidos a hipopótamos pequeños, y también a golondrinas. Aunque tenían seis patas. Sólo dos vivieron y nos los comimos un domingo.

El cerebro de Rafferty seguía trabajando, buscando esa prueba que podría convencer al jefe de redacción del periódico, que podría convencer al mundo.

Se inclinó hacia adelante.

-Señor Alsop -murmuró apenas-, ¿dónde puso usted los esqueletos de los patos de las estre-

El señor Alsop pareció perolejo.

-¿Los huesos? Le dimos los huesos al perro. Eso fue hace cinco años. El perro también se murió. Pero sé dónde están los huesos del perro.

Rafferty tomó su sombrero como un hombre en trance.

-Gracias, señor Alsop -dijo débilmente-. Gracias.

Salió al porche y se puso el sombrero. Se lo echó hacia atrás. Alzó los ojos hacia el cielo y se quedó así un rato, mirando, hasta que se sintió aturdido, como si él mismo estuviese subiendo en espiral, alejándose de la tierra como el cilindro giratorio de una barbería celestial.

El señor Alsop abrió la puerta y salió sacándole el polvo con la manga a una cámara fotográfica de cajón.

Oh, señor Rafferty -dijo-.
 Encontré la cámara. ◆

Título original: The star ducks. Traducción de M. Figueroa.

¹ Smith, herrero, en inglés.

Arthur C. Clarke nació en 1917 en Inglaterra y poco después de la segunda guerra mundial estudió en el Kings College de Londres matemática pura y aplicada, graduándose con los honores máximos. Miembro de la Sociedad Real Astronómica y presidente de la Sociedad Interplanetaria Británica, Clarke es acaso -entre los autores del género- quien ha examinado con mayor competencia y lucidez el futuro de los viajes por el espacio (léanse Preludio al espacio y La exploración del espacio, ambos publicados por Edhasa), la era de los satélites artificiales, la exploración de los planetas del sistema solar, y las posibilidades de las naves del espacio guiadas por hombres o por servomecanismos.

EN EL COMETA

Arthur C. Clarke

-No sé por oué grabo esto -DIjo lentamente George Takeo Pickett en el micrófono que flotaba ante él-. No hay ninguna posibilidad de que alguien lo escuche alguna vez. Parece que el cometa no nos llevará a las cercanías de la Tierra sino dentro de dos millones de años, en su próxima vuelta alrededor del Sol. Me pregunto si la humanidad existirá todavía, y si el cometa se aparecerá a nuestros descendientes con el mismo esplendor que se nos apareció a nosotros. Ouizá organizarán una expedición, como nosotros, para ver qué pueden encontrar. Y nos encontrarán a nosotros...

perfectas condiciones, aun luego de tantos años. Habrá combustible en los tanques, y quizá aire también, pues ante todo se nos terminará la comida. Pero no creo que esperemos a morirnos de hambre. Será más rápido abrir las esclusas y terminar así de una

"Cuando era niño leí un libro que contaba una exploración al polo y se llamaba Una invernada entre los hielos. Bien, así estamos ahora, rodeados de hielo, entre gigantescos témpanos porosos. El Challenger flota en medio de un racimo de témpanos que giran unos alrededor de otros, pero tan lentamente que es necesario mi-"Pues la nave estará todavía en rarlos varios minutos para advertir que se mueven. Pero ninguna expedición a los polos de la Tierra tuvo que afrontar un invierno parecido. Durante la mayor parte del viaje de dos millones de años la temperatura será de cuatrocientos cincuenta grados bajo cero. Estaremos tan lejos que el Sol no dará más calor que las estrellas. ¿Y quién ha tratado de calentarse las manos a la luz de Sirio en una noche fría de in-

Esta imagen absurda, que se le había ocurrido de pronto, le quitó el poco ánimo que tenía. No podía hablar de campos de nieve a la luz de la luna, de carillones de Navidad que tocaban en un país a ochenta millones de kilómetros. Se echó a llorar como un niño, destrozado por el recuerdo de las bellezas familiares y desatendidas de una Tierra que había perdido para siempre.

Y todo había empezado tan bien, en un clima de excitación v de aventura. Recordaba ahora (¿habían pasado sólo seis meses?) la primera vez que había salido a mirar el cometa, poco después que el joven Jimmy Randall, de dieciocho años, lo descubriera con su telescopio casero y enviara el famoso telegrama al observatorio de monte Stromlo. En aquel tiempo el cometa era sólo una niebla débil que se movía por la constelación de Eridanus, un poco al sur del ecuador. Había estado siempre muy lejos, detrás de Marte, deslizándose a lo largo de una órbita inmensamente alargada.

Cuando había brillado por última vez en los cielos de la Tierra, todavía no había hombres, y quizá no los hubiera tampoco cuando apareciese de nuevo. La raza cometa Randall por primera v quizá por última vez.

Al acercarse al Sol, el cometa creció, provectando chorros de vapor y de gas: el más pequeño era mayor que cien Tierras. Como un gigantesco gallardete que ondeaba en una brisa cósmica, la cola del cometa tenía ya sesenta millones de kilómetros de largo cuando pasó rozando la órbita de Marte. En ese momento los astrónomos comprendieron que éste sería el espectáculo celeste más extraordinario de todos los tiempos, muy superior al de la aparición del cometa Halley en 1986. Y en ese mismo momento los administradores de la Década Astrofísica Internacional decidieron enviar una nave de observación, el Challenger, en pos del astro, pues ésta era una ocasión que no se presentaría otra vez hasta el próximo milenio.

Durante semanas, en las horas que precedían al alba, el cometa se extendió en el cielo como una nueva Vía Láctea, pero mucho más brillante. A medida que se aproximaba al Sol, y sentía de nuevo los fuegos que había conocido por primera vez en el tiempo en que los mamuts sacudían la Tierra, manifestó una creciente actividad. Unas gotas de gas luminoso brotaron del núcleo en grandes abanicos que giraban como lentos reflectores en medio de las estrellas. La cola, ahora de ciento cincuenta millovidió en cintas y bandas entrecruzadas que cambiaban completamente de forma en el curso de una noche. Se alejaban siempre viento huracanado que soplaba nue desde el centro mismo del sistema solar.

Cuando le dijeron que partiría en el Challenger, George Pickett apenas se atrevió a creer en su suerte. Ningún periodista había tenido nunca una oportunidad semejante desde los tiempos de William Lawrence y la bomba atómica. Todo lo había favorecido, evidentemente: había estudiado ciencias, era soltero, tenía buena salud, pesaba menos de sesenta kilos, le habían quitado el apéndice. Había habido otros, seguramente, que tenían las mismas calificaciones. De cualquier modo, la envidia de estos ĥombres pronto se trasformaría en alivio.

Como la escasa capacidad de carga del Challenger no permitia transportar a un simple periodista, Pickett habia tenido que actuar en sus horas de ocio como segundo de a bordo. Esto significaba, en la práctica, la obligación de llevar el cuaderno de bitáco-a, servir de secretario al capitán, supervisar el movimiento de los almacenes. Era una suerte, pensaba a menudo, que en el mun-

do sin peso del espacio, bastaran tres horas de sueño de cada veinticuatro.

Para cumplir separadamente las dos tareas había tenido que recurrir a todo su tacto. Cuando no estaba escribiendo en la oficina, del tamaño de un armario, o examinando los miles de artículos de los almacenes, iba de un lado a otro por la nave con el magnetófono bajo el brazo. Había tenido la precaución de entrevistar, en un momento o en otro, a todos los hombres de ciencia que comandaban el Challenger. No todas las grabaciones habían sido transmitidas a la Tierra. Algunas habían sido demasiado técnicas, o demasiado incoherentes, y otras demasiado lo contrario. Pero por lo menos ninguno podía acusarlo de favoritismo, y nadie se había quejado de nadie. Aunque ahora todo eso importaba poco.

Se preguntó cómo sería la reacción del doctor Martens. El astrónomo había sido uno de los
entrevistados más difíciles, pero
también el que había proporcionado mayor información. Obedeciendo a un impulso repentino,
buscó la primera grabación de
Martens y la colocó en el aparato. Sabía que trataba así de escapar al presente, refugiándose en
el pasado, pero este relámpago de
lucidez tuvo como único efecto
hacerle esperar que la tentativa
tuviese éxito.

Guardaba aún un recuerdo vívido de aquella primera entrevista, pues el micrófono sin peso, que la corriente de aire de lo eventiladores movía ligeramente, lo había hipnotizado hasta el punto de hacerlo care en la incoherencia. Nadie lo hubiera sospechado, sin embargo. La voz de la grabación mostraba la misma seguridad profesional de costumbre.

Se encontraban a treinta millones de kilómetros detrás del cometa, pero seguían acercándose, rápidamente, cuando atrapó al doctor Martens en el observatorio y le hizo a boca de jarro la primera pregunta:

-Doctor Martens, ¿cuál es la naturaleza exacta del cometa Ran-

—Oh, algo bastante complejo—respondió el astrónomo—, y está cambiando continuamente a medida que nos alejamos del Sol. Pero la cola está compuesta principalmente por amoníaco, metano, bióxido de carbono, vapor de agua, cianógeno...

-¿Cianógeno? ¿No es un gas venenoso? ¿Qué ocurriría si la cola tocase la Tierra?

-Nada. Aunque sea todo un espectáculo para los ojos humanos, la cola de un cometa es principalmente vacío. Un volumen del tamaño de la Tierra contiene tan poco gas como el que cabe en una caja de fósforos.

—¿Y esa cantidad mínima es la causa de todo ese esplendor?

-Ocurre lo mismo con los gases raros de los anuncios eléctricos. La cola de un cometa brilla porque el Sol la bombardea con partículas eléctricas. Es un anuncio celeste cósmico. Un día, me temo, la gente que trabaja en publicidad descubrirá la triquiñuela y escribirá slogans en el cielo.

—Una perspectiva deprimente, aunque supongo que algunos hablarían de un triunfo de la ciencia aplicada. Pero dejemos la cola. ¿Cuándo entraremos en el corazón del cometa, lo que ustedes llaman el núcleo?

-Alcanzar algo que corre adelante siempre lleva tiempo. Pasarán dos semanas antes que entremos en el núcleo. Nos hundiremos primero más y más profundamente en la cola. Pero aunque el núcleo está aún a treinta millones de kilómetros de nosotros, va hemos aprendido bastante de él. Ante todo, es extremadamente pequeño. Tiene menos de ochenta kilómetros de diámetro. Y no es tampoco una masa sólida, sino, probablemente, un conjunto de miles de cuerpos pequeños que se mueven en una nube.

núcleo?

—Lo sabremos cuando estemos allí. Quizá sea mejor no correr riesgos y estudiarlo con ayuda de los telescopios desde una distancia de unos pocos miles de kilómetros. Pero, personalmente, me sentiré decepcionado si no entramos en el núcleo. ¿Usted no?

-¿Lograremos penetrar en el

Pickett apagó el aparato. Sí, Martens había tenido razón. Hubiese sido decepcionante, sobre todo porque no habían sospechado nada peligroso. En verdad el peligro no había venido del cometa, sino de la nave.

Habían navegado atravesando una tras otra las amplias cortinas de gas, increiblemente tenues, que el cometa emitía siempre mientras corría alejándose del Sol. No obstante, aun ahora, aunque se acercaban a las regiones más densas del núcleo, estaban realmente en un vacío casi perfecto. La niebla luminosa que había rodeado al Challenger durante tantos millones de kilómetros apenas oscurecía las estrellas, pero adelante, donde flotaba el núcleo del cometa, había una mancha brillante de luz difusa, que los atraía como un fuego fatuo.

Las turbulencias eléctricas que casi se desencadenaban ahora con una violencia cada vez mayor habían cortado las comunicaciones con la Tierra. Desde hacía unos días se limitaban a enviar mensajes de "sin novedad" en Morse. Cuando se apartaran del cometa para regresar a la Tierra, las comunicaciones volverían otra vez a la normalidad, pero por ahora estaban tan aislados como los exploradores terrestres en los días anteriores a la radio. Era un inconveniente, pero nada más. En realidad, Pickett sentía una cierta satisfacción. Tenía ahora más tiempo para dedicarse a sus tareas de segundo. Aunque el Challenger navegaba en el corazón de un cometa, en un viaje que ningún capitán hubiese podido sonar antes del siglo veinte, era ne-

cesario aún que alguien contara las provisiones y revisara los al-

Muy lenta y cuidadosamente, sondeando con el radar todo el espacio de alrededor, el Challenger se metió en el núcleo del cometa. Y allí se quedó... entre los hielos.

Whipple, de Harvard, ya habia sospechado la verdad allá por el año 1940, pero era difícil creerlo, aún ahora, con la prueba ante los ojos. El núcleo relativamente pequeño del cometa era una acumulación de témpanos, que flotaban y giraban en órbitas entrecruzadas. Pero no eran de un enceguecedor color blanco, ni estaban compuestos de agua como los témpanos de los mares polares. Tenían un color gris sucio, y eran muy porosos, como la nieve fundida a medias. Y estaban acribillados de bolsillos de metano y amoníaco helados que estallaban ocasionalmente en gigantescos chorros de gas cuando absorbían el calor del Sol. Era un espectáculo maravilloso que Pickett había admirado apenas, por falta de tiempo. Ahora el tiempo le sobraba.

Examinaba como de costumbre las provisiones del navio cuando tropezó con el desastre, aunque tardó en darse cuenta. Pues los víveres no habían sido hasta entonces un problema, y alcanzaban suficientemente para el viaje de regreso. Había verificado las existencias con sus propios ojos, y ahora bastaba con confirmar las desenvalentes de confirmar las c

cantidades en la sección del cerebro electrónico del navío reservada a estos cálculos, del tamaño de una cabeza de alfiler.

Cuando brillaron en la pantalla las primeras cifras disparatadas, Pickett pensó que se había equivocado al apretar los botones. Borró el resultado y metió otra vez en la computadora la tarieta de información.

60 cajas de carne en conserva embarcadas. 17 consumidas. Resto: 99999943.

Probó otra vez y otra, sin mejor resultado. Luego, un poco molesto, pero no alarmado, fue en busca del doctor Martens.

Encontró al astrónomo en la Cámara de Torturas, el gimnasio minúsculo que los diseñadores habían metido entre el depósito de herramientas y el tanque principal de combustible. Todos los miembros de la tripulación tenían que hacer ejercicios allí, una hora por día, para evitar que los músculos perdieran elasticidad en ese medio sin peso. Martens luchaba con un poderoso sistema de resortes, apretando torvamente los dientes. La cara se le ensombreció todavía más cuando oyó el informe de Pickett.

Bastaron algunas pruebas en el tablero principal.

 La computadora ha enloquecido dijo Martens
 Ni siquiera es capaz de sumar o restar.

-¡Pero podemos arreglarla! Martens meneó la cabeza. Había perdido todo su aire de tremenda seguridad. Parecía ahora, se dijo Pickett, un muñeco de go-

—Ni siquiera los constructores serían capaces. Es una masa sólida de microcircuitos tan apretados como las células de un cerebro humano. Las unidades de la memoria operan aún, pero la calculadora no sirve para nada. No calcula, mezcla los números.

–¿Y qué significa eso para nosotros?

—La muerte —respondió Martens secamente—. Sin la computadora estamos perdidos. Es imposible calcular una órbita que nos lleve de vuelta a la Tierra. Un ejército de matemáticos tardaría semanas.

-¡Es ridículo! La nave está en perfectas condiciones, tenemos comida y combustible, y usted dice que moriremos sólo porque no podemos hacer unas pocas sumas.

-¡Unas pocas sumas! -replicó
partens con algo de su viejo esprirtu-. Un cambio importante
de trayectoria, como el que necesitamos para alejarnos del cometa y situarnos en una órbita
que nos lleve a casa implica un centenar de miles de cálculos. La
computadora misma necesita varios minutos para llevar a cabo
esa tarea.

Pickett no era un matemático, pero sabía bastante de astronáutica como para entender la situación. Una nave que navegaba por el espacio estaba sometida a la influencia de muchos cuerpos celestes. La fuerza principal era la gravedad del Sol, que mantenía a todos los planetas firmemente encadenados a sus órbitas. Pero los planetas mismos tironeaban hacia aquí y hacia allá, aunque con una fuerza mucho más débil. Tener en cuenta todas esas atracciones contradictorias -y sobre todo aprovecharlas para alcanzar en el momento justo una meta prevista a millones de kilómetros de distancia- era un problema de fantástica complejidad. Entendía la desesperación de Martens. Ningún hombre puede trabajar sin las herramientas propias de su oficio, y no había ningún oficio que necesitase herramientas más complejas.

Aun luego del anuncio del capitán, y de la primera conferencia de emergencia en la que todos los tripulantes discutieron la situación, pasaron horas antes que los hechos cobraran toda su realidad. Estaban sentenciados a muerte, pero tenían aún demasiados meses por delante. Y el espectáculo era todavía espléndi-

dó...
Más allá de las nieblas luminosas que envolvían la nave, y que serían un panteón celeste hasta el fin de los tiempos, podía verse el lampadario de Júpiter, más brillante que todas las estrellas. Algunos hombres estarían quizá con vida, si los otros estandispuestos a sacrificarse a sí mismos, cuando la nave dejara atrás el mayor de los hijos del Sol. ¿Valdría la pena vivir algunas semanas más, se preguntaba Pickett, para observar a simple

vista lo que Galileo había observado con su telescopio primitivo hacía cuatro siglos: los satélites de Júpiter que avanzaban y retrocedían como abalorios deslizándose a lo largo de un hilo invisible?

Abalorios en un hilo. Un olvidado recuerdo de la infancia estalló en el subconsciente de Pickett. Debía de estar luchando desde hacía días por salir a luz.

-¡No! -exclamó-. Es ridículo. ¡Se reirán de mí!

¿Pero qué importaba eso en verdad? No había nada que perder. Por lo menos mantendría ocupados a todos mientras se acababan la comida y el oxígeno. Una esperanza muy débil era mejor que ninguna...

Dejó de juguetear con los botones del aparato grabador. El humor melancólico habia quedado atrás. Se libró de la red elástica que lo retenía a su asiento y se encaminó al depósito de herramientas donde encontraría el material necesario.

—Si esto es una broma, no me parece graciosa —dijo el doctor Martens tres días más tarde, mirando desdeñosamente la frágil estructura de madera y alambre que Pickett tenía en la mano.

—Ya sabía yo que usted reaccionaría así —replicó Pickett dominándose— Pero, por favor, escúcheme un minuto. Mi abuela era japonesa, y hace muchos años me contó una historia que yo olvidé completamente hasta esta semana. Creo que puede salvarnos la vida.

EN EL COMETA

"Poco tiempo después de la segunda guerra mundial hubo un torneo entre un norteamericano con una calculadora eléctrica de mesa y un japonés con un ábaco como este. Ganó el ábaco.

-La calculadora debe de haber sido bastante primitiva, o el operador muy incompetente.

-Emplearon la mejor máquina del ejército norteamericano. Pero no discutamos más. Hagamos una prueba. Una multiplicación, por ejemplo. Deme un par de números de tres cifras.

-Este... 856 por 437.

Los dedos de Pickett bailaron sobre las cuentas, deslizándose hacia arriba y abajo por los alambres con asombrosa velocidad. Había doce alambres en total, de modo que el ábaco podía operar con números altos —hasta el 999,999,999,999— o podía ser dividido en secciones separadas cuando era necesario sacar varios cálculos a la vez.

-374.072 -dijo Pickett al cabo de un tiempo increíblemente corto-. Ahora veamos cuánto tarda usted con papel y lápiz.

Pasó un tiempo mucho más largo antes que Martens —malo en aritmética como casi todos los matemáticos— anunciara:

-375.07

Una verificación rápida confirmó que Martens había tardado por lo menos tres veces más que Pickett y había obtenido un resultado erróneo.

El rostro del astrónomo era todo un estudio de distintas expresiones: decepción, asombro, curio-

-¿Dónde aprendió ese truco?
-preguntó-. Yo pensaba que estos aparatos sólo podían sumar
y restar.

-Bueno... una multiplicación es sólo una suma repetida, ¿no es cierto? Todo lo que hice fue sumar 856 siete veces en la columna de las unidades, tres veces en la columna de las decenas, y cuatro veces en la columna de las centenas. Lo mismo que cuando usted utiliza lápiz y papel. Por supuesto, hay procedimientos para abreviar las operaciones, pero si usted cree que yo soy rápido tendría que haber visto a mi tío abuelo. Trabajaba en un banco de Yokohama y a veces uno apenas podía verle los dedos. Me enseñó algunos trucos, pero han pasado veinte años y los he olvidado. He practicado sólo un par de días, de modo que todavía soy lento. De cualquier modo habrá visto usted que mi idea no es disparatada.

-Sí, realmente, estoy muy sorprendido. ¿Es posible dividir con la misma rapidez?

—Sí, prácticamente, cuando el operador tiene bastante experiencia.

Martens tomó el ábaco y movió las cuentas hacia adelante y hacia atrás. Luego suspiró.

—Ingenioso, pero no nos servirá de nada. Aunque sea diez veces más rápido que un hombre con lápiz y papel, y esto es ya bastante, la velocidad de la calculadora era un millón de veces

He pensado en eso –replicó
 Pickett, un poco impaciente.

Martens, pensó, era un debilucho. Se daba por vencido en seguida. ¿Cómo creía que se las habían arreglado los astrónomos cien años antes, cuando no había computadoras?

—He aquí mi propuesta —continuó en voz alta—. Dígame si advierte usted alguna falla en mi

plan...

Expuso el plan con ardor y precisión. La cara de Martens fue distendiéndose y al fin estalló en una carcajada, la primera que se oía desde hacía días a bordo del Challenger.

—Quiero verle la cara al capitán —dijo el astrónomo— cuando usted le anuncie que volveremos todos al cuarto de los niños a jugar con abalorios.

El escepticismo inicial se borró tan pronto como Pickett hizo alqunas demostraciones. Para hombres que habían crecido en el mundo de la electrónica, el hecho de que una simple estructura de alambre y cuentas pudiera realizar esos aparentes milagros era toda una revelación. Era también un desafío, y como estaban en juego las vidas de todos, respondieron con entusiasmo.

Tan pronto como el equipo de ingenieros hubo construido unas copias mejoradas del tosco proto-

tipo de Pickett, comenzaron las clases. Bastaron unos minutos para explicar los principios básicos. La práctica, en cambio, requería tiempo: horas y horas de ejercicios hasta que los dedos volaron automáticamente por los alambres moviendo las cuentas a las posiciones adecuadas sin intervención del pensamiento consciente. Hubo algunos miembros de la tripulación que no consiguieron adquirir ni rapidez ni precisión, aun luego de toda una semana de ejercicios. Pero otros dejaron atrás muy pronto al mismo Pickett.

Soñaban con columnas de cifras y manipulaban el ábaco mientras dormían. Tan pronto como superaron la primera etapa fueron divididos en equipos que competían fieramente unos con otros por alcanzar mayor eficiencia. Al fin hubo hombres a bordo del Challenger capaces de multiplicar dos números de cuatro cifras en quince segundos y seguir así durante horas.

Era un trabajo mecánico: requería habilidad pero no inteligencia. La única tarea realmente difícil era la de Martens, y nadie podía ayudarlo. Martens tenía que olvidar todas las técnicas babatos de máquinas a las que estaba habituado y reordenar los cálculos de modo que un equipo de hombres —que ignoraban el significado de aquellas cifrapudiera trabajar con ellos automáticamente. Tenía que proporcionarles los datos básicos, y ellos

llevaban adelante el programa previsto. Al cabo de unas pocas horas de paciente trabajo rutinario el resultado emergía en el extremo de una cadena de producción matemática... si no se había cometido ningún error. Para evitar este peligro, dos equi-pos trabajaban independientemente, confrontando de cuando en cuando los resultados.

-Hemos inventado una com-

putadora que emplea seres humanos en vez de circuitos electrónicos —dijo Pickett en el micrófono del grabador cuando tuvo tiempo de pensar en posibles oyentes—. Es unos pocos miles de veces más lenta, no puede manejar muchos dígitos, y se cansa con facilidad, pero está haciendo el trabajo. No el de establecer toda una trayectoria hasta la Tierra, eso sería demasiado complicado. Basta con que encontremos una órbita que nos lleve a una zona accesible a las ondas de radio. Una vez que

escapemos a las interferencias eléctricas de alrededor, podremos transmitir por radio nuestra posición y los grandes cerebros electrónicos de la Tierra nos dirán lo que debemos hacer.

"Ya nos hemos apartado del cometa y no nos alejamos más del sistema solar. Nuestra nueva órbita coincide con los cálculos previos dentro de los límites previsibles. Nos encontramos dentro de la cola del cometa, pero el núcleo está ahora a varios millones de kilómetros de distancia y y a no vemos esos témpanos de amoníaco. Se alejan rápidamente hacia las estrellas hundiéndose en la noche helada, entre los soles, mientras nosotros regresamos...

"Hola, Tierra. Hola, Tierra. Aquí el Challenger. Aquí el Challenger. Respondan cuando oigan nuestras señales. Es necesario que se encarguen ustedes de nuestros ejercicios de aritmética... antes que se nos despellejen los dedos.

Título original: Inside the comet. Traducción de M. Figueroa.

Aviso a los aficionados

Los amigos lectores que deseen comunicarse con otros aficiónados al género pueden escribir al Club Argentino de Ficción Científica (casilla de Correo 3869, Correo Central, Buenos Aires) y al Club de Fantasía y Ciencia-Ficción (calle 2, Nº 270 depto. 2, La Plata). "Cuando muere un miserable no aparece ningún cometa, pero los cielos proclaman la muerte de los principes", escribió William Shakespeare. De acuerdo con la opinión de algunos astrómomos los cometas se forman mientras el sol atraviesa las nubes de polvo cósmico, interestelar. La atracción solar une entonces las partículas de polvo en un haz que se confunde con el eje de la trayectoria del astro. La densidad del haz—mucho más alta que la de la nube de polvo—mantiene cierta cohesión entre las partículas, que se agrupan en nucleos. Estos carian siempre en el sol si la atracción de los planetas no los desviaran ligeramente. Según esta teoría los cometas serian nubes relativamente densas de polvo, y las diminutus partículas al chocar entre si emitirian gases voldities: la cola o cabellera del cometa.

Isaac Asimov, y Arthur C. Clarke en el relato que se publica en este mismo número, opinan como Whipple que los cometas no son nubes de polvo sino conglomerados de gases helados. La diferencia es importante, y no sólo para el conocimiento de la naturaleza del universo sino también para el futuro de los largos viajes a las estrellas. Quizá no sea necesario recurrir a los dispositivos que alteran el continuo

espacio-tiempo, y podamos ir caminando.

ESCALONES A LAS ESTRELLAS

Isaac Asimov

HAY ALGO DE ESENCIALMENTE INsatisfactorio para mí en la conquista del sistema solar, que parece estar ya al alcance de la mano. Sabemos demasiado acerca de las cosas que encontraremos, y para los aficionados a la cienciaficción, para mí, para el bondadoso editor de esta revista, para todos nosotros, lo que encontraremos no es bastante. Al fin y al cabo, excepto algo parecido al musgo en Marte, los otros mundos del sistema solar son todos estériles (si no tropezamos con un milagro muy inesperado).

Si, por supuesto, aprenderemos muchas cosas. Mientras alcanzamos esos mundos estériles, desarrollaremos valiosas aleaciones, nuevos plásticos, nuevos combus-

© 1960, by Mercury Press, Inc.

tibles. Inventaremos técnicas útiles de miniaturización, automatización, y computación. No deseo quitar importancia a ninguno de esos adelantos.

Pero... No, no habrá princesas marcianas, ni amenazas tentaculares, ni seres de naturaleza energética sobrehumanamente inteligentes, ni monstruos horribles que podamos exhibir en nuestros jardines zoológicos. No, no habrá tampoco ningún romance.

Para que los viajes por el espacio sean realmente provechosos, tenemos que llegar a las estrellas. Tenemos que descubrir los planetas que giran posiblemente alrededor de otros soles, llevando con ellos todo un complemento (esperamos) de amigos y enemigos, de superhombres y de mons-

¿Pero cómo llegar a las estrellas? La Luna está ahí a nuestras puertas, y Marte poco más allá del umbral, pero el camino a las estrellas es realmente largo. La luna se acerca a veces a una distancia de 350.000 kilómetros de la Tierra, y Marte a una distancia de 57.000.000 de kilómetros. Aun Plutón, el más distante de los planetas conocidos, no se aleja de nosotros más de 7.500.000.000 de kilómetros. Por otra parte, el sistema de Alpha Centauri, que incluye las estrellas más cercanas a nosotros, está a una distancia de 40.000.000.000.000 de kilómetros.

En otras palabras, cuando hayamos llegado a los bordes extremos del sistema solar no ha-

bremos cubierto sino una 1/5.000 parte de la distancia que nos separa de la estrella más cercana.

En las historias de anticipación tropezamos con muchos modos de salvar este abismo, desde naves del espacio gigantes, tripuladas por generaciones sucesivas, a impulsores hiperespaciales y a la dilatación del tiempo.

Sin embargo, en este artículo seré prosaico. Sugeriré sólo que sería conveniente que hubiese escalones entre Plutón y las estrellas, que nos servirían para tomar aliento, para detenernos y descansar del largo viaje.

Y habiendo dicho esto, puedo sonreir animadamente y añadir que hay buenas razones para creer que esos escalones existen. No me refiero a posibles estrellas oscuras entre nosotros y Alpha Centauri, o a posibles planetas transplutonianos.

Hablo aquí de una cadena de planetoides que giraría alrededor del Sol, más allá de la órbita de Plutón, con un halo oscuro.

Para contar la historia de estos planetoides comenzaré, como es mi costumbre, por el comienzo. En este caso el comienzo comprende a los cometas.

MENSA JEROS DE DESASTRES

Hasta hace muy poco los cometas eran considerados mensajeros de desastres, y con razón.

Al fin y al cabo los cielos son, en su mayor parte, un escenario inmóvil y tranquilo, o, por lo menos, de cambios majestuosamente periódicos. El sol se levanta y se pone, la luna pasa por sus fases, las estrellas "fijas" mantienen exactamente sus posiciones de generación en generación, y los planetas se pasean entre ellas en trayectorias complicadas pero

previsibles.
Todo está bien. Todo es pací-

De pronto, apresurado, saliendo aparentemente de la nada, llega un cometa. No se parece a ningún otro objeto celeste. Un borrón de luz, la "coma", envuelve a un núcleo brillante como una estrella, y atrás o adelante una extensión de la coma, una cola arqueada que puede cubrir la mitad del cielo. Habiendo salido de la nada, el cometa se desvanece al fin en la nada. Aparentemente, no hay modo de predecir sus idas y venidas, y lo único que puede decirse es que ha perturbado la paz y la serenidad de los cielos.

Esto es en sí mismo bastante inquietante. Afiádase esa forma rara. Un cometa parece una loca que corre por el cielo con un frenssí histérico, con los cabellos sueltos al viento. La palabra cometa procede del griego, kometes: de larga cabellera.

Naturalmente, cualquier hombre sensible ha de pensar que una aparición tan terrible y repentina sólo pudo haber sido enviada por un dios para anunciar a la humanidad un desastre. Además, como está en la naturaleza de la

vida y de la humanidad que todos los años haya un desastre, la teoría pareció siempre indiscutible. A la llegada de un cometa sigue invariablemente un desastre. Antes de un año estallará una guerra, o las plagas o el hambre asolarán alguna región del mundo, o habrá alguna catástrofe mayor.

El último cometa espectacular se mostró en 1910, y alguna gente llegó a creer que se aproximaba el fin del mundo. (El cometa anunció también, por supuesto, la muerte de Mark Twain, el hundimiento del Titanic, la primera guerra mundial, y toda una serie de catástrofes.)

Bien, portento o no portento, ¿cuál es la naturaleza de un cometa? Aristóteles, y los pensadores antiguos y medievales que siguieron sus huellas, creían que los cielos eran perfectos y no sufrían cambios. Como los cometas iban y venían, teniendo en apariencia un principio y un fin, distinguiéndose así de las estrellas y planetas, eran por lo tanto imperfectos y estaban sujetos a cambio. No podían, pues, ser parte de los cielos. Pertenecían al orden de los fenómenos atmosféricos, exhalaciones de aire corrupto y parte, por lo tanto, de la Tierra pútrida y miserable.

Esta noción no fue destruida hasta 1577. El astrónomo danés Tycho Brahe quiso medir el paralaje de un brillante cometa que había aparecido ese año, situando su posición entre las estrellas tal como se lo veía desde su propio observatorio en Dinamarca y desde otro observatorio en Praga. El paralaje, comprobó, era demasiado pequeño. Esto no es sorprendente, considerando la escasa distancia que separa a Dinamarca de Praga (unos ochocientos kilómetros) y el hecho de que aún no se había inventado el telescopio. Sin embargo, si el cometa hubiese estado a menos de 950.000 kilómetros de la Tierra, el paralaje habría podido medirse. Tycho concluyó, por lo tanto, que el cometa tenía que estar por lo menos a una distancia tres veces superior a la que separa la Luna de la Tierra. El cometa era, pues, parte de los cielos, y Aris-

Aun considerados como parte de los cielos y no de la Tierra los cometas continuaron siendo un factor de perturbación. No se acomodaban a ningún sistema. Cuando Copérnico puso el Sol en el centro del sistema solar y Kepler convirtió las órbitas planetarias en elipses, los planetas emperaron a ocupar apropiadamente su sitio, pero no los cometas. Seguian viniendo de la nada, se desvanecían en la nada, y no se sujetaban a las leyes del reino del Sol

Algo más tarde Newton enunciaba sus leyes de la gravitación, las que explicaban tan claramente los movimientos planetarios. ¿Podían explicar también los movimientos de los cometas?

En el año 1704, Edmund Hal-

ley, un buen amigo de Newton, comenzó a trazar las órbitas de distintos cometas observados en algún momento de la historia, con el propósito de averiguar si los movimientos de estos cuerpos se adecuaban a los requerimientos de la matemática de la gravitación.

Halley estudió veinticuatro cometas. La mejor información concernía al cometa de 1682, que él mismo había observado. Al trazar la órbita de este cometa, Halley notó que pasaba por la mismas regiones del cielo en las que había aparecido el cometa de 1607, setenta y cinco años antes, y el cometa de 1581, setenta y seis años antes. Hurgando en el pasado descubrió registros de un cometa que había cruzado el cielo terrestre en 1456, setenta y cinco años todavía más atrás.

¿Era posible que un mismo come la regresara a intervalos regulares de alrededor de setenta y cinco años, recorriendo una órbita elfptica tan excéntrica que el extremo más apartado estuviese mucho más allá de la órbita de Saturno, entonces el planeta conocido más lejano?

Halley opinó que así era, y predijo consecuentemente que el cometa de 1682 reaparecería en 1758.

Halley sabía, y no podía dejar de sentirse frustrado, que no viviría tanto como para asistir a la verificación o al derrumbe de su teoría. Hubiese tenido que vivir para eso 102 años. Hizo todo lo que pudo, viviendo hasta los 85, pero eso no fue bastante.

La noche de Navidad de 1758 se avistó un cometa, que recorrió el cielo en las primeras semanas de 1759. El cometa había vuelto realmente y se le dio el nombre de cometa Halley el que apareció en el cielo en 1910.

La prueba de la teoría de Halley causó una conmoción. Los cometas, o por lo menos un cometa, habían quedado reducidos a lugares comunes, a miembros del sistema solar respetuosos de las leyes. Desde entonces se trazaron las órbitas de muchos otros cometas. Y ahora, al fin, ya no hay razones lógicas para suponer que los cometas son mensajeros de desastres, enviados por los dioses. Lo que no impedirá, por cierto, que muchas gentes anuncien de nuevo el fin del mundo cuando aparezca otro cometa im-

HIELOS EN EL ESPACIO

Los cometas son, pues, miembros comunes del sistema solar, sujetos a las mismas leyes de movimiento que los tranquilos planetas, pero ¿qué hay en ellos? Bueno, no mucho.

La atracción planetaria ha alterado frecuentemente las órbitas de los cometas mientras estos cruzaban el sistema solar. (Tales perturbaciones hacen difícil señalar con precisión el tiempo en que regresará un cometa.) La

atracción gravitatoria de un cometa, en cambio, no ha modificado nunca, de un modo perceptible, una órbita planetaria. El cometa de 1779 atravesó el sistema de satélites de Júpiter sin afectarlo de ningún modo.

La conclusión obvia es que a pesar de sus gigantescos volúmenes —y algunos opinan que son realmente más voluminosos que el sol— estos cuerpos tienen masas muy pequeñas. La masa de un cometa de gran tamaño no puede ser mayor que la de un planetoide mediano.

Si esto es así, la densidad de un cometa tiene que ser extremadamente baja, más baja que la densidad de la atmósfera terrestre. Esto está demostrado por el hecho de que las estrellas pueden verse claramente a través de la cola de un cometa. La Tierra pasó en 1910 a través de la cola del cometa Halley sin advertirse ningún efecto. En realidad, el cometa de Halley pasó entre la Tierra y el Sol, y el Sol continuó brillando como si el cometa fuese un vacío.

El profesor Fred Whipple, de la Universidad de Harvard, enunció hace algunos años una teoría —hoy ya ampliamente aceptada—acerca de la composición de los cometas que explica todo esto. Los cometas, supone Whipple, son principalmente "hielo", es decir, sólidos que se funden a bajas temperaturas como agua, metano, bióxido de carbono, amoníaco, etcétera. Lejos del Sol estas sus-

tancias son realmente sólidas, y el planeta es un cuerpo pequeño y compacto. A medida que se acerca al Sol, sin embargo, algunos de los "hiclos" se evaporan, y el polvo y el gas que se forman entonces son alejados del Sol por la presión de las radiaciones so-

La cola de un cometa, en verdad (como se observó por primera vez en 1531), siempre apunta en dirección contraria al Sol. Se extiende detrás del núcleo cuando el cuerpo se aleja del Sol. Además, cuanto más cerca esté del Sol, más larga es la cola.

La atmósfera que se forma cuando se evaporan los "hielos", y que la presión de las radiaciones solares aleja del núcleo, no es tanta como pudiera pensarse. Los "hielos" mismos son pobres conductores de calor, y los cometas permanecen en las cercanías del Sol un tiempo relativamente corto. Casi todos se retiran aprovimadamente intactos.

Sin embargo, los cometas pierden en cada vuelta algo de su sustancia. Todo lo que pasa a la cola se desvanece en el espacio y no vuelve nunca. Algumas docenas de visitas a las proximidades del Sol bastan probablemente para destruir un cometa. Aun un cometa que vuelve sólo una vez por siglo no puede durar más que unos pocos miles de años. La raza humana debe de haber asistido, por lo tanto, a la reducción y muerte de muchos cometas.

Cuando el cometa de Halley

reapareció en 1910 decepcionó a los observadores. Era muy pálido comparado con las descripciones previas. La aparición de 1986 será sin duda aún más decepcionante. El Halley agoniza.

Y hubo cometas que murieron mientras los hombres los miraban. El ejemplo más conocido es el del cometa Biela, descubierto en 1772 por el astrónomo alemán Wilhem von Biela. Tenía un período de unos 6,6 años y fue observado en muchos de sus retornos. En 1846 se descubrió que el núcleo se había partido en dos. En 1852 las partes se habían separado más. Y el Biela ya no apareció. Había muerto.

UN DEPÓSITO DE COMETAS

Pero esto no es el fin de la historia. Junto con los cometas viaja un grupo de meteoritos. Lo sabemos porque en 1872 el cometa Biela hubiese pasado muy cerca de la Tierra si hubiese existido aun un cometa Biela. No lo había, pero ese año cayó sobre nosotros una lluvia de meteoros que venían del lugar donde debía de haber estado el cometa Biela.

Entre los "hielos" del cometa flota aparentemente un gran número de guijarros de metal y silicatos. Cuando los "hielos" desaparecen, los guijarros se alejan unos de otros. Los meteoritos y micrometeoritos que hoy se encuentran en el espacio pueden ser los fantasmas de cometas muertos hace mucho tiempo.

Si los cometas tienen vidas tan cortas y son aun tan númerosos (se descubren varios todos los años), a pesar de que el sistema solar existe desde hace cinco mil millones de años, es evidente que hay en alguna parte un depósito de cometas. ¿De dónde vienen?

Lo primero que se nos ocurre es decir que vienen del espacio interestelar. Deben de ser cuerpos errantes entre las estrellas. Algunos entran ocasionalmente en el campo gravitatorio del Sol, bordean sus limites y se van para siempre. Otros son capturados por los planetas y se convierten en cometas periodicos, condenados a una muerte rápida.

Hay un par de argumentos contra esta posibilidad. Ante todo, un número tan grande de
inmigrantes interestelares en el
sistema solar significa que el espacio interestelare está atestado de
cometas, lo que no es verosímil.
Además, en ese caso la mayor
parte de los cometas entraría por
el lado hacia el que viaja el Sol.
No ocurre así. Los cometas vienen de todas las difrecciones.

Por otra parte, si los cometas entraran casualmente desde el espacio exterior, algunos de ellos tendrían órbitas claramente hiperbólicas (como una horquilla muy abierta). Nunca se ha observado ningún cometa con una órbita claramente hiperbólica.

Una posibilidad más lógica, por lo tanto, es suponer que la fuente de los cometas es un conglomerado local atado al Sol. Hace al-

gunos años se sugirió que esta reserva local podía ser un casco de planetoides de "hielo" situada de un año a dos años luz del Sol en todas las direcciones.

Es fácil comprender la existencia de este casco. Si el sistema solar fue en un principio una vasta y turbulenta nube de polvo y gas de algunos años luz de diámetro, los planetas y el Sol mismo tienen que haberse formado a medida que esta nube giraba v se contraía. En los bordes de la nube original, sin embargo, la baja densidad impidió que se formaran planetas, pero, en cambio, debieron de aparecer allí numerosas concentraciones locales. Como en esa lejana región la temperatura ha estado siempre cerca del cero absoluto, durante millones de años, aun la débil atracción de los planetoides pudo haber retenido los "hielos" que componían gran parte de la nube original. (Más cerca del Sol, la mayor temperatura impidió que aun un cuerpo del tamaño de la Tierra no pudiera retener su provisión de "hielos".)

Según algunas estimaciones este caso de "planetoides cometarios" contiene 100.000.000.000 de individuos, con una masa total equivalente a un centésimo o aun a un décimo de la masa de la Tierra. El planetoide cometario medio debe de tener, pues, una masa que varia entre los 600.000.000 y los 6.000.000.000 de toneladas. Si suponemos que la densidad de estos planetoides es igual a la del

hielo, el diámetro medio debe de ser, aproximadamente, de unos 1.500 metros.

Pudiera pensarse que un casco de cien mil millones de planetoides debiera ser visible desde la Tierra. Pero es necesario recordar que un casco de espacio que envuelve al Sol a una distancia de entre uno y dos años luz tiene un volumen de 30 años luz cúbicos. Un volumen inmenso en verdad, y si los cien mil millones de planetoides cometarios estuviesen distribuidos regularmente por todo ese volumen, la distancia media entre ellos sería de dos mil millones de kilómetros, es decir casi la distancia entre nosotros y Urano.

Naturalmente, un volumen de espacio que contiene un pedazo de hielo de un kilómetro y medio de diámetro cada dos mil millones de kilómetros, aproximadamente, no puede ser nada muy notable a una distancia de un año luz. Los planetoides cometarios no se revelan a los hombres ni por su luminosidad ni bloqueando la luz de las estrellas.

200 VUELTAS ALREDEDOR DEL SOL

Imaginemos un planetoide cometario en algún lugar del casco. El Sol, desde esta distancia, parecerá una estrella, aunque la más brillante del cielo, con una magnitud de -2. El planetoide estaría aun, sin embargo, sujeto a la influencia gravitatoria del Sol (no habría ninguna otra estrella tan cerca) pero esa influencia sería débil.

Un planetoide cometario a un año y medio luz del Sol, y recorriendo una órbita circula alrededor del Sol, viajaría atado a
esa débil influencia gravitatoria
a una velocidad poco superior a
los cinco kilómetros por minuto.
Esto puede ser mucho para un
automovilista, pero la Tierra se
mueve a lo largo de su órbita a a
una velocidad de 1.700 kilómetros por minuto, y aun el lejano
Plutón nunca viaja a menos de
240 kilómetros por minuto.

Los planetoides cometarios se mueven pues lentamente, y tardan unos 30.000.000 de años en completar una revolución en torno del Sol. En toda la existencia del sistema solar estos planetoides lejanos no han tenido tiempo aún de dar más de 200 vueltas alrededor del Sol.

Pues bien, si los planetoides cometarios están girando allá lentamente, ¿qué interrumpe su marcha? ¿Qué los empuja hacia el Sol? La única respuesta posible tendría relación con la influencia gravitatoria de las estrellas más cercanas. Al fin y al cabo, la atracción gravitatoria de Alpha Centauri sobre los planetoides cometarios no es pequeña: un diez por ciento de la del Sol. (Alpha Centauri está a una distancia sólo tres veces superior a la que separa a los planetoides del Sol.) Algunas otras estrellas ejercen también su influencia -alrededor de un uno por ciento de la

del Sol— sobre los planetoides más cercanos.

Es evidente que si estas atracciones estelares aminoran la velocidad orbital de un planetoide, la órbita circular será elíptica, y el cuerpo caerá hacia el Sol, entrando en el sistema solar. La velocidad de traslación aumentará entonces, y pasando por detrás del Sol volverá al punto de partida, donde se repetirá la perturbación, y así sucesivamente. Si se acerca bastante al Sol, el cuerpo celeste desarrollará una cola gigantesca y una coma de "hielos" en evaporación que será visible desde la Tierra.

Si en el espacio no hubiera otros cuerpos que el Sol y el cometa, esta nueva órbita elíptica sería permanente. El año del cometa sería mucho más corto que cuando viajaba por el casco, pero sería aun bastante largo, aproximadamente unos 10.000.000 de años. Cualquier cometa de este tipo que apareciese durante los tiempos históricos no habría sido visto por el hombre en la visita anterior, ya que el hombre no existía aún, y sería muy posible que tampoco pudiera verlo en la visita próxima, ya que el hombre quizá no exista entonces.

LA FAMILIA DE JÚPITER

Por supuesto, una vez que el cometa entra en el sistema solar, hay siempre una posibilidad de que un planeta afecte la órbita cometaria. En algunos casos la

velocidad del cumeta aumentaría de modo que la órbita seria ligeramente hiperbólica, y en este caso el cuerpo dejaría el sistema solar para siempre. En otros casos la velocidad se aminoraría, y el cometa no alcanzaría la energía cinética necesaria para volver al casco cometario. No iría mucho más allá de las proximidades de la perturbación planetaria, y habría sido en verdad "capturado" por el planeta.

Todos los planetas exteriores tienen "familias" de cometas. La de Júpiter, naturalmente, es la mayor. Quizá el miembro más notable de la familia jupiteriana es el cometa Encke, cuya órbita fue calculada en 1818 por el astrónomo alemán Johann Franz Encke, y que había sido descubierto por el astrónomo francés Jean Louis Pons.

El Encke es el cometa de periodo más corto de todos los conocidos: 3,3 años. Nunca se aleja del Sol más de 650.000.000 kilómetros, es decir que nunca aleanza la órbita de Júpiter. En su perihelio se acerca bastante a la órbita de Mercurio, y las perturbaciones que sufre entonces han sido utilizadas para calcular la masa de ese pequeño planeta.

Como puede esperarse, el cometa Encke brilla muy poco y nunca desarrolla una cola. Ha estado demasiadas veces cerca del Sol. La mayor parte de los "hielos" han desaparecido ya, sin duda, y hoy debe de ser una masa de silicatos bastante compacta. con unos pocos restos del "hielo"

Las perturbaciones estelares, claro está, van reduciendo el casco cometario. Los planetoides
que entran en el sistema solar están condenados a morir. Por otra
parte, algunos de estos planetoides son acelerados por las influencias estelares, y entran en una
órbita hiperbólica que los aleja
para siempre del Sol. Añádase
que ningún planetoide nuevo se
suma al casco, de acuerdo con lo
que sabemos hasta ahora, de modo que los planetoides cometarios
disminuyen continuamente.

Sin embargo, esto no tiene por qué ser un factor de perturbación. Se ha calculado que todos los años entran por lo menos tres nuevos cometas en el sistema solar. Podemos suponer que otros tres se alejan en una órbita hiperbólica. En los cinco mil millones de años que tiene el sistema solar han muerto, pues, unos 30.000.000.000 de planetoides. Esto no es más que un 30 por ciento de los planetoides cometarios. A pesar de tantas muertes cometarias, los cometas seguirán visitándonos como hasta ahora durante miles de millones de años.

HACIA ALPHA CENTAURI

Estos planetoides cometarios -para volver al comienzo del artículo- pueden servirnos como escalones en un viaje a las estrellas.

Si llegamos alguna vez a Plutón, no nos costará mucho dar otro salto y alcanzar alguno de los planetoides más cercanos, no tanto por lo menos como llegar de un solo salto a Alpha Centauri. Si podemos establecer una base en una de esas masas de "hielo", quizá podamos seguir adelante saltando de planetoide en planetoide, como de isla en isla.

La posibilidad de dar estos pasos quizá no termine cuando alcancemos una distancia de dos años luz. Al fin y al cabo, no hay razón para creer que Alpha Centauri no tenga un halo propio de planetoides cometarios. ¿Por qué no? (Aunque quizá un halo más complicado que el nuestro, pues Alpha Centauri es en realidad un sistema de tres estrellas.) En ese caso los bordes extremos del halo solar no estarán muy lejos de los bordes extremos del halo de Alnha Centauri.

Quizá, entonces, podamos hacer casi todo el viaje dando saltos por el hielo. Quizá el salto mayor sea sólo de unos miles de millones de kilómetros, y quizá podamos alcanzar la estrella más cercana como llega un alpinista a la cima de una montaña: estableciendo bases intermedias a todo lo largo del camino.

No puedo decir, sinceramente, que esto invite a viajar a las estrellas, pero si tenemos que hacerlo, será más fácil sin duda ir paso a paso.

Titulo original: Stepping-stones to the stars, Traducción de M. F.

El jazz y la ciencia-ficción comparten varias características: la ausencia de inhibiciones y restricciones aproximadamente académicas, la inclinación a explorar dominios desconocidos, el fervor de algunos, y la incomprensión y la indiferencia de otros, punto este último ya observado atinadamente por el novelista inglés Kingsley Amis. El tema de Algo más, conmovedor relato del inglés y clarinetista Robert J. Tilley, es el jazz en un mundo extraño, y también, o por lo tanto, la comunicación y la alienación humanas.

ALGO MÁS

Robert J. Tilley

LA REGIÓN ECUATORIAL DONDE CAyó la Reina del Cosmos estaba decorada por muchas montañas. La nave había rozado una cima antes de desintegrarse ruidosamente en el claro que separaba el bosque de las estribaciones graníticas. El polvo y los restos del casco tardaron en asentarse, y al cabo de unos minutos el doctor Sidney Williams, luego de haber comprobado que era el único sobreviviente, salió de la sección de la nave que había quedado intacta, y observó, descorazonado, el paisaje extraño: una flora multicolor, y más atrás una pintoresca cadena de lomas purpúreas.

El doctor Williams se estremeció, se volvió rápidamente, y buscó entre los fragmentos y peda-

zos hasta que encontró el transmisor de subondas: una confusión de alambres y metal abollado completamente inservible, aun para el ojo menos experto. El doctor Williams le dio un puntapié, lloriqueó, y saltó a un asiento que se alzaba milagrosamente derecho entre los escombros. Hundiéndose en el asiento, observó otra vez el paisaje con una mirada de furia.

No tenía confianza en la naturaleza virgen. Había descubierto temprano, a los seis años de edad, que era un mundo traicionero. Había sido picado por una avispa, se había metido inocentemente entre un macizo de ortigas, y había sido perseguido por una vaca. Estos tropiezos de la vida campesina -supuesto obsequio de sus padres- le habían inspirado una profunda repugnancia por todas las cosas verdes y con insectos. El cemento, los plásticos y el alboroto metálico de la existencia urbana eran para él el habitat natural, y lejos de todo eso se sentía desgraciado. Los viajes que debía hacer a causa de sus conferencias lo incomodaban mucho, pero se atracaba de pastillas tranquilizantes y mientras cruzaba un espacio entre ciudades cerraba firmemente los ojos.

Este paseo por el sistema de Alphard obedecía a necesidades meramente económicas. La mujer del doctor Williams había insistido implacablemente en los beneficios que podían derivarse de una posición más alta en la escala profesional y social. Luego alguien había desenterrado en Singapur una colección aparentemente completa de los discos de 78 rpm del prolífico Fletcher Henderson, por la que le pedían 5.000 créditos. Todo esto había coincidido con una oferta del Departamento de Historia Cultural (División de Colonias). Como le aseguraran que nadie había oído hablar de accidentes en el espacio, y que las autoridades facilitaban cantidades ilimitadas de sedantes, el doctor Williams firmó el contrato con mano temblorosa, hizo las valijas, empaquetó el equipo, y partió.

La nave no llegó a recorrer la mitad del camino. Un desperfecto mecánico del que nadie había oído hablar hasta entonces

obligó a la nave a regresar al espacio normal, en los límites de un sistema planetario pequeño y oscuro, cuando no disponía ya de mucho combustible v necesitaba reparaciones de emergencia. Se había decidido que esas reparaciones podían hacerse mejor en el suelo. La elección no había sido muy afortunada.

El doctor Williams se incorporó y anduvo de un lado a otro entre los restos de la nave, pateando pedazos sueltos. No sabía si era mejor que se suicidara en ese mismo momento o esperar un poco, pero mientras tanto no tenía ganas de sentarse a contemplar los alrededores. El paisaje lo deprimía y lo aterrorizaba. Sentía constantemente la ominosa cercanía de las masas verdes, olía esa presencia inmediata y abierta, oía los murmullos y susurros que llegaban a los bordes del claro, veía de reojo unos movimientos furtivos mientras caminaba cabizbajo entre los fragmentos de la

¿Qué ocultaba aquel escenario? ¿Vida? Probablemente. ¿Qué clase de vida? ¿Pacífica? ¿Amenazadora? Una criatura herbívora y tímida que se ocultaba medrosamente, o un carnívoro sanguinario que lo espiaba desde las sombras verdes, deleitándose anticipadamente con el espectáculo de aquella víctima indefensa, y que esperaba sólo a percibir el dulce olor del miedo para saltar en seguida y tomarlo entre las garras (¿tentáculos?) v devorarlo.

El doctor Williams tragó saliva y miró alrededor, y vio de pronto algo familiar, de color mostaza, que emergía de la sección aplastada de un panel. Lanzó, roncamente, una exclamación de alivio, en parte porque esa forma familiar le había devuelto de algún modo el sentido de la orientación, y también porque el aparto parecía intacto. Cayó de rodillas y apartó el panel, con la boca seca por la excitación, camurreando entre dientes y tratando de que no le temblaran las manos.

La caja estaba cubierta de polvo, pero no había sufrido ningún daño. El contenido, no obstante

... Tragó saliva otra vez. El clarinete —cómodamente almohadilado en un compartimiento especial— no le preocupaba mucho, y era dudoso que les hubiese ocurrido algo a las cintas, pero el aparato reproductor... Aunque estaba equipado casi exclusivamente con transistores, había también una cantidad mínima e in evitable de partes móviles, y a pesar de haber sido fabricado bara soportar algunos traqueteos, era difícil que hubiese podido sobrevivir.

Alzó la tapa. Las distintas partes, cuidadosamente separadas, no se habían movido de su sitio, pero esto no aseguraba que el choque no hubiera roto algunas piezas vitales. Se pasó la lengua por los labios, dijo en silencio una oración, y sacó el aparato fuera de la caja.

No se oía ningún tintineo. Contuvo el aliento y sacudió suavemente el aparato, escuchando con atención. Nada. Puso el aparato en el suelo y lo miró esperanzadamente.

No había nada roto, parecía. Si hubiese sido un hombre aficionado a la mecánica, el doctor Williams hubiera examinado sin duda el aparato como medida precautoria antes de encenderlo. Sólo sabía que funcionaba con la corriente eléctrica de una batería, y que tenía una garantía de dos años contra cualquier desperfecto mecánico.

Se preguntó a cuántos millones de kilómetros estaría el taller de reparaciones más cercano y se rió. histéricamente. Si la máquina estaba rota, no había por qué demorar el futuro. Si funcionaba aún, podía por lo menos salvarlo de la locura, mientras duraran las baterías (y la caja contenía baterías de repuesto). Quizá distrajera también a los merodeadores locales, aunque no los alejara. Era también posible, admitió de mala gana, que los atrajera, pero tenía que correr ese riesgo. El placer que podía darle el aparato haría tolerable la vida, por lo menos durante un tiempo.

Con la boca torcida en una sonrisa que parecía en parte la mueca de un loco, el doctor Williams tomó un carretel cualquiera, lo puso en la máquina, y apretó el botón del encendido. Hubo un elic, un débil ruido de superficie que los técnicos no habjan conseguido borrar de la grabación original, y que a él le había parecido siempre parte absolutamente esencial de la ejecución, y el Ko Ko de Duke Ellington sonó bulliciosamente en la quietud de la tarde extraña.

El doctor Williams se sentó con las piernas cruzadas ante el aparato y se rió, como en un delirio. Cerrando los ojos, se hundió, satisfecho, en el clamor de los bronces y la percusión que hacía retroceder los alrededores amenazadores y oscuros, y que lo calentaba con el fuego beatifico de su familiaridad. Rugió en éxtasis animando al coro, cantó como un maniático en los breves pasajes de los solos, y acompañó la coda palmeándose frenéticamente las rodillas.

La música cesó bruscamente, pero nada se movió en las sombras confusas de la floresta, El doctor reía aun cloqueando. Apagó el aparato con un dedo índice triunfal, y se tendió entre los restos de la catástrofe. Había salvado la vida. No por mucho tiempo, era cierto, unas semanas, un mes, o quizá dos, pero la labor investigadora de toda su vida estaba alli para sostenerlo, para que los últimos días fueran tolerables, y aun quizá para que conociese una felicidad agridulce. Encontraría alivio a la soledad del planeta extraño en las más notables ejecuciones de la arcaica forma musical que él tanto amaba y que había sido la obra de su vida. Pasaría las horas es-

tudiando los matices, todas las sutiles coloraciones armónicas y rítmicas, de modo que cuando le llegara la hora, cuando las baterías se gastaran al fin, podría irse sonriendo, agradeciéndole al destino esa oportunidad...

De pronto, los compases del Ko Ko de Ellington sonaron muy lejos, poco más allá de los árboles.

El doctor Williams se puso de pie de un salto, automáticamente, con las piernas cruzadas, y cayó al suelo otra vez. El golpe lo aturdió un poco, y quedó tendido entre los restos de metal, escuchando con incredulidad, asombro y terror la inconfundible (y sin embargo, curiosamente diferente) ellingtoniana entonación de los bronces y las cañas.

El doctor Williams trató de sobreponerse a su confusión, y pensó en las causas posibles del fenómeno. La primera respuesta —que la disposición del terreno producía alguna especie de eco fue rechazada rápidamente. No era geólogo, pero estaba seguro de que un eco no puede manifestarse luego de un intervalo de cinco minutos.

Esto parecía dejar abiertas dos posibilidades: la primera tan tenue que era casi invisible, la segunda simplemente desagradable. Quizá: 1) otro náufrago del esparato y los mismos registros, había decidido responder de ese modo al anuncio de la presencia del doctor Williams, o quizá, 2) se había vuelto loco.

La música, advirtió, era ahora más estridente. Estaba acompanada, además, por otros sonidos: el crujido de matorrales apartados, un trueno apagado que podían ser pasos. Sintió que el suelo vibraba, y que ese gigantesco latido, comprendió de pronto (y se sintió enfermo) acompañaba rítmicamente a la música, siguiendo exactamente el balanceo de las guitarras, los metales y la batería.

Se puso de pie, atolondrado. Podía ser una ilusión o una realidad de pesadilla, pero tenía que

Metió rápidamente el aparato en la caja, mirando alrededor. Al pie del acantilado más cercano, a unos cincuenta metros, había una abertura del tamaño de un hombre. Sin detenerse a pensar si estaría o no habitada, corrió tambaleándose y se metió dentro.

Era una caverna pequeña, redonda, del tamaño de una casilla de teléfono, y estaba por fortuna vacía. El doctor Williams se encogió, alejándose todo lo posible de la entrada, abrazado a la máquina, y espiando el claro con los ojos entornados.

Más allá de los restos de la nave, alcanzaba a ver el bosque verde. De pronto una figura emergió en el claro, acompañada por las estridentes trompetas y los impulsivos saxos. Tenía aproximadamente el tamaño de un elefante adulto, era de color cereza brillante, y la parte superior del cuerpo, desagradablemente defor-

me, estaba rodeada por un abanico de tentáculos que oscilaban sinuosamente y que terminaban en unos embudos con flecos. No tenía cabeza, aparentemente, pero bajo las frondas móviles se veían dos ojos, una nariz y una boca amplia. Cuatro patas rechonchas, gruesas como troncos, sostenían la enorme masa central.

Parecia una cruza entre un saco de papas y un pulpo, concluyó el doctor Williams transpirando, y era ciertamente la fuente de la música que se alzaba ahora libremente en el claro, en sonoro triunfo, acompañando tumultuosamente los pasos trepidantes de

La aparición trotó, sacudiéndose, alrededor de la nave destrozada, emitiendo un sonido de trompetas. Cuando pasó frente al escondite del doctor Williams cantó una imitación aceptable de la primera frase del contrabajo con un golpeteo muscular que cesó de un modo brusco y siniestro.

El doctor Williams se acurrucó en una posición casi fetal mientras uno de los tentáculos entraba en la cueva. El apéndice terminado en un embudo títubeó, y en seguida se adelantó con un movimiento de zarpa que le recordó al casi desmayado doctor Williams un perrito que había tenido hacía mucho.

El embudo exploró el cuerpo del doctor, tocándolo y golpeándolo con los flecos que se movían como dedos curiosos. En seguida otro apéndice entró en la cueva inspeccionando también. Los flecos eran cálidos, secos, y olían a

Pasó un rato, que al doctor Williams le pareció interminable, y al fin los tentáculos se retiraron. El doctor se preparó para el próximo movimiento del monstruo, deseando fervientemente haberse suicidado en el momento oportuno. Nada de esto, indudablemente, era real. Debía de estar todavía en la nave, delirando, agonizando quizá, a causa del choque. Quizá no habían caído en ningún planeta. Ouizá esto no era más que una pesadilla atroz, nacida de su miedo a los viajes. Los ingredientes, al fin y al cabo, estaban todos aquí: el sobreviviente solitario, la ejecución musical grotesca e imposible, el ejecutante igualmente disparatado que ahora acechaba frente al refugio...

Ko Ko estalló de nuevo, con un matiz distintamente extraño. La exaltación animal era ahora una queja.

El doctor Williams escuchó un momento, estupefacto. Luego se secó la transpiración de los ojos con el dorso de la mano y trató de pensar.

Si aceptaba que la situación era real, ¿qué demonios era la criatura que ahora imitaba la banda de Duke Ellington con sonidos de llanto? Repasó trabajo-samente los últimos episodios tratando de entender la naturaleza y los propósitos de la criatura.

La conclusión a que llegó even-

tualmente, mientras afuera Ko Ko tronaba por quinta vez, era absurda, pero inevitable. De algún modo, y mediante unos órganos inimaginables, la curiosa criatura era capaz de memorizar o recordar perfectamente todo lo que oía, y repetirlo luego en todos sus detalles, aun hasta el extremo de simular los timbres individuales y alcanzar así el sonido del conjunto. Esto era disparatado, por supuesto, pero el doctor Williams reconoció que no había otra explicación posible. Por otra parte, la criatura debía de ser muy joven o algo estúpida. Tenía la actitud de un perro o de un niño que quiere jugar. La nota llorosa era ahora un gemido chirriante, poco agradable para los nervios tensos del doctor Williams.

El doctor no había tratado mucho a perros y niños excepto en los últimos años, actitud dictada en gran parte por su mujer que no era aficionada ni a unos ni a otros. El tratamiento correcto, por supuesto, era la disciplina, pero no crefa que fuera posible aplicarlo en las presentes circunstancias. En realidad, lo mejor parecía ser la cooperación, decisión a la que llegó ayudado por el hecho de que la criatura no había mostrado ningún signo de agresividad.

Abrió la caja, puso el aparato en el suelo de la caverna, eligió y colocó un carretel, y apretó el botón del encendido. *Potato Head Blues* interpretado por los Hot

Seven de Louis Armstrong rugió en el altoparlante, casi ensordeciendo al doctor que ajustó apresuradamente los controles. Más allá de la boca de la caverna hubo unos excitados movimientos, y la punta de un tentáculo entró y bailó solemnemente, seguido poco después por otros.

El doctor Williams tomó aliento, dijo otra silenciosa, pero ferviente plegaria, y salió con el aparato bajo el brazo.

El recibimiento fue indudablemente amistoso. Los tentáculos lo acariciaron, resbalando y golpeteando aquí y allá, a veces torpemente, pero siempre con una evidente ausencia de animosidad. El doctor Williams, abrazado ceñudamente a la máquina que seguía tocando, aguantó el embate con toda la ecuanimidad de que era capaz, encogiéndose sólo algunas veces.

La música terminó en un gorjeo, consternando a la criatura e interrumpiendo bruscamente las caricias amablemente excitadas. En seguida, cuando el cáustico virtuosismo del saxo de Charlie Parker brotó precipitadamente del altoparlante, las caricias recomenzaron. Al fin la criatura bajó el cuerpo cuidadosamente, como sentándose en cuclillas, meneando suavemente los tentáculos en un movimiento que le recordó al doctor Williams el cabeceo de las flores en la brisa. Sonriendo fatuamente, se sentó también en el suelo, sintiendo que se le doblaban las piernas.

El carretel duró veinte minutos. Durante ese tiempo se oyeron las espesas sonoridades de Coleman Hawkins, una ristra de piezas bramantes por las bandas de Woody Herman y de Count Basie, un solo de Art Tatum, y varias improvisaciones agriamente exaltadas del grupo de Eddie Condon. El doctor Williams, tiesamente sentado, movía apenas un pie y observaba a la extraordinaria criatura siguiendo los movimientos de los apéndices con una cautelosa fascinación. De cuando en cuando, inesperadamente, la criatura comentaba un coro o un solo con una frase propia. Al principio estas intrusiones ponían todavía más nervioso al doctor Williams, pero al cabo de un tiempo llegó a esperarlas con una extática ansiedad. Los adornos tenían formas muy variadas, y todos mostraban un asombroso grado de simpatía con la inspiración de los ejecutantes.

Cuando comenzó la última pieza del carretel, la interpretación secamente arrastrada de unos blues, el doctor Williams se incorporó, un poco embarazado, entró en la cueva, y sacó las distintas partes del clarinete. Armó el instrumento con unas manos que ahora le temblaban apenas, humedeció religiosamente la lengüeta, y se sentó otra vez junto al aparato.

Tocó tímidamente al principio, sumando un bordado tenue, casi apologético al solo de trombón, insertando cuidadosamente sus

frases entre las meditaciones fael coro final el doctor Williams se unió a los músicos, en quejosos contrapuntos, que la nerviosidad y la falta de práctica quebraban a veces con alguna nota falsa. Mientras, la asombrosa figura sentada ante él emitía sus interjecciones metálicas, cada vez más

La música cesó. Siguió un breve y solemne silencio, y luego la criatura se puso a cantar una música propia, imitando el solo de un instrumento al comienzo, en voz baja, pero subiendo en seguida gradualmente hasta un intrincado fortissimo de notas dentadas y disonantes. El doctor Williams sacudía el pie acompañando el ritmo insistente, en éxtasis, y con la piel erizada.

Pasaron varios minutos antes que comprendiera lo que ocurría realmente. En la música de la familiares, pero no por eso menos sorprendentes. Una frase cromática que no era más ni menos que un solo de Tatum o Hawkins era seguido inmediatamente por las propias improvisaciones de la criatura: unas escalofriantes variaciones que armonizaban de modo perfecto con la estructura de la música, serpeante y sin embargo coherente.

El doctor Williams advirtió de un modo confuso que en algún momento se había unido a la criatura, sumando a la música unas frases curiosamente angulares que nunca hubiese podido concebir o intentar en otra ocasión. Tocaba balanceándose v meneándose, siguiendo instintivamente el doloroso zigzag de las modulaciones, buscando de algún modo la nota exacta.

Tocó así mucho tiempo, v al fin la música se apagó y murió. El doctor Williams prolongó una coda, enteramente apropiada, y salpicada de asombrosos intervalos v al fin deió el instrumento v entornó los ojos, sintiendo una inexpresable felicidad. Podían caerse los cielos, podía atacarlo una enfermedad terrible, desconocida e incurable, hasta podía descubrir que la extraña figura, ahora inmóvil v silenciosa, que estaba sentada ante él a no más de dos metros, lo miraba con cara de hambre. Nada destruiría la felicidad que sentía en ese momento. En el pasado había añadido muchas veces sus propios adornos, no muy logrados, a innumerables ejecuciones grabadas, pero esas presuntas improvisaciones habían sido sólo intrusiones solitarias en un mundo ya familiar. Ahora, por primera vez, ya no había conocimiento previo, y sus ejecuciones en el clarinete dependían enteramente de su propia imaginación, de su propia capacidad.

Y no había tocado mal, pensó. Sintió que la vanidad lo ahogaba, y dejó que brotara libremente. No. por Dios, no había tocado nada mal.

Miró brevemente a la criatura,

se llevó el clarinete a la boca, golpeó el pie contra el suelo, cuatro veces, y sopló.

Poco tiempo después, los acordes de Tê para dos (en una ejecución exuberante y única, tocada por una colección extraordinaria de instrumentos que incluía los gruñidos de algo parecido a un contrabajo y una especie de saxo-trombón con sordina) estallaron estruendosamente en el bosque crepuscular.

Aunque el doctor Williams recurría a las oraciones en los momentos de desasosiego, no era un hombre religioso, y por lo tanto no creía mucho en los milagros. No obstante, no podía dejar de sentir que estaba viviendo ahora algo parecido. El planeta era un sitio de tierra, rocas y agua, donde abundaban las frutas y los vegetales, sabrosos y comestibles, y los refugios apropiados. No había, además, otras formas de vida mayores que un conejo. Los únicos habitantes de las inmediaciones eran él mismo y la brillante criatura que lo acompañaba constantemente y participaba con él en interminables excursiones familiares. El doctor Williams desarrolló muy pronto unos labios de hierro y una técnica instrumental que nunca había soñado.

Había inconvenientes menores, claro está. Los insectos eran variados y numerosos, y bastante molestos, pero no picaban nunca. Llovía también, pocas veces, pero torrencialmente. El doctor Williams opinaba que estas cosas

eran bastante desagradables, pero reconocía también que el precio no era muy alto.

Durante los primeros días de su relación con la criatura, comprensiblemente excitado por la posibilidad de establecer contacto verbal, posibilidad que le parecía perfectamente razonable, intentó algunos ejercicios de conversación, pero pronto fue evidente que cualquier esfuerzo en esa dirección sería inútil. La criatura repetía de buena gana las frases cuidadosamente enunciadas por el doctor -hasta imitando su voz de barítono-, pero todo terminaba allí. Esta actividad, parecía pensar la criatura, era sin duda una diversión para el doctor, v estaba dispuesta a complacerlo. El doctor Williams se vio obligado a concluir, de mala gana, que los modos de comunicación de la criatura eran muy diferentes de los de su propia especie. Quizá ella era telépata, algo que entre los hombres pertenecía al dominio de los sueños. Pero la decepción del doctor no duró mucho. Habían alcanzado musicalmente un entendimiento que implicaba la aceptación de sentimientos y reacciones universales, un lazo emocional que comprendía sus propias e inmediatas respuestas y que lo alentaba y consolaba.

Él doctor Williams se hubiese reído con ganas si alguien le hubiese dicho entonces que había un hombre más feliz que él en el universo. Todavía, a veces, le costaba aceptar plenamente que aquello fuera algo más que un sueño, pero era un hombre reflexivo, acostumbrado a meditar frecuentemente en la naturaleza de la realidad, y no se sentía demasiado perturbado. Quizá aquello era la realidad, y los conglomerados construidos por el hombre con materiales plásticos, acero y cemento -que de pronto e inesperadamente había empezado a aborrecer- eran un sueño, una pesadilla, poblada por individuos ansiosos, encerrados en sí mismos, con quienes nunca se había comunicado realmente, entregados como estaban a aquellos ejercicios multisensorios que eran en esos años la forma común de entretenimiento y que él despreciaba ahora con todo el fervor de un verdadero purista. De cuando en cuando se acordaba de su mujer, y se estremecía. ¿Era posible que existiese realmente una persona semejante, que se hubiese constituido una relación tan grotesca? Cuando tenía estos pensamientos, el doctor armaba rápidamente el clarinete, sumergiéndose en seguida en una verdadera furia de invención que alejaba de un modo satisfactorio, aunque fuese sólo por un tiempo, esas sombras horribles.

La nueva existencia se ordenó promo en hábitos y costumbres. De día se paseaban por los plácidos confines del bosque. El doctor marchaba adelante yendo de un lado a otro, sin ningún plan, y la criatura lo seguía sin otra preocupación que la de no separarse de su nuevo amigo. De cuando en cuando tropezaban con algunas huellas de civilización, unas raras maquinarias abandonadas que se herrumbraban entre las sombras verdes. En esas ocasiones la criatura se quesin manifestar esta vez su naturaleza exuberante hasta que habían dejado bastante atrás el coa una aldea, unas hileras ordenadas de edificios piramidales que se alzaban apenas entre las frondas. El doctor Williams entró en una de las casas y descubrió que en las paredes y en el piso había grandes cadenas y grilletes. Se alejaron rápidamente del lugar, mientras la criatura trompeteaba su evidente alivio y el doctor pensaba que había encontrado la confirmación de sus suposiciones etnológicas.

La clave del misterio estaba allí, en la afable poca inteligencia de la criatura y en esa particular capacidad musical. La criatura era, sin duda, miembro de una raza de esclavos, quizá el único sobreviviente entre otros seres semejantes que habían entretenido v servido a una especie técnicamente adelantada, pero cruel, v que por razones inexplicables (¿una plaga?) había huido de los bosques buscando refugio y asistencia en las ciudades. El doctor Williams esperaba fervientemente que esas ciudades se levantaran a varios miles de kilómetros, o mejor en otro planeta,

En las últimas horas de la tarde, mientras descansaban en las sombras cada vez más oscuras, el doctor sacaba el aparato, elegía solemnemente un carretel, y durante un rato la metálica efervescencia o los acordes tristemente declamatorios del jazz -en ejecuciones que resumían en una entidad los noventa breves años de su vida- sacudía la quietud del hosque dormido. Luego, cuando se apagaba el último clamor o el último suspiro, el recital comenzaba de nuevo, y el doctor escuchaba ladeando la cabeza las imitaciones de bronces y maderas que murmuraban y golpeaban en la oscuridad, maravillado ante la exactitud minuciosa de la copia, y consciente siempre sin embargo de todas las sutiles diferencias.

Pues el doctor Williams entendía bien la música a la que había dedicado su vida, v sabía que en los momentos de mayor grandeza expresaba ante todo los pensamientos v sentimientos de un individuo. Esto era a la vez hermoso y triste, y cuando se gastara la última batería, el acceso a las formas verdaderas de esa música va no sería nunca posible. ¿No era mejor así, sin embargo, de algún modo? Estaba viviendo una nueva vida, en un nuevo mundo, y la nostalgia podía encerrarlo con demasiada facilidad en un capullo de recuerdos, apartándolo de la realidad de esa milagrosa existencia.

Unas semanas más tarde, un carretel balbuceó por primera vez. Triste, pero firmemente, como si no fuese capaz de asistir a la agonía de un amigo muy queaparato, interrumpiendo a Chu Berry en un solo vacilante. Guardó cuidadosamente el aparato y los carreteles, y cuando llegó la mañana cavó un agujero al pie de un árbol y enterró la caja. La criatura miraba desde lejos, silenciosamente, en una actitud de pena y conmiseración. El doctor trazó en el árbol las cinco líneas del pentagrama, grabó cuidadosamente los bemoles de la tercera y quinta líneas en la clave de si, y se alejó sin mirar atrás.

Los efectos de esta pérdida se borraron rápidamente. Los ídolos de toda una vida y las ejecuciones favoritas que el doctor había utilizado como trampolines armónicos reaparecían de pronto en las frases del clarinete y de la criatura. El doctor era cada día más consciente de la unidad de las concepciones musicales de ambos, algo que había existido desde el principio, pero que tenía ahora una complejidad que en otro tiempo no hubiese podido imaginar. La barrera que se alzaba entre ellos -una barrera de espacio y de ambiente- estaba derrumbándose, v los dos se acercaban inexorablemente hacia una fusión de pensamiento y tradición musicales donde perderían inevitablemente parte de ellos mismos.

Llegaron a esa cima pocas semanas después, en una tarde bochornosa. El doctor Williams estaba tendido al pie de un árbol, a orillas de un claro, contemplando soñadoramente los arbustos y matorrales más cercanos, profusos y pintorescos, mientras su compañero iba de un lado a otro entonando en voz baja una melodía agradable y serena, pero poco característica.

De pronto el doctor percibió una modulación inesperada, una rara desviación tonal y armónica. Se incorporó a medias, muy tieso, y volvió la cabeza hacia la figura que ahora lo miraba, inmóvil, cantando, desde el centro del claro. Los sonidos se ordenaron gradualmente en un complejo de timbres que el doctor no había escuchado nunca y que le golpeaban la mente estimulando reacciones a la vez nuevas y obsesivamente familiares. Algo bulló en la conciencia del doctor y se apagó en seguida: una repentina explosión catártica que lo sacudió y lo dejó tembloroso e insa-

Se sentó, sacó del estuche las partes del clarinete y armó el instrumento con la pausada lentitud de un hombre en trance. Sentado todavía bajo el árbol se puso a tocar unas frases, en registro bajo, una armazón armónica que sostenía la búsqueda burbujeante, guiando las invenciones de la criatura hacia la cohesión última que llegaría inevitablemente; y de pronto, como un grito de éxtasis, las dos melodías se unieron en un solo tejido sonoro que se

alrededores y hasta el suelo debajo de ellos, un sonido fuera del tiempo, fuera del espacio que parecía extenderse en ilimitadas radiaciones. Cerrando los ojos, el doctor dejó que los dedos le corrieran espontáneamente por las llaves, y los dedos no titubearon. como predestinados a encontrar siempre la nota exacta. El doctor flotó y se hundió en un vasto océano de sonido del que él mismo era parte, sintiendo que había alcanzado una consumación última que nunca había conocido ni soñado. No había tiempo. el espacio era una escena ilimitada: el triunfo de una unión. Sollozando y sin resistirse, el doctor Williams renació en sí mismo.

Suave y distante en un comienzo, tan débil que al principio pareció parte de la música, una rara nota discordante se abrió paso lenta e implacablemente en la narcosis emocional del doctor. Confusamente, se preguntó si los insectos del planeta lo habrían aceptado al fin, y si la acometida del enjambre no sería el precio simbólico que señalaría su integración física y espiritual con ese mundo nuevo. Sacudió una mano momentáneamente libre junto a la oreja. El zumbido persistió, alto ahora, como un obbligato chirriante v falso de la música que fluía alrededor, hundiéndose en un éxtasis creciente de sonido y movimiento.

El doctor Williams había tenido la precaución natural de no aceptar totalmente la realidad de aquel mundo, erigiendo así insla posible locura, una barrera que había bajado por primera vez hacía unos pocos minutos. Ahora, de pronto, cuando el charco de sombra cruzó el claro, oscureciendo la enorme y retorcida figura que se alzaba ante él, esa barrera pareció levantarse otra vez por sus propios medios, aislándolo, de modo que el doctor pudo observar todo lo que ocurrió en seguida de un modo casi desinteresado, esperando cautelosamente a que aquello terminara antes de aceptarlo como parte de la rea-

La sombra se alejó, y sin embargo algo quedó de ella, una oscuridad débil e irregular que ensombrecía el cuerpo brillante de su amigo. El doctor Williams miró rigidamente mientras los movimientos de la criatura se aceleraban de un modo explosivo, y las graciosas ondulaciones se transformaban en un frenesí grotesco y terrible. Al mismo tiempo la música se disolvió en un clamor de gritos.

El colapso de la criatura fue lento. El doctor, incrédulo, creyó ver que se encogía en si misma, en un movimiento velado por las vaharadas de humo cada vez más espesas que envolvían a la criatura, un humo de olor acre y repulsivo. Vio cómo los tentáculos caían y se enredaban unos con otros, mientras la criatura gritaba din su disonante agonía, cada

vez más débilmente, con una voz

Unos ruidos desagradables puntuaron la caida final de la criatura, tendida ahora ante el doctor como una cosa que se desinflaba convulsivamente y que estallaba de cuando en cuando en fétidas burbujas.

El doctor vio entonces de reojo otro movimiento. Volvió la cabeza y observó la máquina voladora que acababa de posarse en el claro y que vomitaba dos figuras, dos hombres que ahora corrían hacia él. Cuando pasaron junto al bulto todavía humeante sacaron unas armas y dispararon.

Qué tontería, pensó el doctor. Cualquiera puede ver que está

muerta,

Los hombres llegaron junto al
doctor y lo ayudaron a ponerse
de pie con un movimiento brusco. El doctor miró a los hombres:
unas caras serias sobre uniformes
azules

—Fue un trabajo de todos los demonios encontrarlo —dijo una cara—. La señal automática siguió funcionando, y trazamos fácilmente las coordenadas, pero este sitio es todo árboles. Debemos de estar por lo menos a cien kilómetros de la nave. ¿Por qué no se quedó cerca?

Hubo una pausa. Luego la otra

—Por suerte estaba usted en el claro. No podíamos haber llegado más oportunamente. ¿Pero qué es eso que tiene ahí?

El doctor Williams descubrió

que aún tenía el clarinete en las manos. Meneó la cabeza, entornó los ojos, blandió el instrumento y lo dejó caer como un garrote sobre la cara más próxima. Se oyó un grito de sorpresa, algo se movió, y el doctor cayó de cara al suelo. Alguén se le subió encima y sintió una humedad en el brazo.

—Pobre hombre —dijo una voz jadeante—. Debe de haber perdido realmente la cabeza. Si alguien me hubiera salvado de una cosa como ésa...

El doctor sintió apenas el pinchazo, y la voz se apagó bruscamente.

Luego el doctor Williams soñó con unas sombras enormes y unos hombres de uniforme azul que ardían y gritaban y cantaban desafinadamente bailando y muriendo. Miró cómo giraban envueltos en humo, aplaudiendo cada vez que se desintegraban en cenizas. De cuando en cuando le parecía que los hombres se inclinaban hacia él y lo miraban sonriéndole y hablándole con voces tranquilizadoras, y entonces era él quien gritaba hasta que los hombres se iban y reaparecían bajo el difuso palio del humo, cantando otra vez aquellas canciones torturadas e incoherentes. y bailando aquellas danzas de fuego en un mundo oscuro.

Cuando la nave llegó a la Tierra llevaron al doctor inmediatamente a un lugar donde unos médicos y unas máquinas esperaban

para tapar las pesadillas, y guardarlas detrás de puertas impenetrables. Al cabo de un tiempo lo lograron. Las experiencias del doctor se redujeron y se le oscurecieron en la mente hasta que al fin desaparecieron, empujadas firme y eficientemente más allá de las fronteras de la memoria. El doctor todavía sabía -porque se lo habían dicho- que había sufrido un accidente de alguna especie. Los médicos fabricaron para tranquilizarlo una historia adecuada, pues el conocimiento de la verdad podía activar la memoria y un posible desastre, y el tratamiento era algo muy costoso que las gentes del seguro se habían resistido a pagar. Por lo tanto, lo animaron a creer que había sufrido un accidente de automóvil, y que aceptara eso como causa del vacío que sentía aún en la mente. Había vuelto también con su mujer, que durante tres semanas lo cuidó con lacrimosa solicitud y que luego volvió a aguijonearlo con observaciones que por algún motivo le parecían al doctor más insoportables que nunca.

Después del período de convalecencia, el doctor Williams reasumió sus actividades, dando conferencias a auditorios universitarios, que escuchaban con aburrimiento o levemente divertidos, o hablando en salas casi desiertas. Estaba acostumbrado a esta reacción desde hacía muchísimo tiempo, y ahora, a veces, compartía de algún modo la apatía del púde algún modo la apatía del público. La música lo conmovía aún con la melancolla de sus bronces, pero en ciertas ocasiones el doctor sentía como si alguien, brusca e inexplicablemente, hubiera quitado toda la vitalidad a los sonidos, dejando sólo una cáscara delgada y vacía que resonaba huecamente. El doctor Williams sentía también a veces que algo se le movía debilmente, muy dentro de él, una música apagada

que estaba del otro lado de los recuerdos y que lo asombraba y lo conmovía brevemente con una nostalgia oscura.

Y de noche alzaba a veces los ojos al cielo, sin saber por qué, buscando algo que no podía nombrar entre las estrellas luminosas y distantes, el eco moribundo de una canción que alguien había cantado (sólo una vez) y que nadie nunca cantaría de nuevo, el como de nuevo, el como contra de contra d

Título original: Something else. Traducción de F. Abelenda.

En el próximo número...

Dos excepcionales novelas cortas: Una rosa para Eclesiastés, la consagración de un nuevo autor, Roger Zelazny, tercer candidato al Hugo 1963; y una nuevo y sorprendente historia del Pueblo, de Zenna Henderson. Además un famoso relato de Philip José Farmer, Actitudes, eleyes de la probabilidad, y cuentos de Alice Glasser, Brian Aldiss y J. G. Ballard. Completa el número una nota científica de Sprague de Camp sobre mamuts y mastodontes. En venta el 13 de diciembre.



edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa FICTION

edición japonesa S.F

edición alemana

EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana MINOTAURO, FANTASIA Y CIENCIA-FICCION

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FIC-TION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimera Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



ediciones minotauro

las obras maestras de la ciencia-ficción la aventura de la ciencia la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de Olaf Stapledon Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson El filo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.